

Anónimo
Confesión sexual
de un
anónimo ruso



La sonrisa vertical



El anónimo ruso se deleita en rebuscar en su memoria «los más ínfimos recuerdos» y, si con el tiempo estas confesiones siguen despertando gran interés, es, entre otras razones, por un parte, porque resulta apasionante seguir, gracias al relato insólitamente minucioso, veraz y lúcido que hace este hombre de su tendencia voyeurista y de sus aventuras sexuales con jovencitas, el lento desarrollo de esta invencible atracción peculiar; y por otra parte, porque nos descubren a una insospechada Rusia de principios del siglo xx, en la que reina la más absoluta libertad de costumbres sexuales, una tolerancia incomparablemente más espontánea y extendida que en el resto de Europa.



Anónimo

Confesión sexual de un anónimo ruso

La sonrisa vertical - 76

ePub r1.0

Titivillus 23.09.15

Título original: *Confesion sexuelle Russe du Sud
d'un*

Anónimo, 1912

Traducción: Carmen Artal

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Nota preliminar

Confesión sexual de un ruso del sur, nacido hacia 1870, de buena familia, instruido, capaz, como muchos de sus compatriotas, de análisis psicológico, y que redactó en francés esta confesión en 1912. Hay que tener en cuenta estas fechas para comprender algunas alusiones políticas y sociales.

Sabiendo, por sus obras, que estima provechoso para la ciencia el conocimiento de los rasgos biográficos relativos al desarrollo del instinto en los diferentes individuos, tanto normales como anormales, he pensado en hacerle llegar la historia pormenorizada de mi propia vida sexual. Mi historia tal vez no sea muy interesante desde el punto de vista científico (carezco de los conocimientos necesarios para opinar), pero tendrá el mérito de una exactitud y veracidad absolutas; además, será muy completa. Trataré de recordar los menores detalles sobre este tema. Creo que, por pudor, la mayor parte de la gente instruida oculta a todo el mundo esta parte de su biografía; yo no seguiré su ejemplo y creo que mi experiencia, desgraciadamente muy precoz en este terreno, confirma y completa muchas observaciones que he encontrado diseminadas en sus libros. Puede hacer de mis notas el uso que desee, naturalmente, y como es su costumbre, sin mencionar mi nombre.

Soy de raza rusa (fruto del cruce entre grandes rusos y pequeños rusos). No conozco ningún caso de morbosidad característica entre mis antepasados y parientes. Mis abuelos, de la rama paterna y materna, eran personas de buena salud, muy equilibrados físicamente, y tuvieron una larga vida. Mis tíos y tías también gozaron de una fuerte constitución y vivieron muchos años. Mi padre y mi madre eran hijos de propietarios rurales bastante ricos: fueron criados en el campo. Los dos tuvieron una vida intelectual absorbente. Mi padre era director de un banco y presidente de un consejo provincial electivo (*zemstvo*) donde conducía una lucha ardiente en favor de las ideas avanzadas. Como mi madre, tenía opiniones muy radicales y escribía artículos de economía política o de sociología en los periódicos y revistas.

Mi madre hacía libros de divulgación científica para el pueblo y para los niños. Absorbidos por sus luchas sociales (que entonces existían en Rusia bajo una forma distinta de la que tienen hoy), por los libros y las discusiones, creo que mis padres descuidaron un poco la educación y la vigilancia de sus hijos. De los ocho hijos que tuvieron, cinco murieron en edad temprana; dos, a la edad de siete y ocho años; yo soy el único de todos sus hijos que llegó a la edad adulta. Mis padres gozaron siempre de buena salud, su muerte se debió a causas fortuitas. Mi madre era muy impetuosa, casi violenta de carácter; mi padre era nervioso, pero sabía contenerse. Sus temperamentos, probablemente, no eran eróticos, ya que, como pude saber al alcanzar la edad adulta, su matrimonio había sido una unión modélica; en su vida no hubo la menor sombra de romance amoroso (salvo el que les llevó a casarse), hubo fidelidad absoluta por ambas partes, fidelidad que sorprendía mucho a la sociedad que les rodeaba, donde esta virtud es difícil de encontrar (la moral de los «intelectuales» rusos era muy libre en el terreno sexual, incluso relajada). Nunca les oí hablar de temas escabrosos. El mismo espíritu se respiraba en las familias de mis demás parientes: tíos y tías. Austeridad en las costumbres y en las conversaciones, intereses intelectuales y políticos. En contradicción con las ideas avanzadas que tenían todos mis parientes, había en algunos una cierta vanidad nobiliaria inocente y sin altanería podríamos decir: ya que eran «nobles» en el sentido que tiene esa palabra en Rusia (es una «nobleza» mucho menos aristocrática que la de Europa occidental).

Pasé mi infancia en varias ciudades de la Rusia meridional (sobre todo en Kiev); en verano íbamos al campo o a orillas del mar. Recuerdo que, hasta los seis o siete años, pese a dormir en la misma habitación que mis dos hermanas (una tenía dos años menos que yo, la otra tres) y bañarme con ellas, no reparé en que sus órganos sexuales tenían una configuración distinta de los míos. ¡Lo que demuestra que sólo vemos lo que nos interesa! (En el niño, muy próximo al animal, el utilitarismo de la percepción quizás esté

especialmente marcado; el niño ciertamente es curioso, pero ¿lo es en virtud de una curiosidad desinteresada? Lo dudo).

Tengo un recuerdo sobre este tema. Cuando tenía unos seis años (puedo precisar la edad gracias a otros recuerdos afines), un día se me ocurrió vestir con mi propio traje de marinero a mi hermana pequeña de cuatro años. Estábamos en una habitación donde había un orinal en el que me puse a orinar abriendo la bragueta de mi pantalón. Luego, tendí el orinal a mi hermana diciéndole que hiciese lo mismo que yo. Ella se abrió la bragueta, pero, naturalmente, no sacó el miembro cuya inexistencia en ella yo desconocía, y se orinó en los pantalones. La torpeza de mi hermana me indignó, no comprendí por qué no había actuado de la misma manera que yo y este incidente no me enseñó nada respecto a nuestras diferencias anatómicas.

Otro recuerdo «urinario», pero más viejo (debía de tener unos cinco años): en aquella época vivía con nosotros una niña que debía de tener aproximadamente mi edad. Era, como supe después, la hija de una prostituta de baja extracción que, al morir, dejó a una criatura de dos meses: aquella niña. Mi madre recogió a la criatura (la muerte tuvo lugar en una gran casa de la que nosotros alquilábamos un piso), le buscó un ama y decidió criarla con sus propios hijos. Pero, y esto es interesante para los que creen en la herencia de los sentimientos morales, esta criatura, a pesar de recibir absolutamente la misma educación que nosotros y de ignorar por completo ser una hija adoptiva, manifestó desde los primeros años de su vida fuertes inclinaciones inmorales. Nosotros no sabíamos que no era nuestra hermana, ella tampoco sabía nada y para ella nuestra madre era tan «mamá» como para nosotros; como éramos niños muy cariñosos, muy tiernos, de los que se acarician sin cesar, la queríamos como nos queríamos entre nosotros, besándola y haciéndole mimos, mientras que aquel pequeño diablillo sólo pensaba en hacernos daño. Cuando se hizo mayor, nos dimos cuenta de su carácter. Terminamos por ver, por ejemplo, que siempre que se le presentaba la ocasión cometía una acción contraria a nuestra ética infantil, pero con una infalibilidad

matemática. Por ejemplo, jamás contaba lo que había pasado en la *nursery* en ausencia de las personas mayores sin calumniar a sus compañeros de juego. Sentía una pasión irresistible por incitar a los demás niños a hacer alguna trastada para ir inmediatamente a denunciar al autor ante nuestros padres. Tenía una gran habilidad para sembrar la discordia entre las personas mayores (sirvientes, etc.) con invenciones calumniosas. Mientras nosotros adorábamos a los animales, ella los atormentaba —hasta la muerte si podía— y luego nos acusaba de ello sin avergonzarse. Le gustaba hacer regalos, pero —y esta regla *jamás* sufrió la menor excepción— era para recuperarlos inmediatamente después y disfrutar del llanto de la víctima. Como físicamente era más fuerte que nosotros y más inteligente en el mal, nosotros éramos su «sufrelo todo». Nos pegaba y nosotros no nos atrevíamos a quejarnos, nos calumniaba y no sabíamos disculparnos. Nos robaba sin cesar nuestros juguetes o los rompía; como era muy golosa nos quitaba —cuando los niños no estaban vigilados de cerca— nuestra parte de golosinas. Pero a pesar de todo, cosa curiosa, nosotros no sentíamos ninguna animosidad hacia ella y seguíamos queriéndola porque *era nuestra hermana*. Esto se explica sin duda por la debilidad mental de los niños que incluso llegan a amar a las personas que los maltratan (a los padres brutales por ejemplo), por la incapacidad de razonar sobre los actos. Nosotros sólo sabíamos que hay que quererse entre hermanos y obedecíamos esta regla ética. Cuando tenía seis años, esta niña quiso robar el dinero que nuestra criada guardaba en su cama. Nosotros, es decir mis hermanas y yo, también sabíamos que la criada escondía el dinero bajo el colchón, pero, aparte de que la sola idea de robo nos horrorizaba, no sentíamos el menor interés por la idea de poseer dinero, mientras que nuestra compañera, educada absolutamente en las mismas condiciones que nosotros, sin carecer naturalmente de nada y disponiendo de los mismos juguetes, ¡tenía ya instinto de codicia! Hacia la misma época, parece ser que nos sometió a manipulaciones sexuales, pero no recuerdo nada de este episodio: por lo demás, mis recuerdos

sobre los seis primeros años de mi existencia son muy fragmentarios e incompletos. Alarmada por el desarrollo precoz de las inclinaciones viciosas de la hija adoptiva, y temiendo el contacto con sus jóvenes compañeros, mi madre finalmente la alejó de la familia: la niña fue confiada a una de mis tías, una solterona muy caritativa de ideas filantrópicas: esta excelente persona se aficionó extraordinariamente a nuestra seudohermana, la educó lo mejor que pudo, pero todo fue inútil: en el colegio Olga jamás quiso trabajar; a los dieciocho años, tras abandonar a su benefactora, practicaba ya el oficio de su madre. A los veintidós, fue enviada a Siberia por robo con tentativa de asesinato. He hecho esta digresión un poco larga, sorprendido por la opinión de Wundt que, en su *Ethik*, pretende que la doctrina de Spencer, según la cual las inclinaciones morales pueden transmitirse hereditariamente, es pura invención. Creo que la historia de Olga parece indicar que las disposiciones morales hereditarias (ya que aquí la educación no ha desempeñado ningún papel) se manifiestan tempranamente en algunos niños. Pero vuelvo a mi historia.

Pues bien, recuerdo que, jugando un día en el jardín con los otros tres niños, se me ocurrió (¿por qué?, no lo sé, pero ciertamente las sensaciones sexuales no tenían nada que ver) orinar en una caja de cerillas vacía (estas cajas en aquella época, en Rusia, eran cilíndricas, se parecían a un cubilete) y hacerles beber la orina a mis hermanas. Las tres niñas obedecieron dócilmente y se tragaron concienzudamente el contenido del cubilete que yo volvía a llenar cuando se vaciaba. La pequeña Olga parecía encontrar un placer particular en aquella incongruencia, pero, como el amor por la delación era el rasgo dominante de su carácter, voló enseguida a casa a contarle el asunto a nuestra madre. Esta inclinación al chivatazo era verdaderamente inexplicable en esta niña, ya que nuestros padres trataban en todo momento de inspirarnos el odio más profundo por la delación, diciéndonos siempre que no había nada peor que ser *soplón* y regañando siempre a Olga cuando intentaba «chivarse». Pero la delación y la calumnia eran en ella una pasión irresistible.

Odiaba a todo el mundo y se esforzaba en hacer daño a todos, no encontrando a su alrededor más que afecto y amor. Esto parece de una psicología inconcebible y sin embargo es un hecho. Creo, una vez más, que sólo puede explicarse por alguna triste herencia. Cuando Olga fue apartada de nuestra casa, mi madre, para explicar el acontecimiento, nos contó una historia inventada. Sin embargo seguíamos viendo a Olga (que ahora vivía con mi tía en el campo) de vez en cuando. Conocíamos el robo cometido por la pequeña, ya que se descubrió en nuestra presencia, pero no le habíamos concedido importancia. Tampoco debieron de chocarnos sus manipulaciones sobre nuestros órganos sexuales, ya que yo había olvidado por completo este episodio que me fue referido mucho más tarde. Cuando, a los diez años, mi tía se trasladó a nuestra ciudad para llevar a Olga al colegio, como alumna externa, tuve ocasión de ver a mi excompañera más a menudo y fue entonces cuando me enteré de que no era mi verdadera hermana.

A los siete años yo ya sabía cómo estaban hechas las niñas al haber observado la constitución de mis hermanas, pero eso no me interesaba en absoluto. Aquí se sitúa un episodio del que guardo un vivo recuerdo, aunque no me hubiese impresionado sexualmente. Tendría siete u ocho años.

Pasábamos el verano en una villa a orillas del mar Negro, en una ciudad del Cáucaso. Teníamos como vecinos a la familia de un general cuyos tres hijos (siete, nueve y diez años) solían venir a jugar conmigo al inmenso jardín que rodeaba nuestras casas de campo. Recuerdo que un día estaba solo con el niño de nueve años, Sérioja (diminutivo de Sergio), junto a una tapia sobre la que había dibujado al carbón un hombre con un enorme pene y esta inscripción: «Señor de la p... puntiaguda». No sé de qué hablábamos. Sérioja me dijo de repente: «¿Tú, *jodes* a tus hermanas? (Utilizó un equivalente ruso de esta palabra, igual de grosera o incluso más). —No sé qué quiere decir, le contesté; no lo entiendo. —¿Cómo, no sabes lo que quiere decir la palabra *joder*? Pero si todos los niños lo saben». Le pedí que me explicase aquel misterio: «Joder, me dijo, es cuando el niño

mete su *cosa* en la *cosa* de la niña». Pensé, para mis adentros, que aquello no tenía el menor sentido ni ofrecía ningún interés, pero, por educación, no dije nada y me puse a hablar de otra cosa. Ya no pensaba en esta conversación, que había sido una decepción para mi curiosidad, cuando, unos días después, Sérgio y Boria (Boris), el mayor de los tres hermanos, me dijeron: «Víctor, ven con nosotros a *joder* a Zoé». Zoé era una joven griega de doce años, hija del jardinero del general. Como ya había averiguado el significado de la palabra *joder* y no sentía el menor interés por un acto que me parecía absurdo, decliné la invitación; pero insistieron: «¡Anda ven, imbécil! ¡Ya verás cómo te gusta!». Como por temperamento siempre tuve miedo de contrariar a alguien, siendo educado hasta la pusilanimidad, seguí a los dos granujas a los que se unieron su hermano pequeño Kolia (Nicolai), la Zoé en cuestión, un joven judío de ocho o nueve años que se llamaba, me acuerdo muy bien, Micha (Mijail), y un chico ruso de unos diez años, Vania (Ivan).

Nos adentramos en las profundidades del jardín. Allí, en un bosquecillo apartado, los niños sacaron sus penes de los pantalones y se pusieron a jugar con ellos. Recuerdo el aspecto que tenían aquellos órganos, y ahora comprendo que estaban en erección. Zoé los manoseaba con sus dedos, introducía briznas de hierba entre el prepucio y el glande y en la uretra. Quiso hacérmelo también a mí, pero me dolió y protesté. Luego ella se tumbó sobre la yerba remangándose las faldas, separando los muslos y mostrando sus partes sexuales. Separó los grandes labios con los dedos y vi con sorpresa que dentro la vulva estaba roja. Pues aunque había visto las partes genitales de mis hermanas, jamás había visto la vulva entreabierta. Esto me causó una impresión desagradable. Entonces los chicos se acostaron, uno tras otro, sobre el vientre de Zoé aplicando su pene sobre la vulva. Como la cosa seguía sin interesarme, no intenté averiguar si había habido *immissio penis* o si el contacto era superficial. Sólo veía a los chicos y a la joven agitarse mucho, ella debajo, los otros encima, y a cada chico continuar, para mi

gran sorpresa, este ejercicio durante bastante rato. El pequeño Kolia hizo como los demás. Llegó mi turno. Siempre por cortesía hacia la compañía, puse mi pene sobre la vulva de la griega, pero ella no pareció satisfecha de mí, me trató de imbécil y de zopenco (*kliatcha*), dijo que no lo sabía hacer, que mi *cosa* parecía un trapo. Intentó enseñarme a *hacerlo* mejor, pero no lo consiguió y repitió que era un imbécil. Me sentí herido en mi dignidad, sobre todo por el calificativo de «zopenco», ya que además tenía conciencia de hacer algo tan absurdo y tan insípido sólo por pura cortesía hacia los demás y sin sentir el menor interés. Por otra parte, no tenía la menor sospecha de que todo aquello pudiese ser considerado vergonzoso o inmoral. Así pues, de vuelta a casa, le conté a mi madre delante de todos y con la mayor tranquilidad e ingenuidad del mundo (aquello no era una delación, ya que yo no sabía que «joder» a una niña fuese reprehensible) a qué habíamos estado jugando. Espanto general, terrible escándalo. Mi padre va a ver al general para advertirle del peligro moral al que sus hijos han sido expuestos, sin duda por el trato de algunos tipejos poco recomendables, como Zoé, o Micha, o Vania, todos hijos de familias de baja estofa; pero el general se pone furioso sólo de pensar que se pueda considerar a sus hijos (¡imagínense, los hijos de un general!) capaces de hacer porquerías, afirma que he mentado, insulta a mi padre que le responde con virulencia; la pelea entre las dos familias vecinas es total. Ese fue mi primer contacto con las cosas sexuales, contacto que, por otra parte, no me mancilló, ya que no entendí nada de lo que había visto ni sentí ninguna emoción genésica. Es como si hubiera visto a los niños frotarse la nariz unos a otros.

Recuerdo que, poco tiempo después de este incidente, y ya de vuelta a Kiev, mi tía, que acababa de llegar del campo, hablaba con mi madre sin saber que yo las escuchaba. Decía haber descubierto que Olga que, en el campo, dormía en la terraza debido al calor estival, había sido asiduamente visitada de noche por un chico de doce años, el hijo del cochero, que se metía en su cama «para hacerle porquerías». Después del escándalo del Cáucaso, comprendí de qué

«porquerías» se trataba. Y mi madre le decía a mi tía: «¡Ah!, ahora entiendo por qué Olga llegó aquí tan amarilla y con tantas ojeras». Deduje que hacer «porquerías» era perjudicial para la salud.

En aquella época, y hasta los once años, era excesivamente púdico. Este pudor no tenía ninguna base sexual y era, creo yo, puramente imitativo, pero yo pensaba que era algo horrible mostrarse ante una persona del sexo femenino no ya desnudo, sino incluso en camisa y calzoncillos. Desde los siete años, tuve una habitación para mí solo y recuerdo el terror que sentí cuando nuestra doncella estuvo a punto de sorprenderme mientras me cambiaba de camisa. A partir de aquel momento, me preocupé siempre de comprobar si mi puerta estaba bien cerrada, antes de orinar, de desvestirme, etc. Lo que me hace pensar que no había nada sexual en ello, es que conozco casos de niños de cuatro o incluso de tres años que sienten los mismos terrores púdicos: es un fenómeno de imitación y de sugestión: los niños ven a las personas mayores ocultarse para desvestirse, para hacer sus necesidades, etc., oyen los gritos de las señoras cuando son sorprendidas en paños menores y llegan a la conclusión de que ser visto poco o nada vestido es algo terrible. ¡Las impresiones a esta edad son tan profundas, tan tenaces! Mi padre, para insuflarme el valor físico, hablaba en mi presencia con desprecio de los niños débiles, cobardes, que son como «mujercitas»: lo cual me causó una impresión tan profunda que hasta la edad adulta consideré la debilidad física como la cosa más vergonzosa, peor que los mayores vicios, y temblaba sólo de pensar que podía ser una de aquellas «mujercitas» de las que hablaba mi padre, mientras que, al contrario, era muy robusto para mi edad y físicamente valiente aunque moralmente cobarde (por eso no dudaba en pelearme con chicos mayores que yo, pero no me atrevía a levantar la voz para reclamar mis derechos más elementales).

Volviendo al pudor, en aquella época tuve sueños que se han prolongado a lo largo de toda mi existencia y que sigo teniendo todavía ahora: soñaba que me encontraba en la calle

o en un salón, sin ropa, sin pantalones o simplemente descalzo o sin chaqueta (o sólo con un pie descalzo): intentaba ocultar este escándalo y experimentaba sufrimientos indecibles. Como acabo de decir, sigo teniendo todavía esta clase de sueños ¡y me hacen sufrir lo mismo que cuando tenía ocho o nueve años! Y sin embargo, a partir de los doce años, en la vida real ya no experimentaba ninguna clase de sentimiento púdico y, si evitaba que me viesen desnudo, era por respeto a las convenciones públicas y no por ningún sentimiento íntimo. Nueva prueba de la profundidad de las huellas subconscientes de las impresiones infantiles. Otro sueño horrible del que nada ha podido liberarme, es la visión de estar en un pupitre del colegio, sin saberme la lección y a la espera de ser interrogado por el profesor. Tengo esta aterradora pesadilla, todavía ahora, al menos una vez por semana. En cuanto al sueño de ir vestido de forma incompleta entre la gente, lo tengo cada quince o veinte días y es verdaderamente penoso. Algunas conversaciones me han hecho saber que muchas personas (sobre todo mujeres) tienen sueños angustiosos en los que se encuentran desvestidas o medio vestidas entre la gente. Cuando era niño soñaba a menudo que me caía por un precipicio o que era perseguido por fieras salvajes y por perros, pero una vez alcanzada la edad adulta, dejé de tener esos sueños.

Recuerdo que un día, cuando tenía siete u ocho años (era después de la historia con los hijos del general), iba paseando por la calle con mis hermanas y nuestra institutriz francesa, y que un chiquillo del pueblo (un pequeño mujik) a quien no conocía me dijo, señalando con el dedo a una de mis hermanas: «¿Te la *jodes*?».

En aquella época teníamos una institutriz francesa muy buena a la que apreciábamos mucho. Me hacía leer libros franceses, lo que yo hacía con pasión, sobre todo cuando eran libros de viajes o de hazañas bélicas. Sólo temía a *Mademoiselle* Pauline cuando me enseñaba a tocar el piano: aborrecía el ejercicio consistente en aporrear el teclado. También le teníamos mucho cariño a nuestra doncella y no sé qué prefería escuchar: si las canciones provenzales que

cantaba *Mademoiselle* Pauline acompañándose al piano o los cuentos de hadas que nos contaba la doncella Pélagie. Tenía la firme intención de llegar a ser un explorador del centro de África, pero quería ir allí con mi mujer, como Bekker, cuyos viajes leía con fruición. Sólo me preguntaba con quién debía casarme, con *Mademoiselle* Pauline o con Pélagie. Comprendía que, para un viajero, era más práctico tener una mujer como Pélagie, hija del pueblo, robusta y buena cocinera. Pero sentía más cariño hacia *Mademoiselle* Pauline y además, era más instruida y su conversación más interesante. Por tanto me convenía llevarla conmigo, teniendo en cuenta además que en el desierto no había pianos para atormentarme con las escalas. Pero una vez oí decir a alguien que Rubinstein viajaba con un pequeño piano portátil mudo para no dejar que sus dedos «se oxidasen» durante el viaje. Entonces temí que *Mademoiselle* Pauline quisiese llevarse un piano portátil para obligarme a hacer los odiosos ejercicios durante el viaje. Ante esta idea todo mi valor de explorador africano me abandonaba. Esto hizo inclinarse la balanza a favor de Pélagie, a quien declaré solemnemente mi intención de tomarla por esposa cuando fuese mayor, para que me acompañase en mis exploraciones por África, lo que aceptó gustosa.

En aquella época de mi vida, sentía un gran apego por todas las personas que me rodeaban. Quería a *Mademoiselle* Pauline y a las sirvientas (sobre todo a Pélagie) tanto como a mis padres, pero sobre todo adoraba a los soldados. En efecto, muy cerca de nuestra casa había una guarnición donde tenía numerosos amigos entre los soldados. Por principio, mis padres concedían a sus hijos una total libertad de movimientos (al igual que, también por principio, *jamás nos castigaban*. Si aceptaba tareas desagradables como, por ejemplo, el estudio del piano, era por educación y debilidad de voluntad y no por una imposición externa): la institutriz debía someterse a ese sistema por extraño que lo encontrase. Salíamos cuando queríamos, hacíamos amistades por nuestra propia cuenta. Yo establecí relaciones de amistad con varios soldados que, a mis ojos, estaban rodeados de una aureola de

majestad casi divina, sobre todo los de caballería: húsares, dragones. Experimentaba una voluptuosidad celestial tocando sus botones de metal, sus galones, sus cascos, pero sobre todo sus armas. Como todos los niños, estaba loco por las armas (sables, fusiles, pistolas) y permanecía horas enteras en el cuartel pasando la mano sobre aquellos objetos que me fascinaban. ¡Qué feliz habría sido si mis padres, en lugar de comprarme trenes y otros juguetes que apenas me interesaban, me hubiesen comprado sables y fusiles! Pero nunca lo hacían, probablemente por principio, y yo era demasiado tímido para expresar mis deseos. ¡Mis padres, internacionalistas y antimilitaristas, no sabían qué ferviente admirador de los «espadachines» y qué patriotero era su hijo! En efecto, los soldados me iniciaron en el patriotismo ruso asegurándome que el ejército ruso jamás había sido derrotado y no podía ser vencido por ninguna fuerza humana, porque un solo soldado ruso es más fuerte que cincuenta soldados alemanes, franceses, ingleses o turcos. Llegué incluso a preguntarle a mi padre si todo eso era cierto. Me dijo que no; pero yo no le creí. Las afirmaciones de mi amigo el húsar me convencían más, como si emanasen de un hombre competente, de un especialista, mientras que mi padre era un simple paisano. ¡Es tan agradable pertenecer a una nación cuyos soldados jamás han podido ser derrotados! Mi padre me decía que Sebastopol había sido tomada por los franceses, pero mis amigos soldados aseguraban que, todo lo contrario, fueron los soldados franceses e ingleses los que habían sido derrotados y exterminados en Sebastopol y esto me parecía mucho más verosímil. Durante la guerra ruso-turca de

1877-1878

, mis padres (lo que yo entonces, por otra parte, ignoraba) deseaban, por odio al gobierno, la derrota de Rusia. Yo leía apasionadamente los periódicos y me exaltaba ante el relato de las victorias de mis compatriotas (los reveses nunca eran confesados por la prensa rusa); me enfurecía ser niño y no poder enrolarme en las tropas para luchar al lado de mis amigos húsares. Los generales Gurko y Skobelev eran mis

héroes preferidos.

Hacia la misma época (entre los ocho y los nueve años), estuve a punto de convertirme en creyente. Mis dos hermanas y yo habíamos sido educados al margen de cualquier religión, como es el caso de casi todos los hijos de «intelectuales» en Rusia. En Europa se desconoce hasta qué punto las clases instruidas en Rusia son totalmente irreligiosas y ateas. Se juzga a Rusia a partir de algunos espíritus excepcionales, como Tolstoi o Dostoievski. Su misticismo, su cristianismo es completamente extraño a la sociedad ilustrada rusa. Y las mujeres, entre nosotros, son tan poco creyentes como los hombres. Nosotros los rusos no podemos llegar a comprender cómo la gente instruida, en Europa occidental y sobre todo en Inglaterra, muestra tanto interés por las cuestiones religiosas; nos sorprende que ingleses inteligentes, y algunas veces sabios, vayan a un templo para escuchar las banalidades morales y los socorridos lugares comunes de un predicador; la costumbre inglesa de leer incesantemente la Biblia, de citarla en cualquier ocasión, nos parece una extraña manía, ya que creemos que hay millares de libros más instructivos, más agradables, más interesantes desde todos los puntos de vista, que la Biblia. Asimismo, cuando se nos dice que en los países de Europa occidental, sabios y filósofos, pensadores serios discuten para saber si el sentimiento religioso es eterno y si la humanidad podrá algún día prescindir de él, nosotros no podemos ocultar nuestra sorpresa, porque vivimos en un medio en el que todo sentimiento religioso ha desaparecido sin dejar rastro. ¿Cómo podemos admitir la necesidad y la perennidad de la religión, si entre nosotros la sociedad instruida, la flor y nata de la nación, un millón de individuos o incluso más, vive sin sentir la menor necesidad de las creencias religiosas? Desde este punto de vista, la Rusia típica no es la del excéntrico Tolstoi, sino la de Kropotkin que, durante su larga existencia, ha meditado sobre infinidad de cosas, pero jamás sobre Dios ni sobre el alma. El problema religioso es algo que para él no se plantea, al igual que el problema de la astrología, de la quiromancia, etc. En mi familia, como en todas las familias con las que nos

relacionábamos, jamás se hablaba a los niños de Dios, de la vida futura ni de Jesucristo.

Esto afligía a la pobre Pélagie que quiso convertir a los pequeños paganos y nos enseñó la religión, lo que llevó a cabo sin que mis padres se enterasen, pues, aunque nos querían, se ocupaban muy poco de nosotros, como ya he dicho. Pélagie no sólo me explicó los principales dogmas cristianos, sino que también me enseñó oraciones que yo rezaba con compunción. Finalmente se decidió a llevarnos a la iglesia, a mí y a la mayor de mis hermanas, para que hiciéramos la comunión. En la iglesia griega (a la que pertenecía por nacimiento, ya que en Rusia el bautismo es obligatorio para todos los niños *rusos*, es decir hijos de padres ortodoxos; el estado no considera rusos a los católicos, judíos, mahometanos, protestantes: éstos son sólo «sujetos *alógenos* [*inorodtsí*] del Imperio», pero no rusos. Conozco a un estudiante judío, sujeto ruso, que se quedó muy asombrado cuando, en un documento oficial francés, se le atribuyó la nacionalidad rusa; creyó que era un error, y exclamó: «No, soy de nacionalidad judía», sin comprender la respuesta del funcionario francés: «En Francia, reconocemos la *religión* judía, pero no reconocemos la *nacionalidad* judía»), no existe una edad determinada para la primera comunión, se puede hacer comulgar al niño desde que está bautizado y, entre el pueblo, se hace algunas veces. Pero antes de llevarme a comulgar, Pélagie me explicó que el cura me confesaría. Me preparaba pues a la confesión temblando y consiguiendo descubrirme pecados que debían de ser bastante insignificantes, supongo. Pero tenía un desmesurado amor propio, como todos los tímidos, y la idea de revelar mis pequeñas faltas a un extraño me horrorizaba. Pélagie me había enseñado que estaba acompañado por un ángel custodio que me protegía contra el demonio. Recuerdo que, acostado en mi camita de hierro, con las luces apagadas, no podía dormirme, pensando en lo que iba a decirle al cura. Tan pronto estaba resuelto a ocultarle mis pecados (como el de haberle sacado la lengua a mi hermana con la intención de mortificarla o el de haberme mostrado perezoso en el estudio

de las escalas y de la gramática francesa que me imponía *Mademoiselle Pauline*) —pero entonces me decía que aquella decisión impía me había sido sugerida por el demonio—, como me decidía a decírselo todo y entonces sentía que obedecía al ángel custodio. Al final el ángel custodio se impuso, y decidí revelárselo todo al confesor, por duro que le resultase a mi amor propio; me embargó un sentimiento de santa dicha y de beatitud y acto seguido me dormí. Al día siguiente mi corazón latía alocadamente cuando Pélagie nos llevó a la iglesia, pero mi santa decisión era inquebrantable. Cuál no sería mi asombro cuando, en la confesión, el sacerdote no me preguntó cuáles eran mis pecados, sino que sólo quiso saber si rezaba mis oraciones y el Símbolo de Nicea, que Pélagie me había enseñado, y que yo recitaba a trancas y barrancas, y sin comprender prácticamente nada (ya que en Rusia la lengua litúrgica es el antiguo eslavo que se parece al ruso actual lo que el inglés de Beowulf o de *Paraphrase*

Caedmon's

se parece al inglés actual. Por eso las oraciones que reza el pueblo ruso son para él absolutamente incomprensibles). Luego recibí la comunión sin experimentar ninguna emoción y preguntándome sólo por qué el pan (los ortodoxos comulgan con trozos de pan y no con hostias) y el vino que tragaba no tenían en absoluto el sabor de la carne y de la sangre. A propósito de la confesión, quiero decir de paso que los sacerdotes ortodoxos la entienden de manera muy distinta a como es entendida por los sacerdotes católicos. En efecto, cuando más tarde, alumno de la escuela secundaria, tenía la obligación, por el reglamento escolar, de confesarme y comulgar una vez al año, el sacerdote nunca me hizo preguntas sobre los pecados sexuales, ni siquiera cuando tenía diecisiete años; sólo me preguntaba si era respetuoso con mis profesores, si no me peleaba con mis compañeros y si aprendía concienzudamente las lecciones. Conozco, por otra parte, el caso de una dama católica convertida a la religión griega, que se indignaba —entre decepcionada y contrariada— por la forma sumaria y «superficial» con la que confesaban

los sacerdotes de su nueva religión. «¡Apenas me han preguntado nada!», decía.

Mi fervor religioso no duró mucho. Pélagie nos dejó poco después de mi comunión clandestina (que mis padres ignoraban). Mi inteligencia, en aquella época de mi vida (entre los ocho y los diez años), hizo rápidos progresos. Comprendí que mis padres eran ateos, lo que me hizo inmediatamente dejar de creer, ya que además la autoridad intelectual de la excelente Pélagie, ausente, ya no pesaba sobre mí, mientras que mis sentimientos patrióticos y militaristas se mantenían a través de las conversaciones con mis queridos amigos soldados, encarnación de la fuerza física por la que mi propio padre, sin prever las consecuencias de sus palabras, me había infundido una profunda veneración. El período místico fue pues muy breve en mi vida.

A los nueve años, perdí a mis dos hermanitas. Se las llevó la difteria, que yo también contraí al mismo tiempo que ellas, pero de la que yo me salvé. Me ocultaron su muerte durante varios meses, inventando historias. Pero yo empezaba a tener un mayor espíritu crítico y sospechaba alguna desgracia. Cuando por fin supe la verdad, me dio pena, pero, cosa rara, no me hizo llorar, mientras que lloraba siempre que se moría un perro, un gato, un pájaro o un ratón. Tal vez se debiera a que no sentí un verdadero *shock* moral, ya que sospechaba que me ocultaban la verdad.

Poco tiempo después, *Mademoiselle* Pauline también nos dejó, lo que para mí fue muy triste, como anteriormente el abandono de Pélagie. Mi madre me dio clases para preparar mi ingreso en la escuela. La escuela secundaria rusa se compone de ocho cursos, sin contar uno, o dos, o a veces tres cursos preparatorios (en mi época sólo había uno). Se entra en la primera clase a los diez u once años y se terminan los estudios secundarios (si no hay que repetir algún curso, debido a las malas notas en los exámenes de paso) a los dieciocho o diecinueve años. El aprobado en el último examen de la escuela secundaria (examen de madurez) abre las puertas de las universidades y de algunas escuelas superiores, como el *baccalauréat* francés. Yo no hice la clase

preparatoria —pero entré, tras un examen, en la primera clase de la secundaria cuando todavía no había cumplido los diez años.

Mi madre se quedó sorprendida de mis aptitudes: no se las imaginaba. Tenía una memoria extraordinaria, mucho gusto y facilidad para el cálculo, y un inmenso amor por la lectura. Además, mis ejercicios de redacción eran notables para mi edad. Muy pronto me creé una reputación de pequeño prodigio. El conocer mi reputación no aumentó mi seguridad; la confianza en mí mismo no hizo disminuir mi timidez, pero desarrolló mi amor propio que ya era excesivo. Mis padres estaban orgullosos de que leyera libros serios, franceses y rusos, que otros niños de mi edad no podían ni siquiera comprender: y yo también me sentía orgulloso.

Entre los ocho años y medio y los diez, pasé dos veranos en el campo, en la finca de uno de mis tíos. Tenía varios hijos que no se relacionaban conmigo, salvo uno, el más joven, un chico de dieciséis o diecisiete años, alumno de la sexta clase de la escuela secundaria. Aquel jovencito, creo yo, vivía bajo la influencia de una verdadera turbulencia erótica. Sólo pensaba en las mujeres y sólo hablaba de cosas obscenas. Sin embargo, suponiéndome bien informado y más experimentado de lo que era, no se explicaba en detalle y me hablaba de tal forma que no entendía lo que decía. Me contaba anécdotas escandalosas y pornográficas cuyo significado se me escapaba por completo y que sólo comprendí mucho más tarde. Perseguía, en mi presencia, a las muchachas (criadas, trabajadoras agrícolas), les sujetaba la cintura, las besaba, pero a mí todo eso no me excitaba en absoluto, ni me interesaba. Me decía, señalándome, por ejemplo, a una trabajadora del campo: «Sabes, me acuesto con ella» o «Me he acostado con ella»; pero yo no conocía el sentido equívoco de la palabra «acostarse» y no comprendía qué placer o interés se podía encontrar en dormir con una mujer. A veces, salía de nuestra habitación de noche, diciendo: «Voy a acostarme con chicas», y me invitaba a acompañarle; yo rehusaba asombrado por aquellas ideas extravagantes y preguntándome si no estaría loco. Una vez,

nos disponíamos a bañarnos en el río y estábamos sentados desnudos a la orilla del agua. Mi primo me mostró su escroto diciendo: «Fíjate qué grande; no es de extrañar, porque es de ahí de donde salen los niños». Esta frase me sorprendió. «¿Cómo?», pensé, «¿es que no sabe, a su edad, que las mujeres no están hechas como los hombres y no tienen testículos?». Pero no creí oportuno disipar su ignorancia. Probablemente me alegraba estar más enterado que un chico de diecisiete años. Entonces sabía que los niños salían del vientre de la mujer; sólo que creía que era por un desgarró que, en el momento del parto, se formaba en el lugar donde se encuentra el ombligo. Así es como había interpretado la expresión encontrada en los libros: «El niño, al nacer, desgarró las entrañas de su madre». Pero, naturalmente, no tenía ni la más remota idea de la participación del hombre en la concepción del niño.

Cuando nos bañábamos en el río —a veces en compañía de los hermanos mayores de mi primo—, las chicas del pueblo, de doce a diecisiete o dieciocho años, venían a mirarnos. Contrariamente a la opinión común, he observado que las chicas son mucho menos púdicas en los pueblos que en las ciudades. Por lo menos en Rusia es así. Hay que saber que los individuos de todas las edades y de los dos sexos en Rusia (sobre todo en el campo) tienen la costumbre de bañarse completamente desnudos en los ríos y en el mar. Los hombres y las mujeres forman grupos separados que no se bañan juntos, pero sí lo bastante cerca como para poderse examinar unos a otros detenidamente. Así ocurría en el pueblo donde pasaba el verano. Pero, aparte de esto, mientras nosotros, los chicos, nos bañábamos, chiquillas, adolescentes y jóvenes casaderas venían a mirarnos, como he dicho, permaneciendo vestidas. Se sentaban tranquilamente sobre la hierba a ocho o diez metros del lugar donde habíamos dejado la ropa y esperaban a que saliésemos del agua. Esto no molestaba en absoluto a mis compañeros, al contrario les gustaba, proporcionándoles la ocasión de cruzar con ellas frasecitas más o menos atrevidas, pero en cambio —por el pudor que entonces padecía, como he dicho hace un

rato— para mí era un verdadero suplicio. Salía del agua con tretas de apache, escondiéndome detrás de los matorrales que crecían a la orilla del río y aprovechando el momento en que las muchachas no se fijaban en mí, lo que no era muy difícil, ya que no era yo, sino los chicos mayores quienes atraían sus miradas. La mayoría de las veces me bastaba esperar, escondido hasta la barbilla en el agua limosa del río, a que los chicos mayores se hubieran vestido: entonces las chicas se marchaban y yo podía salir y vestirme tranquilamente. Pero una vez, cuando mi primo ya estaba vestido, dos malditas jovencitas, una de quince y la otra de doce años aproximadamente, se obstinaron en mantener sus posiciones, esperando mi aparición *in naturalibus*. Al ver que ellas no querían abandonar el campo, yo no me atrevía a salir y, sumergido en el agua hasta el cuello, me desesperaba, derramando amargas lágrimas, que se mezclaban con el agua que resbalaba de mis cabellos sobre las mejillas. Mi primo comprendió finalmente lo que pasaba y tuvo una idea infernal. Se volvió a desvestir, entró en el río, me agarró traidoramente por detrás y me sacó del agua con los brazos estirados, apartando mis muslos y mostrando mis órganos sexuales a las jovencitas encantadas que se reían a más no poder. En aquella circunstancia experimenté una conmoción psíquica violenta y dolorosa y, durante mucho tiempo, no podía recordar esta escena sin experimentar un sufrimiento real. Y sin embargo sería errado suponer que existiese una relación entre mi pudor histérico y la vida sexual.

En el impudor yo sólo veía un atentado a las convenciones sociales, un insulto a la buena educación. Sabía que mostrarse desnudo ante las mujeres era algo chocante, ofensivo, grosero, pero no más que no quitarse el sombrero al entrar en una casa ajena. Lo que demuestra la exactitud de esta explicación, es que en mis sueños atormentados me veía más veces sin botines en un salón que desvestido, y sin embargo la primera pesadilla me hacía sufrir tanto como la segunda. Antes me habría dejado matar que consentir en pasear por la calle sin sombrero, lo que mis compañeros hacían sin el menor apuro. Y si alguien, por la fuerza, me

hubiese obligado a atravesar la ciudad sin sombrero me habría infligido un suplicio tan horrible como si me hubiese hecho pasear desnudo. Era víctima (y lo sigo siendo) de un inmenso amor propio y mi pudor era una consecuencia. Mostrarse desnudo, como encontrarse sin zapatos o sin sombrero, era presentarse en una situación *ridícula*: no era más que eso. Soltar una palabrota, era mostrarse mal educado. El estado de mi alma infantil tal vez se debiese a la influencia de mi padre que era un *gentleman* de pies a cabeza, llevando la corrección formal hasta el *cant*, muy puntilloso en todo lo que se refería a las obligaciones mundanas: este apego a las convenciones, a las reglas tradicionales de la etiqueta en la vida pública era incluso contradictoria con sus ideas sociales y políticas ultraradicales y ultrademocráticas. El miedo al ridículo (desde el punto de vista de la sociedad) me ha acompañado a lo largo de toda la vida. Y lo que es singular: cuando hoy vuelvo a recordar alguna torpeza mundana, alguna inconveniencia que cometí *cuando era niño* (un golpecito en el sombrero no devuelto a tiempo, una pregunta intempestiva, una respuesta torpe, una inconveniencia por distracción, etc.) sufro como si hubiese sucedido ayer y a menudo, al pensar en estas cosas, no puedo retener un grito o un gemido. Lo confieso para mi vergüenza: recuerdos de este tipo me producen sensaciones más punzantes que los remordimientos de las peores acciones. En mí, las llagas de esta clase no se cicatrizan jamás: permanecen eternamente frescas, el tiempo no puede nada contra ellas. Pues bien, en mi pudor infantil sólo había elementos de esta clase: el miedo (sugerido por el ejemplo y las palabras de las personas mayores) a la inconveniencia y al ridículo.

Los baños de los chicos y chicas del pueblo solían tener lugar a la misma hora del día. Más de una vez tuve ocasión de ver a dos grupos de chicos y chicas, de catorce a dieciocho años, bañarse en el río a veinte metros de distancia unos de otros. Estaban completamente desnudos, con el agua sólo hasta las rodillas, unos frente a otros, cruzándose bromas groseras y bombardeándose con bolas de limo extraídas del

río: dirigían sus proyectiles tratando de alcanzar las partes genitales del otro sexo, lo que provocaba grandes estallidos de risa. Cuando por la noche tomaba un baño caliente en casa, me preocupaba de que los postigos estuviesen cerrados sin dejar ninguna rendija, ya que sabía que las sirvientas jóvenes (y eran muchas en casa de mi tío) observaban, por las ventanas, a mis primos mientras se bañaban. Una vez sorprendí una conversación entre dos de ellas que no dejó de sorprenderme: «¿Le viste bien, ayer, cuando se bañaba, al *panitch*? (en ruso vulgar: el joven amo). —¡Ya lo creo que le vi! ¡Veía lo que tiene entre las piernas como te estoy viendo a ti! ¡Llegué a *mearme de placer!*» (*ya aj stsala vid vissilia!*).

Como siempre me separaba una gran distancia de las chicas que se bañaban en el río, no podía ver bien los detalles de su desnudez: veía en sus vientres triángulos negros, pero no sabía que esos triángulos estuviesen formados de pelo. Acto seguido, me preguntaba si era pintura o el color natural de su piel en aquel lugar, o si es que ponían sobre su vulva (¿para esconderla y por pudor?) piezas de papel engomado o de tela. Sin embargo sabía que los hombres tenían vello en el pubis, pero, como me sucedía a menudo, no relacionaba una cosa con otra.

Como puede verse, la sensualidad y la grosería me rodeaban en el campo, pero yo me mantenía completamente inocente. Esto se explica por la circunstancia de que yo entonces vivía principalmente en un mundo interior de ensoñaciones y de imágenes ficticias. Tan pronto me imaginaba en el papel de Godofredo de Bouillon, como en el de Hernán Cortés o de Livingstone. Con la cabeza llena de Cruzadas y de novelas de Walter Scott, observaba poco el mundo presente, que me interesaba medianamente. Es cierto que, cuando no leía, me entregaba a los ejercicios físicos: equitación, natación, remo y vela; saltaba zanjas, escalaba muros, trepaba a los árboles más altos e incluso cazaba, con cierto éxito, con los grandes fusiles de mi tío, siendo bastante robusto para manejarlos. Pero durante todos estos ejercicios jugaba a ser algún personaje imaginario. Imaginaba ser Mungo Park o Barth o Speke o Grant o René Caillé o Gordon

Cumming (pocas veces, porque no me gustaba, le encontraba demasiado despiadado con los animales nobles como el elefante) o Jules Gérard, ¡el cazador de leones! Tan pronto pensaba en personajes históricos, como en los héroes de las novelas de Mayne Reid, de Julio Verne, de Fenimore Cooper, de Gabriel Ferry, o en los distintos viajeros cuyas exploraciones leía en el *Tour du Monde*, revista ilustrada francesa a la que estábamos suscritos. Cuando mataba un cuervo o una codorniz, era para mí un cóndor o un pájaro del paraíso; cuando entraba en mi canoa, me embarcaba para el descubrimiento de América o para la conquista de Jerusalén; escalar una pared era atravesar las Cordilleras, etc. Por otra parte, al no tener a mi alrededor compañeros de mi edad, hablaba muy poco y, como dice el poeta francés: «*Je marchais tout vivant dans mon rêve*». Cuando no comprendía lo que se decía en mi presencia, nunca pedía aclaraciones, fuese por timidez o por orgullo, y simulaba comprender. Por eso el misterio sexual no se desveló ante mí en aquella época.

Varias niñas de las familias nobles vecinas venían a menudo a casa de mi tío. Pero yo no me dignaba jugar ni conversar con ellas; en primer lugar me creía demasiado sabio, demasiado gran personaje, en segundo lugar despreciaba profundamente a las *mujercitas* incapaces de tomar parte en mis deportes. Las señoras me besaban mucho: lo que no tenía nada de extraño, pues era hermoso como un ángel, sonrosado y mofletudo con el pelo rubio y ensortijado y grandes ojos azules. Pero detestaba estas caricias que, por otra parte, no me causaban ninguna impresión sexual. Hasta los once años y medio jamás tuve ninguna emoción genésica, ni la menor erección. Mis sentimientos afectivos tampoco tenían ningún cariz sexual. Amaba a las personas que me rodeaban, hombres y mujeres, pero no me enamoraba de nadie y no tenía pasiones exclusivas.

Me fui del campo para pasar el examen de entrada en la escuela secundaria. El examen fue un triunfo para mí, obtuve la calificación más alta en todo y los profesores me felicitaron. Al entrar en el primer curso, todavía no había cumplido diez años. Mis estudios durante los dos primeros

años fueron brillantes. Jamás tenía una nota que no fuera cinco (la máxima calificación en las escuelas rusas) y mi nombre aparecía siempre en el cuadro de honor o *cuadro de oro*, como se le llama en Rusia: es un tablero rojo en un marco dorado, sobre el que se inscriben los nombres de los mejores alumnos; apenas suele haber más de uno por clase y a veces ningún alumno de una clase es considerado digno de este galardón. El alumno que finaliza sus estudios después de haber estado en el cuadro de honor durante el último o los últimos años recibe una medalla de oro. Yo era naturalmente un alumno externo, pero mis padres no me ayudaban nunca a preparar mis lecciones ni mis deberes escolares. Les complacía oír decir al director de la escuela que era un motivo de orgullo para la institución, sobre todo por mis redacciones que los profesores leían a los alumnos de las clases superiores para su edificación y para que se avergonzasen de su inferioridad. Mi traducción en prosa latina de una poesía de Lérmontov titulada *El Profeta* (como es lógico, entonces no conocía la métrica latina, ya que estaba sólo en la segunda clase, y por eso la traducción fue hecha en prosa) fue mostrada al rector de la Universidad que dijo que tal vez, gracias a mí, Rusia podría enorgullecerse un día de poseer a un Denys Lambin, a un Bentley o a un Ruhnken (me enteré de este elogio más tarde). Y el profesor de aritmética me llamaba irónicamente: «Nuestro futuro Lagrange». ¡Desgraciadamente, sus predicciones distaban mucho de realizarse!

Era apreciado por mis compañeros porque, fiel a las enseñanzas de mis padres, jamás les acusaba (virtud que era muy rara en nuestra escuela: por orden del gobierno y para formar futuros *sujetos fieles* al zar, futuros *rusos de verdad*, las autoridades escolares intentaban desarrollar entre los alumnos el espíritu de acusación y de delación a través de todo un sistema de medidas muy bien organizado), porque les *soplaba* con maestría cuando les interrogaban, les pasaba, los días de redacción en clase (*ex-temporalia*), mis borradores, la solución de los problemas, etc. En fin, vivía entregado a la colectividad y, aunque mimado por los profesores, veía en

ellos a los opresores de mis condiscípulos. Sin embargo, al no rebelarme nunca abiertamente, tenía las mejores notas en conducta. Entre mis compañeros, tenía a algunos amigos íntimos. Les hacía beneficiarse de los frutos de mis lecturas contándoles lo que había aprendido en los libros. Trataba, por otra parte, de interesarles en las lecturas serias: historia, geografía, astronomía, libros de Brehm sobre los animales, de Tyndall sobre los fenómenos geológicos y físicos (mi madre, precisamente, había publicado una adaptación popular de las obras de Tyndall). Conseguí hacer compartir todos mis gustos a uno de mis amigos y nos jactábamos de nuestra ciencia. Recuerdo que una vez se nos ocurrió la idea de pasearnos por un parque público conversando en voz alta, para que nos oyeran las personas mayores, y salpicando nuestra conversación con toda clase de palabras cultas y difíciles, cuyo significado ignorábamos, al estilo de: transcendental, subjetivo, objetivo, sintético, atomicidad, parámetro, evolucionismo, precisión de los equinoccios, termodinámica, etc., palabras que habíamos retenido al azar, como pequeños loritos, de nuestras múltiples y confusas lecturas. ¡Lástima que esta memorable conversación en el parque público no hubiese sido estenografiada!

Durante este período nunca hablé con mis compañeros de temas sexuales. Mi amigo más íntimo (el pequeño admirador de las palabras cultas) era tan inocente como yo. Cuando veíamos a los perros aparearse en la calle, no entendíamos nada de aquel fenómeno; al ver que no podían separarse e ignorando por completo que estaban «pegados» por los órganos sexuales, creíamos que era una especie de enfermedad y tratábamos de separar a las pobres bestias a puntapiés. Un día, le pregunté a mi padre la razón de esta «enfermedad» y le expliqué mis esfuerzos por separar a los animales. Él no dio ninguna explicación, pero me dijo que dejase en paz a los perros, lo cual hice.

Mientras estaba en la primera clase y tenía algo más de diez años, estuve a punto de dar un paso decisivo en el camino de mi *geschlechtliche Aufklärung*, como dicen los alemanes. En aquella época teníamos una criada que se

llamaba Macha (diminutivo de Maria). Era una rozagante campesina de dieciocho o veinte años, muy distinta de la *ciudadana* Pélagie. Mientras esta última sólo daba a los niños lecciones de bondad y de religión, Macha acometió mi «instrucción sexual». En aquella época, cada tarde me retiraba a mi habitación, donde estaba mi mesa de trabajo, para preparar mis lecciones, lo que hacía enseguida, y a continuación leer a mis anchas. Mis padres jamás venían a molestarme. Pero Macha había adquirido la costumbre de venir a hacerme compañía después del té de la tarde. Al principio, estaba contento de esta sociedad. Deseoso de expandir a mi alrededor las luces de la ciencia, trataba de instruir a la criada explicándole los misterios de la astronomía, exponiéndole mis conocimientos de historia y geografía, mostrándole imágenes, etc. Pero Macha sentía escasa inclinación por los conocimientos enciclopédicos y prefería algunas nociones de anatomía y fisiología. Así, cuando, hablándole de acontecimientos históricos, yo mencionaba bodas o amores, ella hacía bromas y alusiones que yo no comprendía. Cuando le mostraba libros de viajes con grabados que representaban a los salvajes *in naturalibus*, ella nunca dejaba de poner el dedo sobre el lugar donde estaba representado el pene de algún botocudo o de algún hotentote riéndose en voz alta y añadiendo a veces: «Lástima que sólo sea un dibujo». Lo mismo ocurría cuando miraba la reproducción de alguna estatua antigua de la que se veía la virilidad. Señalando el bajo vientre de alguna divinidad mitológica femenina, me decía: «No han dibujado lo más bonito. ¿Te gustaría verlo en la realidad?». Estas inconveniencias me chocaban, y trataba de interesarla en materias serias, pero ella me interrumpía diciendo: «¡Qué sabio eres, qué sabio eres! ¡Tan joven y tan sabio! Conoces todo lo que hay en el cielo y sobre la tierra, has leído todos los libros. Y sin embargo hay un punto en que yo soy más sabia que tú; hay una cosa que tú no sabes y yo sí sé. Tú no sabes lo que hacen en la cama por la noche los hombres y las mujeres. —¡Menuda cosa!, decía yo. Duermen. —¡Ah, no!, de ninguna manera, hacen algo mucho más agradable».

Sospechando alguna nueva inconveniencia, intentaba darle otro sesgo a la conversación, pero Macha se obstinaba: «¡Tú no sabes cómo se hacen los niños! —Sí, claro que lo sé: salen del vientre de las mujeres. —Sí, las mujeres tienen hijos de esa manera. Pero los hombres ¿cómo los hacen? —Me tomas por un imbécil, ¡sé muy bien que los hombres no tienen hijos! —¡Qué equivocado estás! Son los hombres quienes hacen los hijos a las mujeres. —¡Qué cosa más absurda!». Y, convencido de que se burlaba de mí, me ponía a hablar de otra cosa. Pero ella volvía a la carga: «Voy a decirte lo que hacen los hombres y las mujeres cuando tú duermes. Te diré qué *baile* bailan en la cama. ¡Y tu papá y tu mamá bailan este baile!». Yo protestaba: «¡En primer lugar, papá y mamá nunca duermen juntos!». (En Rusia, en la buena sociedad, las habitaciones de los cónyuges están *siempre* separadas; las camas denominadas en el sur de Europa *matrimoniales* están consideradas en Rusia como algo escandaloso). «Otro error», prosigue Macha, «tu papá por la noche va a reunirse con tu mamá. Escucha, voy a decirte qué *baile* bailan». Entonces me enfado, le prohíbo a Macha seguir hablando y amenazo con marcharme si sigue haciéndolo. No es que adivine lo que va a decirme, ¡ni muchísimo menos! Pero presiento que va a decir algo contrario a los buenos modales y a la vez calumnioso. Esta conversación, que recuerdo muy bien, se repetía todas las noches y cada vez era yo quien la cortaba amenazando con irme. Una vez, Macha me dijo: «Mientras estés durmiendo, vendré a tu lado y rodearé tus testículos (en Rusia se designa vulgarmente a estos órganos con la palabra ordinaria que significa huevos, *yaitsa*) con un cordelito que apretaré muy fuerte haciendo un nudo con él! ¿Y entonces qué harás? ¡No podrás hacer nada!». La idea de este peligro misterioso me horrorizó y en ese momento le dije a Macha que, para prevenir este ataque, me quejaría a mis padres. Entonces fue ella la que se horrorizó, me rogó que no hiciese nada y juró que sus palabras no eran más que una broma. «Una broma muy tonta», le respondí. Finalmente, una tarde fue más atrevida. Mientras le mostraba los grabados infolio de la *Historia de las Cruzadas* de Michaud, y estando sentado a

su izquierda, ella bajo la mesa se remangó suavemente las faldas (en Rusia, las mujeres del pueblo no llevan pantalón) y cogiendo bruscamente con su mano izquierda mi mano derecha, la colocó sobre su vulva, mientras con su mano derecha abría mi pantalón y agarraba mi miembro viril. Mi mano, con la que trató de frotar su monte de Venus, sintió algo vellosa y húmedo, lo que me asqueó profundamente. Indignado, me levanté liberándome de las manos de Macha y declaré que iría a ver a mi padre inmediatamente. Ella palideció, se puso atravesada en la puerta y me suplicó, llorando o fingiendo llorar, que no la arruinara denunciándola a mi padre. Yo tenía un carácter demasiado débil para no ceder a sus súplicas y le prometí no hablarle nunca a nadie de aquel incidente. Pero a partir de entonces tuve miedo de quedarme a solas con Macha. Poco después, le dije a mi madre que me resultaba más agradable preparar mis lecciones en su gabinete de trabajo donde ella solía pasar la tarde escribiendo sus opúsculos o despachando su correspondencia. Mi petición fue aceptada. Cuando estaba solo en aquel gabinete, Macha no se atrevía a entrar.

Recuerdo las reflexiones que hice a raíz de esta historia, sobre la sensación *vellosa* que había tenido al tocar contra mi voluntad el monte de Venus de Macha. «¿Por qué tiene pelo en ese sitio? ¿Será una enfermedad?». (Conocía casos de cueros cabelludos, también pensaba en la gran verruga cubierta de largos pelos que tenía una de mis tías). Cosa extraña: no relacioné mi nueva experiencia con el recuerdo de los «triángulos negros» de las jóvenes a las que había visto bañarse, ni con el conocimiento que tenía de la vello­sidad del pubis de los hombres adultos. Esto muestra bien a las claras que podemos poseer conocimientos que se completan unos a otros y cuya relación haría surgir inmediatamente una verdad nueva sin que se nos ocurra establecer precisamente la relación entre estas dos informaciones adquiridas en circunstancias distintas. Si se hubiese observado suficientemente esta imperfección de la inteligencia humana, tal vez se habría tratado con menos desprecio el silogismo y tal vez hubiéramos dudado un poco antes de afirmar que

dicha operación mental no nos enseña nada nuevo. A lo largo de toda nuestra vida podemos poseer por separado la proposición mayor y la menor sin pensar jamás en la conclusión que surgiría de su relación silogística.

Macha ya no volvió a perseguirme con intenciones libidinosas. Sólo una vez, como un domingo tardaba en levantarme, fue enviada por mi madre a mi habitación para despertarme. Bajo el pretexto de obligarme a levantarme enseguida, quiso quitarme las sábanas, lo que dio lugar a una lucha encarnizada. Me di cuenta de que Macha sólo quería ver mis órganos sexuales y me defendí valientemente. Como era muy fuerte, no pudo quitarme la ropa y, tras largos y enérgicos forcejeos, dio la partida por perdida. No recuerdo ningún otro episodio relacionado con las cosas sexuales durante el período de mis dos primeros años en la escuela secundaria. Para ser exhaustivo, puedo contar únicamente que, mientras estaba en el primer curso, fui sorprendido por diferentes palabras obscenas desplegadas por todas partes: en las calles, en las paredes, en los bancos de los paseos públicos, etc. Ignoraba el sentido de la mayoría de aquellos términos y le hice algunas preguntas al respecto a mi padre. Me dijo únicamente que eran cosas feas escritas por gamberros. Entonces con mi amigo del alma (el mismo con el que habíamos intentado ingenuamente hacernos pasar por grandes sabios), sentimos como un deber borrar aquellas palabras de las paredes, o de los bancos de los jardines cuando nadie nos veía. Al margen de este *fidus Achates*, tenía otros amigos en la clase, aunque menos íntimos; de todas formas, estaba buenos términos con todos los alumnos de mi clase: nunca me peleaba con ellos. A quienes podían no sentir por mí una especial simpatía les imponía respeto por la reputación de mi fuerza física. Se sabía que había vapuleado a varios alumnos de los dos cursos inmediatamente superiores al nuestro y esto me daba una gran popularidad.

Las vacaciones entre el primer y el segundo curso las pasé en Crimea, a orillas del mar. Al año siguiente, después de pasar, con el éxito habitual, el examen de segundo, y, por consiguiente, habiendo sido admitido como alumno de

tercero, me fui de vacaciones con mis padres, esta vez no a orillas del mar, ni al pueblo de mi tío, sino a una ciudad en los alrededores de Kiev, a orillas del río Dnieper, en medio de los bosques. A menudo venían a visitarnos amigos de la familia, entre otros mi tía soltera que llevaba consigo a Olga. Esta, el mismo día de su llegada, exhibió ante mí, en el jardín, sus partes sexuales, levantándose el vestido y diciendo: «¡Qué calor hace hoy! ¡Fíjate, ni siquiera me he puesto el pantalón!». Yo le volví la espalda sin sentirme turbado. Pero, unos días después, todo mi equilibrio psíquico se resintió.

La casa de campo que ocupábamos estaba alquilada amueblada. Entre los diferentes muebles abandonados a nuestro uso había una biblioteca llena de libros, la mayoría viejos y sin valor. Fue una ganga para mí; en mi calidad de sabio en ciernes y de ratón de biblioteca, me pasaba las horas rebuscando en el montón de viejos libracos, hojeándolos, leyéndolos. Cayeron bajo mis ojos un voluminoso tratado sobre el parto y un pequeño manual sobre enfermedades venéreas. Ninguno de los dos libros estaba ilustrado: el tratado sobre el parto debía ir acompañado de láminas fuera del texto que faltaban. Por curiosidad, me puse a leer aquellos libros, y mis ojos se abrieron de repente. En ninguno de los dos libros se describía explícitamente el coito, pero pude adivinar en qué consistía a través del texto. Todos mis recuerdos de orden sexual acudieron a mi memoria, iluminándose recíprocamente: por primera vez se presentaban a mí *simultáneamente*. Recordé la aventura con los hijos del general, *en la que nunca pensaba*, las bromas obscenas de mi primo y de las muchachas del pueblo, la copulación de los perros, el episodio con Macha, etc. Aunque en el tratado sobre el parto no se describía el coito, se decía que «el espermatozoide del hombre penetra en la matriz donde se une al óvulo de la mujer y lo fecunda». Por otra parte, en el opúsculo sobre enfermedades venéreas, se aconsejaba al hombre lavarse el pene después del coito. Estas dos frases me dieron la clave del enigma sexual, aunque no estaba completamente seguro de haberlo entendido bien y de

no estar equivocado. Leí la descripción detallada de los órganos sexuales de la mujer en el tratado sobre el parto (pubis, monte de Venus, clítoris, grandes y pequeños labios, vagina, etc.) y esto me emocionó prodigiosamente, ocasionándome verdaderas palpitaciones de corazón. La frase sobre el clítoris, «órgano de la voluptuosidad en las mujeres: es análogo al pene del hombre y susceptible de los mismos movimientos», me turbó especialmente. Intuí que la vagina era el lugar donde se introducía el pene. Releí cien veces las mismas líneas con avidez. Y durante esta lectura tuve, por primera vez en mi vida, una erección. Me asustó un poco: me preguntaba si no sería un fenómeno mórbido y peligroso. Pero desde entonces, cada vez que pensaba en las cosas que decían aquellos dos libros (y ocurría a menudo), se reproducía la erección, y este fenómeno me inquietaba.

Así pues, finalmente lo entendía todo. Tenía algo más de once años y medio. Estábamos en el mes de junio (las grandes vacaciones escolares duran en Rusia desde el 15 de junio hasta 15 de agosto). Pero no estaba seguro de haberlo entendido bien, todavía tenía dudas, quería que alguien me dijese explícitamente si, sí o no, los niños se hacían por la introducción del pene en la vagina y si las personas serias y venerables hacían las «porquerías» que había visto hacer a los hijos del general con Zoé. Ya que este recuerdo, que durante años parecía completamente borrado de mi memoria, sin que hubiese cruzado por mi mente una sola vez, reaparecía ahora en toda su frescura y se hacía obsesivo. Al mismo tiempo, sentía el intenso deseo de ver los órganos sexuales de la mujer, de examinarlos bien, de tocarlos. Pensaba que su contacto debía de producir una sensación extraordinaria.

Mi tía por aquel entonces estaba instalada en nuestra casa con Olga. Los amigos que venían a vernos desde la ciudad, muy próxima, a menudo se quedaban a dormir: en Rusia se es muy hospitalario (o, para hablar con más propiedad, la costumbre exige que se sea muy hospitalario. Pues entre nosotros las buenas amas de casa despotrican en su fuero interno, como lo harían de cara afuera, contra los buenos amigos que les ocasionan gastos y a los que hay que alojar a

costa de poner patas arriba toda la casa: pero qué se le va a hacer... Las costumbres son tiránicas y la gente más avara está obligada aquí a mostrar una hospitalidad por la que en el fondo de su corazón se dan a todos los diablos). Por consiguiente, casi siempre había amontonamiento. Las habitaciones, aunque numerosas, no eran suficientes. Yo dormía a menudo en un canapé del salón. En el otro extremo del salón, se ponían en el suelo dos colchones, uno al lado del otro, sobre los que dormían Olga, una pequeña criada de doce o trece años llamada Glacha (diminutivo de Glaphyra) y un niño de ocho o nueve años, llamado Kostia (Constantin), hijo de nuestra cocinera (habría podido dormir con su madre, pero mi madre no quería, debido al marido de la cocinera que, a veces, en un acceso de embriaguez, por la noche se ensañaba pegando al niño). Este niño era un gran experto en cosas sexuales como, por otra parte, sus dos compañeras nocturnas. Antes de mi *geschelechtliche Aufklärung*, no prestaba ninguna atención a aquellos tres durmientes y me dormía antes que ellos. Pero la lectura fortuita me hizo cambiar por completo. Sentía un imperioso deseo de ver las vulvas de las dos chicas. Al día siguiente de mi memorable lectura, muy temprano, antes de la salida del sol abandonaba mi canapé y me acercaba, de puntillas, a los colchones en los que dormían los tres niños. Los tres estaban completamente desnudos, habiéndose quitado los camisones, y dormían profundamente, hechos un ovillo y de costado, «*en chien de fusil*», como dicen los franceses, es decir en forma de S (o mejor dicho de Z). Glacha estaba acostada entre los otros dos niños. Kostia estaba frente a ella y ella le daba la espalda a Olga (

Z Z Z

). Olga tenía una mano entre las piernas y sus partes sexuales aparecían pues completamente escondidas. Glacha estrechaba entre sus muslos una mano del pequeño Kostia, que, apoyada sobre la vulva, también la ocultaba. Finalmente, una de las manos de Glacha dormida sujetaba las partes sexuales del niño. Estaba fuertemente contrariado por no poder distinguir los órganos sexuales de las niñas, pero la actitud de Glacha y

de Kostia dormidos me excitó muchísimo y tuve una fuerte erección. Además, el aspecto de Glacha desnuda debía de despertar sentimientos eróticos. Esta niña era un delicioso tipo de pequeña rusa. Tenía una opulenta cabellera castaña oscura, cejas negras como dibujadas con pincel, largas pestañas también negras, ojos no negros, sino más bien castaño amarillentos o leonados; de un color algo más oscuro, pero tan cálido como el del viejo jerez en el que bailotea un rayo de sol. Sus grandes ojos magníficos chispeaban de inteligencia, de malicia y de ironía. Tenía formas considerablemente desarrolladas para su edad (doce o trece años): el cuerpo, resplandeciente de salud, era fuerte y grueso, por doquier hoyuelos, pliegues de grasa bajo una piel fina, satinada, reluciente, deliciosamente rosada; por el color y por las formas rollizas y regordetas, aquel cuerpo infantil recordaba los desnudos de Boucher. Mi objetivo no había sido alcanzado, ya que sobre todo no pude ver lo que deseaba ver, pero pude alimentar mis ojos en las redondeces sonrosadas de la pequeña criada y, para no ser sorprendido, volví a acostarme enseguida en mi canapé.

Para convencerme de la verdad de las conclusiones que había extraído de mi lectura, naturalmente, no me atrevía a dirigirme a las personas mayores. Pensaba que las dos niñas debían de estar informadas sobre este punto. Así pues, el mismo día que siguió a la madrugada de la que acabo de hablar, encontrándome a solas con Olga, quería pedirle informaciones, cuando ella se me adelantó hablándome de Glacha y de Kostia. «¡No sabes, por la noche, qué trajín se llevan! Después de acostarse, les oigo hablar. Y Glacha le dice a Kostia: “¡Eso es, así! ¡Házmelo otra vez! ¡Mételo dentro! ¡Más fuerte! ¡Ah, no, basta, me haces daño, lo hundes demasiado!”. —Pero ¿qué quiere decir todo eso?, dije yo, fingiendo no entender. ¿Qué es lo que mete dentro y dónde? —¿Cómo, respondió Olga, no lo entiendes? ¡Pues él le mete su aparato en el vientre! —repliqué: Eso que dices no es posible. ¿Es que el aparato de un niño puede entrar en el de una niña? —Sí que puede, dijo Olga, ¡ya lo creo que puede! ¡Y hasta el aparato de un hombre! —¡Pero el agujero es muy

pequeño! —Se ensancha. Si quieres, te lo enseño». Se remangó y la visión de su vulva, que se destacaba, más oscura, sobre la blancura del resto del cuerpo, visión que días antes no me había emocionado en absoluto, esta vez me excitó muchísimo: porque ahora poseía la clave del misterio sexual. Pero las cosas no llegaron más lejos; alguien, entrando en aquel momento, hizo bajarse las faldas a Olga. Sólo pude preguntarle en voz baja: «¿Pero por qué se harían esas cosas que tú dices?». Olga respondió: «Las personas mayores para tener hijos; los niños para divertirse». Ni aquel día ni al siguiente se me presentó la ocasión de continuar esta conversación.

Poco después Olga, que acompañaba a mi tía, se ausentó durante varios días. A pesar de la confirmación de mis suposiciones así obtenida, todavía no estaba completamente seguro, sabiendo que Olga era una gran mentirosa. Pero otra conversación, esta vez con Glacha, disipó definitivamente mis dudas. Estábamos solos en el jardín un día en que la casa se había quedado vacía. A una cierta distancia de donde nos encontrábamos, el pequeño Kostia estaba sentado junto a un adolescente de unos quince años, hijo del jardinero de la villa de al lado, sobre una tapia alta que la separaba de la nuestra. Los dos nos daban la espalda, con las piernas colgando del otro lado de la tapia. Vistos de espaldas, los movimientos que hacían no tenían para mí ningún significado, pero la experta y ladina pequeña rusa se echó a reír maliciosamente y me dijo: «¿Ves lo que hacen? ¿Ves lo que hacen?». Contesté: «No me parece que estén haciendo nada. ¿Cómo? ¿No adivinas lo que están haciendo? Se estiran la salchicha que tienen entre las piernas», dijo Glacha, sin dejar de reírse. Comprendí que hablaba del onanismo contra el que mi padre ya me había puesto en guardia y por el que conservé durante mucho tiempo un horror casi místico, representándomelo, por otra parte, de una forma bastante vaga. Pero, decidido a sacar de Glacha el máximo de información posible, fingí no saber de qué se trataba, llevando la hipocresía hasta simular ignorar la diferencia entre los sexos. Lo hice de la siguiente forma. Le pregunté por qué se hacían esas cosas. Ella me dijo que era

algo que daba placer. Entonces quise saber si ella había experimentado aquel placer. Tras algunas vacilaciones y negaciones embarazosas, terminó por confesar. Entonces, expresamente, le hice una pregunta absurda: le pregunté si ella se estiraba únicamente el pene o también los testículos. Mi fingida ingenuidad le hizo echarse a reír como una descosida. «¿Cómo?», decía, «¿es que no sabes que las niñas no están hechas como los niños?». Me dijo que las niñas tenían una abertura y no un *tubo* entre las piernas. Yo puse cara de no creerla, entonces ella me invitó a entrar en la casa (donde no había nadie) para enseñarme cómo estaban hechas las niñas. Entramos en una habitación, ella se tumbó atravesada sobre una cama, y, levantando sus faldas, me mostró lo que yo ardía en deseos de ver. La visión de la hendidura abierta y escarlata entre el suave color sonrosado de los muslos rechonchos, en lugar de repugnarme, como en la ocasión de la aventura con Zoé, me sumió en el arrobamiento, sin sugerirme, sin embargo, el deseo del coito. Pero Glacha se puso a explicarme la razón de la diferencia entre los sexos y a describirme el coito invitándome a efectuar con ella aquel acto. Asaltado por toda clase de escrúpulos, me negué a ello, diciendo «que no estaba bien». «¿Cómo, que no está bien?» insistía la jovencita; «¡pero si todo el mundo lo hace! Todas las señoras hacen eso con sus maridos; y todos los jóvenes lo hacen con sus amigas; y todos los colegiales lo hacen con las colegialas; es mucho más dulce que la confitura». Y cogiendo con la mano mi pene bajo el pantalón, añadió: «Mira qué hinchado está, quiere entrar en mi *tarta*». Queriendo aclarar el fenómeno de la erección, le dije a Glacha: «¿Entonces no es una enfermedad, que esté hinchado de esta manera? Qué tontería, me dijo, siempre se hincha así cuando hay que meterlo en la *tarta* de las mujeres; ¡si no, no podría entrar!». En aquella ocasión Glacha no logró inducirme a copular con ella; contemplar su vulva y tocarla con la mano habían sido un placer suficiente, de momento no tenía otros deseos. Estaba contento de haber disipado todas mis dudas. Releí las páginas que más me habían turbado del tratado sobre el parto y del manual sobre enfermedades

venéreas y vi que era absolutamente imposible interpretarlas de otra forma a cómo lo había hecho en la primera lectura. Leía y releía aquellos libros, teniendo todo el tiempo fuertes erecciones.

Durante los días siguientes, Glacha me permitió varias veces mirar y tocar sus órganos sexuales; ella hacía lo mismo con los míos; pero no le permití masturbarme cuando me lo propuso. Más tarde fui iniciado completamente a la vida sexual, de la manera que sigue.

Entre los conocidos de Kiev que venían a visitarnos a nuestra villa había una familia algo equívoca, de la que mis padres sin embargo no desconfiaban lo suficiente. El jefe de esta familia era un antiguo compañero de colegio de mi padre quien, habiéndole perdido de vista desde su juventud, le había vuelto a encontrar por azar, aquel mismo año en Kiev. Este hombre, después de toda clase de aventuras y de avatares, se convirtió en director de una compañía de teatro dramático que distaba mucho de hacer negocios brillantes y que acababa de llegar a Kiev, después de haber recorrido toda Rusia, desde el océano Pacífico hasta el mar Negro. Mi padre consideraba a su amigo de infancia un bohemio incorregible y desordenado, pero a la vez un hombre de buen corazón y, en cualquier caso, inofensivo. Tras haber vuelto a encontrar, por azar, a mi padre, este aventurero no se despegaba de él, contando con su generosidad para pedirle favores pecuniarios. En esto no se equivocó. Su mujer era una rumana, una antigua cantante de opereta o tal vez de café-concierto. La acompañaban dos señoritas: su hija que entonces tenía dieciocho años y su sobrina de dieciséis. Con un descaro propio de la bohemia, estas cuatro personas se introdujeron en nuestra familia y vinieron constantemente a comer a nuestra casa sin ser invitadas, como, por otra parte, se acostumbra en Rusia. (Es incluso uno de los rasgos principales que distinguen la vida doméstica rusa de la de los europeos occidentales). Cabría preguntarse cómo mis padres, personas más bien austeras, admitieron en su intimidad a estos individuos cuyo pasado era en gran parte oscuro e incluso sospechoso, y que, en cualquier caso, pertenecían a

un mundo completamente distinto. Pero es una pregunta fácil de responder. En primer lugar, en Rusia existe, incluso entre una sociedad más aristocrática que la sociedad a la que pertenecían mis padres, una cierta simplicidad de costumbres, una cierta familiaridad, un abandono, que se desconoce en Europa occidental y que a menudo priva a la gente de los medios de precaverse de la intrusión de los inoportunos. La aspereza de las relaciones sociales inglesas no existe entre nosotros. Incluso en la alta aristocracia rusa, el espíritu de casta es mucho menos apreciable que en la aristocracia inglesa o alemana. En sus *Memorias* como preceptor del emperador actual de Rusia (que entonces era el príncipe heredero), el profesor francés M. Lanson relata que en la corte de Alejandro III había un abandono rayano en la dejadez y que la etiqueta se observaba poco. Las reglas convencionales concuerdan difícilmente con las costumbres rusas. En segundo lugar, en Rusia, las señoras, incluso las que pertenecen a la mejor sociedad y las más virtuosas, tienen ideas muy abiertas en materia de moral sexual y no comprenden la severidad por las debilidades de las personas de su sexo. Una madre soltera, en Rusia, no tiene que bajar los ojos ante nadie, es recibida en todas partes y dice, cuando es necesario, sin ningún rubor, que no está casada y ha tenido un niño. Conozco el caso de una señora soltera que tuvo cuatro hijos de cuatro hombres distintos: ello no perjudicó su situación de profesora de una escuela estatal femenina, todas sus alumnas conocían su situación, que habría parecido escabrosa en cualquier otro país. Del mismo modo, una mujer que, tras abandonar a su marido, vive abiertamente con otro hombre, es recibida en Rusia en todas las casas. Las mujeres rusas se burlan no sólo del rígido puritanismo de las terribles inglesas, sino también del decoro hipócrita y mundano de las mujeres del continente europeo. Por eso el hecho de que la mujer del antiguo compañero de mi padre hubiese sido cantante de café-concierto y hubiese pasado, probablemente, por numerosas aventuras galantes, no era ningún obstáculo para que fuese recibida por una señora tan seria como mi madre.

El director de teatro y su mujer venían pues a vernos a menudo a nuestra casa de campo. Unos días después de mi conversación con Glacha, las dos jóvenes (llamaré Minna a la hija de la señora X, la de dieciocho años, y Sofía a la de dieciséis, la sobrina) me propusieron ir a dar un paseo con ellas y Olga (que había vuelto a instalarse en casa con mi tía) por los bosques de los alrededores. Como ahora las mujeres me interesaban, acepté sin dudar. Una vez inmersos en la soledad silvestre, las dos mayores dieron un sesgo erótico a la conversación. Me preguntaron si estaba enamorado, si flirteaba con las niñas, si me interesaban las mujeres, etc. Fiel a mi nueva táctica, fingí una ignorancia y una ingenuidad totales. Olga, que estaba allí, explicó riéndose a las jóvenes que yo era tan inocente como un recién nacido, que, de esas cosas, no sabía nada de nada. Se decidió darme sin más tardanza la *geschlechtliche Aufklärung*. En un lugar muy solitario del bosque, entre unos matorrales que nos ocultaban, Olga se acostó en el suelo, Minna y Sofía me hicieron ver y tocar con los dedos su vulva. Me enseñaron con explicaciones las diferentes partes del órgano, el clítoris, los pequeños labios, el orificio urinario, la entrada de la vagina, luego me describieron el coito y me invitaron a realizarlo con Olga. Mientras una de las jóvenes separaba con los dedos los grandes labios de Olga, la otra, también con sus dedos, dirigía mi pene hacia el vestíbulo. Pero el acto no salía bien, el pene tropezaba contra la carne sin tomar la dirección deseada. Tras varios intentos infructuosos, Minna y Sofía me hicieron tumbarme boca arriba y le dijeron a Olga que se sentase sobre mí, a horcajadas sobre mis caderas. Guiando manualmente mi miembro, después de haberlo mojado con saliva, consiguieron hacerle entrar en la vagina de la joven, que no era virgen desde hacía tiempo. El deslizamiento del pene en la vagina, que, haciendo bajar el prepucio, descubrió mi glande, me resultó bastante doloroso y, como pude observar más tarde, me hizo un pequeño desgarró acompañado de algunas gotas de sangre; pero el dolor no hizo cesar la erección. Mientras Olga seguía en cuclillas encima mío, mirando mi pene en su vagina, Minna se puso a

acariciarle el clítoris, lo que provocó en ella el orgasmo: era la primera vez que veía un orgasmo femenino y casi me espanté viendo ponerse blancos de repente los labios de la chica, trastornarse sus ojos, mientras su respiración se hacía jadeante, los miembros se contraían convulsivamente y el rostro cambiaba de color. Al mismo tiempo movía la cabeza hacia mi hombro como si quisiera morderme. Por otra parte, este éxtasis iba acompañado de una contracción espasmódica de la vulva, lo que me hizo mucho daño en el cuello del pene. Entonces las dos mayores nos dieron la vuelta a los dos sin separarnos, con precaución, de manera que, durante la operación, el pene no saliese de la vagina; acostaron a Olga boca arriba dejándome sobre su vientre, en la posición normal del coito. Permanecí inmóvil, pero una de las dos jóvenes se puso a levantarme rítmicamente por las caderas, para enseñarme a hacer los movimientos del coito. Estos movimientos me resultaban dolorosos, sobre todo cuando Olga tuvo otro orgasmo con una nueva contracción de los músculos de la vagina. Por mi parte, no tuve eyaculación, pero la erección fue cesando poco a poco. Al levantarme, me asusté al ver la sangre de mi miembro y sobre todo al constatar que el glande del pene estaba descarnado y ligeramente tumefacto. Por más esfuerzos que hacía, no conseguía enfundarle en el prepucio y no podía meterle en el pantalón debido a la sensación insoportable que me producía el contacto del glande con los pantalones. Pero las jóvenes me tranquilizaron diciéndome que se me pasaría y secándome el miembro ensangrentado con sus pañuelos. Y efectivamente, al cabo de una media hora de hablar con ellas, con el pene al aire, tuve la satisfacción de comprobar que el prepucio volvía a ponerse él mismo en su sitio recubriendo el glande. Entonces nos encaminamos hacia la villa. Minna me dijo: «¿Verdad que es agradable? Es mucho mejor que la gramática latina». Yo no contesté, tenía remordimientos y me sentía avergonzado. Por otra parte el acto no me había hecho gozar o, si había habido placer, fue sólo el de una fuerte erección: como contrapartida, había experimentado un dolor bastante agudo que el placer no podía compensar. Olga nos

contó que *hacía eso* con Kostia y copulaba con otros chicos desde hacía años. Naturalmente, me hizo prometerle que no le diría nada a nadie de lo que acababa de pasar. Inútil recomendación: la vergüenza era más que suficiente para impedirme hablar.

Mi primer coito fue pues para mí una decepción, puesto que me causó sensaciones más dolorosas que voluptuosas. Y sin embargo, estaba atormentado por el deseo ardiente de repetir la experiencia. Durante los días siguientes, me las arreglé para encontrarme a solas con Olga y también con Glacha y para tener con ellas coitos más o menos completos. Una vez, me reuní con ellas cuando dormían con Kostia en los colchones del salón, y Kostia y yo las poseímos a las dos alternativamente. Ahora sentía más placer, o, mejor dicho, menos sufrimiento al copular, pero los espasmos venéreos de la vulva seguían haciéndome daño y temía el momento en que, por la expresión de las muchachas, adivinaba que se aproximaban al paroxismo del placer supremo. Glacha, al igual que Olga, no era virgen desde hacía años.

Una semana después del paseo por el bosque, Minna y Sofía me llevaron a Kiev. El pretexto era una fiesta de beneficencia que iba a celebrarse en un parque público de la ciudad. Formaban parte del programa de la fiesta una tómbola para niños, diferentes concursos y juegos, también para niños, pero una parte de las diversiones estaba destinada a las personas mayores; el padre y la madre de las jóvenes iban a tomar parte: uno debía declamar una poesía, la otra cantar romanzas. Mis padres fueron invitados, pero no quisieron ir y, sin la menor aprensión, me dejaron ir solo con Minna y Sofía sin sospechar sus inclinaciones. Fuimos a la fiesta que me pareció más bien aburrida; luego, abandonando a sus padres que se quedaron en el parque, las jóvenes volvieron conmigo a su casa mucho antes del final de la fiesta. El sol estaba todavía bastante alto en el horizonte y las jóvenes me dijeron que sus padres, invitados a otra casa, no volverían hasta la noche. La familia vivía en el hotel donde ocupaba tres o cuatro habitaciones. Las jóvenes me introdujeron en su habitación. Primero me enseñaron unos

grabados en los que había desnudos comunes, reproducciones de los cuadros de Ticiano, de Rubens, etc., luego algunas fotografías obscenas, cosa que veía por primera vez en mi vida. Una de aquellas fotografías, comprada por el padre de Minna en Egipto, representaba una escena de pederastia. Me pareció algo inconcebible, no quería admitir la posibilidad de cosas así. Minna y Sofía me aseguraron que aquello no era una ficción, que era un *deporte* muy extendido entre los hombres y que las mujeres también se amaban y copulaban entre ellas. Nuevo asombro, nuevas manifestaciones de incredulidad por mi parte. Entonces las jóvenes confirmaron sus palabras con actos. Se quitaron sus pantalones, se sentaron sobre un canapé, entrelazando sus piernas y aplicando sus vulvas una contra otra, y copularon en mi presencia. Mientras duró el acto, las dos primas manifestaban sus sensaciones voluptuosas por los cambios de color de sus rostros, por su respiración jadeante, por pequeños grititos y gemidos, por besos ardientes alternados con pequeños mordiscos, en fin por contorsiones involuntarias de sus cuerpos. Pero yo, sólo de mirarlas, estaba casi tan excitado como ellas y sentía una erección dolorosa de tan intensa. Cuando terminaron el acto, Minna se levantó: Sofía seguía tumbada boca arriba, con las piernas abiertas. Observé que la vulva de la joven estaba lubricada por un reguerillo de líquido blanquecino que se deslizaba lentamente a lo largo del surco genital y del perineo, y, cayendo sobre el terciopelo descolorido del canapé, manchaba la tapicería. Recordando mis lecturas en el manual de las enfermedades venéreas, creí que era una supuración debida a una enfermedad secreta, y se lo dije a las jóvenes que se echaron a reír y me dijeron que aquella especie de «jugo» fluye siempre de los órganos sexuales de las mujeres cuando éstas sienten placer en dicha parte del cuerpo.

Al ver que las dos jóvenes tenían el monte de Venus cubierto de vello, comprendí finalmente que era así en todas las mujeres adultas. Ya he contado que tuve una sensación de repugnancia la primera vez que tuve ocasión de tocar el vello de las partes sexuales de la mujer (fue durante la aventura

con la criada Macha). Esta sensación de repugnancia desapareció después de mi aventura con las dos primas, pero no obstante dejó huellas en mi alma. Así al menos me explico el hecho de que el vello del pubis femenino no ejerza sobre mí ningún atractivo; y cuanto más abundante es más desagradable me resulta. Cuando los pelos son demasiado largos, su visión hace cesar mi erección. La visión de un monte de Venus cubierto de un vello poco tupido y corto (como en la mayoría de las jóvenes de catorce o quince años) y teniendo, por consiguiente, un aspecto juvenil, me excita, en cambio, enormemente. La impresión es aún más fuerte cuando sólo está cubierto de una especie de fino vello o de pelusilla, como en muchas jóvenes de trece años. Pero lo que más me gusta, es un monte de Venus completamente lampiño. En esto comparto el gusto de los orientales y de los griegos antiguos. Este gusto procede sin duda en mí de que eran jovencitas (Olga y Glacha) las que me hicieron sentir la primera emoción sexual (por otra parte intensa) y en las que examiné por primera vez con un prurito libidinoso las partes genitales femeninas. Entre los orientales, tal vez este gusto obedezca a las mismas causas. Los niños permanecen en el gineceo, fuertemente impregnado de una atmósfera voluptuosa y lleno de conversaciones lúbricas, bastante tiempo (hasta los once, doce e incluso, a veces, trece años). Como la madurez sexual es precoz en los países cálidos, es probable que practiquen juegos eróticos con las niñas que crecen con ellos, o al menos las vean desnudas; por asociación de impresiones, los pubis lampiños son para ellos un *símbolo* erótico particularmente sugestivo. Además, los jóvenes musulmanes suelen casarse a la edad de catorce o quince años, incluso (en las regiones más cálidas, por ejemplo en África) a los trece años, y suelen hacerlo con mujeres no núbiles (en algunos países con niñas de diez, nueve e incluso ocho años; normalmente, la joven recién casada no tiene menos de doce u once años, pero, a esa edad, incluso en los países cálidos, tiene el pubis lampiño). Entre los antiguos griegos, donde los niños de ambos sexos jugaban juntos desnudos hasta los once o los doce años, la curiosidad sexual

debía de despertarse muy pronto, como ocurre, por la misma razón y según las observaciones de Mantegazza, en la costa de La Plata o de Uruguay o en Madagascar, donde, según todos los observadores, las relaciones sexuales comienzan entre los niños a la edad de seis o siete años. Debido a estos recuerdos eróticos infantiles que, generalmente, son decisivos para toda la vida, los antiguos griegos conservaban el culto de la mujer lampiña. En los países del norte (donde, a causa del clima y de las costumbres, las niñas llevan más a menudo pantalón e incluso pantalón cerrado, de franela, etc.), los niños tienen menos ocasiones de ver los órganos sexuales femeninos y tal vez por esta razón la atracción por el pubis lampiño está menos extendida. Pero volvamos a mi historia.

Inmediatamente después del coito homosexual, Sofía me invitó a copular con ella, lo que hice con mayor voluptuosidad que en ocasiones anteriores; creo incluso que esa vez tuve algo parecido a una eyaculación (aunque, sin duda, sin esperma). La contracción de la vulva de la joven durante el orgasmo de todas formas me resultó algo dolorosa. Poco después, intentaba el coito con Minna, pero no lo conseguí, ¡sin duda agotado por el esfuerzo precedente! Entonces Minna me pidió que hiciese con ella el *cunnilingus*. Cosa rara, no sólo no sentí la menor repugnancia en este ejercicio, sino que le encontré enseguida un vivo placer. Durante el resto de la tarde, las dos jóvenes trataron de ultimar mi educación explicándome los distintos refinamientos sexuales, hablándome detalladamente de las diferentes *figurae Veneris*, etc. Aquellas dos jóvenes eran verdaderas enciclopedias de conocimientos eróticos. Me hicieron la cama en el canapé del salón y me dormí antes de que sus padres volvieran al hotel. Al día siguiente, las dos primas me llevaron a casa de mis padres, que no sospechaban la clase de iniciación que acababa de recibir.

Durante los días siguientes, volví a copular con Minna y Sofía, con un placer creciente, en tres ocasiones distintas. Se acercaba el final de las vacaciones: apenas doce días me separaban de la vuelta a clase. Mi padre tenía una propiedad con casa señorial, un gran jardín, etc., a unos veinte

kilómetros de la propiedad de mi tío. Pero era en casa de mi tío y no en la de mi padre donde solíamos pasar el verano, ya que esta última estaba arrendada. El año del que estoy hablando, mi padre tenía que ver al arrendatario de su propiedad y como sólo debía pasar allí algunos días, me llevó con él como compañero de viaje. Nos instalamos en nuestra casa y allí pasamos diez días. Durante aquellos días tuve una nueva aventura erótica que señalo principalmente porque fue una de las raras ocasiones en las que tomé la iniciativa de las relaciones sexuales. La cosa ocurrió así.

La familia de nuestro granjero era numerosa y alegre: numerosos amigos y parientes iban a visitarla. Entre otros, estaba una joven pariente estudiante de universidad, o *koursistka*, como se les llama en ruso, es decir la que cursa estudios superiores; esta joven, de unos veinte años, asistía a los cursos superiores de historia y de letras en Moscú. Inmediatamente después de nuestra llegada, mi primo (el joven Don Juan del pueblo del que ya he hablado) vino a vernos, llegando a caballo desde el pueblo de mi tío. Se nos destinó, a él y a mí, un dormitorio común en una especie de torreta o de sotabanco sobre la casa. Este sotabanco contenía dos habitaciones con entradas independientes que daban al rellano de la escalera; pero las habitaciones se comunicaban también por una puerta común. Mi primo y yo ocupábamos una de estas habitaciones, la estudiante dormía en la otra. Una vez me desperté en medio de la noche. Oí ruido de besos y crujidos de cama en la habitación contigua. A la luz de los rayos de luna que se filtraban por los cristales, vi que mi primo había abandonado su cama y nuestra habitación. Como ya no era el niño inocente de hacía dos meses, comprendí enseguida lo que pasaba. Al acercarme de puntillas a la puerta que conducía a la otra habitación, miré primero por el agujero de la cerradura, creyendo que el claro de luna me permitiría ver la cama de la joven, pero la cama estaba colocada de tal modo que quedaba fuera de la vista. Entonces pegué la oreja al lugar donde antes había puesto el ojo. Gracias al silencio de la noche rural, percibía todos los ruidos de la habitación de al lado, hasta los más débiles: trataba de

adivinar la procedencia y eso me excitaba violentamente. Oía no sólo los besos, los suspiros, el jadeo de las respiraciones, los grititos de mujer sofocados, el bailoteo de la cama, sino ruidos todavía más íntimos: el golpeteo de los vientres desnudos que se entrechocaban, los chasquidos y los chapoteos producidos sin duda por los movimientos rápidos y el vaivén del pene en los pliegues, chorreantes de secreciones y palpitantes de voluptuosidad, de la vagina y de la vulva. Al menos, así es como interpretaba algunos ruidos que llegaban hasta mis oídos. Era como si viese por las orejas: podía seguir las progresiones del éxtasis carnal hasta el momento supremo. Luego mis oídos me hicieron saber que el acto había concluido. Oí cuchichear: primero eran conversaciones banales sobre los acontecimientos del día. Luego mi primo empezó a contar anécdotas pornográficas a su compañera que de vez en cuando soltaba pequeñas risitas. El coito se repitió varias veces durante la noche. Extenuado por la fatiga y devorado por la excitación sexual, el pene constantemente en erección, con dolores en los testículos y en las ingles, permanecí de pie junto a la puerta, sin poder decidirme a volver a acostarme. Finalmente, hacia el amanecer, me metí de nuevo en la cama y me dormí, no sin esfuerzo. Me desperté bastante tarde, según la costumbre rusa; mi primo estaba en su cama, había abandonado a la vecina durante mi sueño. No le dije nada de mi descubrimiento. Se marchó aquel mismo día, para volver a casa de su padre. Aprovechando el momento en que las personas mayores hacían la siesta (en Rusia, sobre todo en el sur, se come normalmente a las tres o a las cuatro de la tarde: es la única comida importante del día; como es extraordinariamente copiosa, entorpece el organismo, por lo que la mayoría de la gente siente la necesidad de reposar inmediatamente después: la siesta suele durar una o dos horas. Luego se toma el té, entre siete y ocho de la tarde, con rebanadas de pan con mantequilla, lonchas de salchichón y carnes frías. Algunas veces, además, se hace una cena por la noche; en la mayoría de las familias no es una costumbre habitual, pero tiene lugar cuando, en la casa, hay visitas que se retrasan, cosa, por otra

parte, completamente normal en Rusia: entonces, a medianoche o a la una de la mañana se sirve una gran comida, tan abundante como la de las tres de la tarde; a veces se permanece en la mesa hasta las tres de la mañana con gran desesperación de los criados que, en Rusia, incluso en las familias más liberales y radicales, trabajan como esclavos). También yo (contrariamente a mis costumbres) hice una siesta de dos o tres horas, de la que nadie se enteró, ya que todo el mundo había hecho como yo y nadie volvió a verse hasta la hora del té. Nos acostamos bastante tarde. Solo en mi habitación, al oír los movimientos de mi vecina y recordar la velada de la noche anterior, se apoderó de mí una excitación tan violenta que me llevó a dar un paso cuya audacia no era propia de mi carácter, normalmente retraído. Entré en camisón en la habitación de la estudiante y le dije que me daba miedo dormir solo, rogándole que me dejase dormir en su cama. Tras un momento de vacilación, me dijo que sí. No hay que olvidar que sólo tenía once años y medio. Yo mismo estaba asombrado del éxito de mi temeridad y no dudé en llevar la aventura más lejos. Durante una media hora o una hora —no lo sé exactamente— permanecí inmóvil, acostado junto a la joven, tocándola con mi cuerpo, bajo las mismas sábanas. No dormíamos ni ella ni yo. Finalmente, dándome la vuelta y fingiendo hacer un movimiento involuntario, toqué con mi mano el brazo desnudo de mi compañera de cama. Empecé a acariciarlo suavemente. Al no haber protestas, me envalentoné y toqué con mi pie desnudo el pie, luego la pantorrilla desnuda de la joven. Deslicé una mano sobre la rodilla de la vecina a la que finalmente —bajo la influencia de una excitación cada vez más intensa, y temblando, no sólo de lujuria, sino también de miedo sólo de pensar en las posibles consecuencias de mi atrevimiento— cogí, bajo las sábanas, una mano y la coloqué sobre mi miembro fuertemente erecto. La joven retiró vivamente su mano, pero no dijo nada y su silencio me tranquilizó. Me arriesgué a deslizar mi mano bajo el camisón de la joven, acariciando primero su vientre, luego el monte de Venus. En el momento en que mi mano se apoyaba sobre este último, la

joven emitió un ligero suspiro y separó sus piernas una de otra. Comprendí que también ella estaba excitada sexualmente. Entonces me incorporé colocando mis rodillas entre los muslos de mi compañera y me acosté sobre su vientre, tratando de introducir mi pene en su vagina, lo que conseguí tras algunos tanteos e intentos fallidos. Mientras yo copulaba lo mejor que podía, ella permaneció inmóvil y silenciosa. Sólo los suspiros que profería de vez en cuando y algunos movimientos involuntarios que no podía reprimir me demostraban que participaba en lo que estaba ocurriendo. Después del acto, me tumbé a su lado sin que nos hubiésemos cruzado ni una sola palabra. Por la mañana, al despertarnos, volvimos a copular de la misma manera, yo actuando y ella callada y con los ojos cerrados. Sólo que, esta vez, respondió a mis besos sobre sus senos con un beso sobre mi frente. Silenciosamente, regresé a mi habitación para vestirme. A lo largo del día, cuando se me presentó la ocasión de hablar con la estudiante, fue sólo de cosas intrascendentes. Pasamos todavía dos noches de la misma forma, copulando sin apenas cruzarnos palabra. Luego ella se fue a Moscú y, pocos días después, yo volví con mi padre a Kiev donde me reincorporé a la escuela.

Mi tercer año en la escuela secundaria fue muy distinto de los anteriores. Presa de una excitación erótica constante, fatigado por excesos prematuros, mi organismo se resintió enseguida y me volví perezoso. En clase tenía somnolencias irresistibles. De los libros, sólo me interesaban las páginas eróticas. Buscaba en los diccionarios todas las palabras que se referían a cosas sexuales. No podía hacer esa clase de investigaciones en la Biblia, ya que este libro no suele encontrarse en ninguna casa rusa (ni siquiera se encuentra en la mayoría de las librerías), pero me zambullía en las novelas francesas que mis padres dejaban a mi alcance, sobre todo en las de Zola que estaban ya en circulación: *La Curée*, *La Faute de Mouret*, *Nana*, *Pot-Bouille*

L'Assommoir

l'abbé

. Entre los doce, trece y catorce años, estas novelas fueron mi

lectura preferida, pero también logré procurarme muchas obras francesas naturalistas o verdes, de autores del siglo XVIII, etc. Lo que se enseñaba en clase no tenía para mí ningún interés y me aburría. Dejé de ser el buen latinista que había sido hasta entonces y no entré bien en el griego que empezábamos a estudiar en tercero. Mi nombre ya no brillaba en el cuadro de oro; mi amigo íntimo de años anteriores, cuya inocencia algún escrúpulo me impidió turbar con revelaciones sexuales, ocupó mi lugar en el orden de los alumnos y yo, de trimestre en trimestre, descendía cada vez más bajo en el cuadro de los alumnos por orden de méritos. Mis padres no podían comprender las causas de aquel cambio, mis profesores tampoco. También mi salud se resentía, adelgazaba, tenía dolores de cabeza, náuseas, contraía a menudo bronquitis y reumas, lo que nunca me había pasado antes. Ahora tenía algunas amistades, preferentemente chicos a los que suponía experimentados en materia sexual. En cuanto a mis propias experiencias durante este período, fueron numerosas. Por otra parte, a partir de los doce años, tuve poluciones nocturnas frecuentes acompañadas de sueños eróticos. Pero sigamos un orden cronológico.

Tenía algo menos de doce años cuando entré en el tercer curso. Como mi tía había abandonado Kiev, ya no veía a Olga, y como nuestras doncellas de entonces parecían muy serias, no tuve relaciones sexuales durante tres o cuatro meses. Como no me masturbaba, empecé incluso a calmarme un poco; pero, en aquel momento, cambiamos de casa y trabé una nueva amistad que volvió a sumirme en la fiebre erótica. Tenía entonces más de doce años.

Nuestros nuevos vecinos de rellano eran unos judíos de baja extracción, pero que se habían enriquecido y ostentaban un gran lujo. Tenían un hijo aproximadamente de mi edad que era alumno de la escuela, aunque en el curso inmediatamente inferior al mío (es decir en segundo), y una hija de trece o catorce años que iba a la escuela femenina. Por la mañana salíamos a la misma hora para ir a clase; sólo que yo iba a pie, pues mis padres no tenían caballos en la

ciudad, mientras que los pequeños israelitas iban a la escuela en calea. Nuestros respectivos padres no se conocían, pero los niños me propusieron una vez, yendo a clase, subir a su coche, lo que acepté y así fue como nos conocimos. Elías (voy a llamar así al joven israelita) vino a verme a mi casa y sus visitas a media tarde se hicieron frecuentes, bajo el pretexto de explicaciones de las dificultades de la gramática latina. Después fui yo a verle a su casa. El lujo con el que vivían Elías y Sarah me dejó asombrado. Sus padres no sólo les adoraban, sino que, como suele ocurrir en muchas familias judías, sentían por sus propios hijos una especie de veneración. Como la mayoría de los judíos, sentían un respeto casi supersticioso por el trabajo intelectual. Nuevos ricos ignorantes, admiraban sinceramente a sus hijos que iban a la escuela y estudiaban muchas cosas misteriosas. Aquellos niños eran pues los tiranos de la casa y disfrutaban de una libertad tan completa como la mía, no permitiendo que nadie viniese a molestarles cuando se encerraban en sus habitaciones, y recibiendo a quien se les antojaba invitar. Yo iba a verles a menudo diciéndoles a mis padres, que tampoco contrariaban nunca nuestros deseos, que preparábamos juntos las lecciones. Y, en efecto, al principio intentamos hacerlo, pero enseguida nuestras relaciones adquirieron otro sesgo. Sarah era una niña soberbia. Igual de sonrosada y rozagante de salud que Glacha, tenía unos rasgos más finos, el cuerpo de aspecto más delicado. Tenía una magnífica cabellera pelirroja, de rizos naturales, que rodeaba su rostro con un marco de incendio, una nariz recta y pequeña, ojos muy negros, dientes pequeños, labios algo gruesos y sensuales. Al principio, hubo entre nosotros una especie de flirteo. Sarah me enseñó su álbum pidiéndome que le escribiera unos versos. Un día Elías me confió que él y su hermana se divertían mutuamente «con sus aparatos». Siguiendo mi costumbre, me hice el ingenuo. Al día siguiente, en presencia de su hermano, Sarah me preguntó si realmente era tan ingenuo como para ignorar la diferencia entre los dos sexos. Me prometió mostrarme cómo estaban hechas las mujeres y me pidió, mientras tanto, que le enseñase mi

miembro que comparó con el de su hermano. Este estaba circunciso; Sarah examinó con curiosidad mi prepucio y, con los dedos, lo hizo bajar sobre el glande. Luego se tumbó en el sofá y me permitió que examinase su vulva. Desde aquel día, nos reuníamos a menudo los tres para divertirnos de aquel modo, por la tarde, y, a veces (los domingos, por ejemplo), durante todo el día. Sarah era virgen: era la primera vez que veía las partes sexuales de una virgen y, particularmente, el himen. Como no quería perder su virginidad, Sarah no concedía el coito completo, sino sólo el coito superficial, *in ore vulvae*. A veces nos acostábamos los tres de costado, Sarah entre nosotros dos. Mientras uno de nosotros, con el glande del pene, cosquilleaba su ano, el otro le frotaba la vulva con el pene. Cuando mi pene se desviaba y se apoyaba sobre el himen, Sarah, con la mano, retiraba de aquel lugar frágil el órgano peligroso. Durante el acto, me gustaba besar a la joven en su boca fresca y roja. Tampoco me cansaba de mirar sus órganos sexuales. Representaban para mí entonces —y representan todavía hoy para mi imaginación, ya que su imagen está profundamente grabada en mi memoria— el ideal de la belleza de las partes naturales de la mujer. El monte de Venus, muy pronunciado, rechoncho y regordete, elástico bajo la presión, estaba apenas sombreado por una ligera pelusilla dorada, a través de la cual se transparentaba la blancura rosada de la epidermis cuya suavidad era admirable. Y sus carnosos labios grandes, al entreabrirse, dejaban ver los tonos más ricos del rojo, desde el rosa pálido hasta el carmín y el escarlata. Rosa era el clítoris erecto, cuya dureza resistía elásticamente al dedo, rosas eran también las alas externas de los pequeños labios, pero el surco que se abría entre ellos y que se prolongaba hacia el vestíbulo era de un magnífico carmesí sanguinolento. Al fondo del vestíbulo se veía la sombra misteriosa de la entrada en las regiones desconocidas, pero ensanchando mucho la hendidura se veía el disco color carmín del himen perforado por dos agujeritos minúsculos. Húmedos, los numerosos pliegues del interior de la hendidura genital, graciosos y armoniosamente modelados, relucían cuando los rayos del sol o de la lámpara les daban de pleno y

esto realzaba aún más el esplendor de su color encarnado. Todavía hoy, sólo tengo que cerrar los ojos para ver todo esto mentalmente hasta los menores detalles. No he podido apreciar el conjunto de la desnudez de Sarah, ya que nunca la vi desnuda. Se acostaba sobre el sofá completamente vestida, levantaba sus faldas, abría su pantalón y, de sus exquisitas carnes, todo lo que pude ver fue la parte inferior del vientre y la cara interior de sus muslos. No obstante me permitió palpar la desnudez de sus incipientes senos.

Aprovechando la instrucción que me habían impartido Minna y Sofía, le propuse a Sarah hacer el *cunnilingus*. Ella primero se opuso a la idea, pero acabó cediendo a instancias mías. Después de haberlo probado, prefirió esta diversión al *coïtus in ore vulvae*. Y, efectivamente, era evidente que este segundo método le hacía gozar mucho más. Sólo había que observar su rostro, ver las contorsiones de su cuerpo, oír su respiración y los grititos involuntarios que salían de su garganta. Veía los estremecimientos de su vientre convulso, veía retorcerse su bajo vientre, la gruesa bola de su monte de Venus que, por movimientos involuntarios laterales, se escapaba de mi boca. Mientras chupaba, lamía y mordisqueaba el clítoris y los pequeños labios, toda la vulva palpitaba, veía el orificio de la vagina abrirse y cerrarse espasmódicamente; un líquido viscoso fluía de esta abertura cada vez con más abundancia, chorreando por todas partes. Durante este tiempo, la joven se contorsionaba frenéticamente, agitando los brazos en el aire, crispando los dedos, o aferraba los objetos que estaban a su alcance, mi hombro, mi brazo o el brazo de su hermano, que estaba con nosotros, o el pene de éste cuando este órgano era exhibido. Tan pronto estrechaba vigorosamente, hasta casi ahogarme, mi cabeza entre sus muslos aterciopelados y perfumados, como si sus piernas tuviesen calambres; como, al contrario, abría sus piernas y las estiraba desmesuradamente como si quisiese partirse en dos, o las levantaba en el aire, las agitaba, las acercaba a su cabeza. Se debatía tan enérgicamente que a cada momento sus órganos sexuales se escapaban de mi boca que los recuperaba enseguida. Palabras

entrecortadas expresaban también la intensidad del placer de la jovencita. Su hermano aprendió a hacer como yo. Ella, a su vez, tuvo la idea de excitarle con la lengua la punta del pene y le masturbaba con la mano. Se ofreció a hacérmelo a mí también, pero yo no quise, pues le tenía pánico a todas las prácticas que se parecían a la masturbación directa. Me conformaba con el *coïtus in ore vulvae*, sin considerarlo como una especie de masturbación. En cuanto a las prácticas de *cunnilingus*, me resultaban agradables sobre todo por la visión del orgasmo agudo de la jovencita; también sentía un placer directo al manipular íntimamente y mirar tan cerca aquellas partes tan secretas, la vulva escarlata, abierta, palpitante que, con sus pliegues calientes y húmedos parecía, como un rostro, tener una expresión de suave languidez o de deseo inflamado. Si cuento todo esto no es por el placer de las descripciones, es para analizar exactamente mis sensaciones. El mismo *sabor* de las mucosas sexuales era muy agradable para mi lengua y para mi boca. Esto es algo, por otra parte, en lo que coinciden todos los vividores: suelen decir a menudo que no hay manjar más sabroso que estas partes de la mujer. La mucosidad que segrega la mujer que goza (que *jute*, como dicen los franceses) es también muy agradable al paladar, a pesar del sabor acre y salino. Una vez recogí este líquido en la hendidura genital de Sarah con una cucharilla de té, después de haber masturbado a la jovencita, y tragué con delicia aquel néctar salado. El olor de la orina que sentía al pasar la lengua por las inmediaciones del meato urinario me resultaba, en cambio, desagradable, pero este olor sólo se dejaba percibir al principio de la operación y luego desaparecía, sin duda a causa de las secreciones voluptuosas que cubrían abundantemente los rastros de orina.

Las sesiones que acabo de describir no podían producirse muy a menudo. En efecto, a veces los compañeros venían a verme por la tarde y me retenían en casa. Otras veces, y ocurría con cierta frecuencia, Elías y Sarah recibían visitas en su casa; entre sus amigos, yo era el único que habían admitido en sus diversiones sexuales y no podía ocurrir nada comprometedor en presencia de otra persona que no fuese

yo. En fin, aunque los padres no entrasen generalmente en las habitaciones de sus hijos, éstos casi nunca se atrevían a divertirse de esta manera si no estaban solos en casa (los criados no eran tenidos en cuenta, ya que era fácil, llegado el caso, no abrirles la puerta): esperaban pues las veladas en que los padres estaban fuera. Eso hacía que sólo pudiéramos divertirnos de vez en cuando. Así pues, estos fueron los placeres que compartí con los dos hermanos judíos durante aquel curso escolar. En cuanto a ellos, se habían divertido sexualmente durante mucho tiempo antes de conocerme a mí. Una doncella que ya no tenían les había iniciado en los placeres del amor.

Durante mi permanencia en la escuela secundaria, tuve otras aventuras sexuales. Un compañero de clase me contó que copulaba con colegialas que iban a verle a su casa. Sus padres no vivían en Kiev y él estaba pensionado en casa de una familia que no le vigilaba en absoluto. Al salir de clase, llevaba a su habitación a las colegialas, cuando, habitualmente, no había nadie en casa; su habitación tenía una entrada independiente. Por lo demás, desde el punto de vista de las costumbres rusas, no había nada escandaloso en el hecho de que las colegialas, solas o en grupo, fuesen a visitar a un colegial. Nadie tenía nada que objetar. Conoció a una de estas jóvenes en el momento en que salía de la escuela, es decir sencillamente en la calle. Deslizó en su mano una nota pornográfica con dibujos apropiados; al día siguiente, al salir de clase, aceptó ir a su casa. Más tarde, llevó consigo a dos de sus compañeras. Mi amigo me aseguró que muchos colegiales de nuestra clase tenían aventuras como aquéllas. Me invitó a ir a su casa cuando recibía a las jovencitas, es decir inmediatamente después de clase. Conocí así a tres colegialas aproximadamente de nuestra edad. Después de los besos y de los toqueteos, dos de ellas se tumbaron boca arriba atravesadas sobre la cama, con las nalgas al borde de la cama, y las piernas separadas y colgando. Nosotros las poseímos permaneciendo de pie entre sus piernas. La jovencita con la que yo estaba no tenía las partes sexuales tan bonitas como las de Sarah; el monte de

Venus con los grandes labios era menos rechoncho y los colores de la hendidura genital eran de un púrpura menos deslumbrante. Sin embargo, introduje mi pene en la vagina de la joven con un sentimiento de felicidad. En esta ocasión hice una observación que excitó mis ardores. La vagina estrechaba fuertemente mi pene, como un guante, y, a partir de ahí, el monte de Venus seguía al pene en todos sus movimientos, subiendo y bajando con él. Mientras yo me atareaba, todo el montículo genital, arrastrado por el pene, danzaba alocadamente, parecía dar pasos de baile en todas direcciones sobre el hueso del pubis. La tercera colegiala era virgen y sólo toleraba el *coitus in ore vulvae* y el *cunnilingus*. Parece ser que un compañero la desvirgó pocos meses más tarde. Tenía una particularidad: cuando, después de haberle chupado el clítoris (muy desarrollado y alargado), le lamía la punta del órgano, en lugar de hundirse entre la hendidura ya cerrada, seguía irguiéndose, como una verruga y con aire travieso, entre los oscuros grandes labios cerrados; mientras que en las otras jóvenes, al contrario, la punta del clítoris, una vez en libertad, sólo se erguía entre los grandes labios cerrados durante unos segundos, luego se contraía, se retiraba al fondo del surco genital y se hacía invisible.

Estas relaciones continuaron, con una cierta regularidad, hasta el final del año escolar. Otras colegialas, con el pubis lampiño o con pelo, se dejaron cargar por los chicos. A veces nos reuníamos varios chicos y varias chicas juntos y cada chico poseía a varias chicas, una después de otra, mientras tenía fuerzas. Esto ocurría tanto en las habitaciones de los colegiales, como en los paseos por el bosque de los alrededores de Kiev, especialmente en una cabaña abandonada en medio del bosque.

Ya he dicho que en aquella época leía preferentemente novelas francesas. Las novelas rusas no eran lo bastante eróticas para mí. La literatura rusa era entonces muy casta: desde aquella época ha cambiado mucho, sobre todo en los últimos años. Por lo que se refiere a la manera de tratar las relaciones sexuales, hay tanta diferencia (pero en sentido inverso) entre la literatura rusa de hace veinte o treinta años

y la actual, como entre la literatura inglesa de la época de la reina Ana y la del período comprendido entre 1830 y 1860. Hoy tenemos escritores muy aplaudidos por el público (Artsibáshev, por ejemplo) que llevan la pornografía tan lejos como los naturalistas y decadentes franceses más libidinosos. Entonces no era así. Las buenas letras eran austeras. También leía, con gran excitación y cuando podía procurármelos, los libros o capítulos científicos sobre la anatomía y la fisiología de los órganos sexuales. Una lectura especialmente me produjo la más intensa emoción erótica. Era un artículo publicado en una revista de medicina que cayó en mis manos en casa de un médico, amigo de mi padre. Mientras las personas mayores hablaban en el salón, yo leía febrilmente, en el gabinete del médico, la revista de medicina. Era el informe detallado de un proceso que entonces había dado mucho que hablar en Rusia. Una joven excéntrica, hija de un comerciante muy rico, mató, con la complicidad de sus compañeros de disolución, en un lupanar de Moscú, a un hombre perteneciente, como ella, a la buena sociedad. Esta joven de menos de veinte años era homosexual y el móvil del crimen fueron los celos: quiso vengarse de quien le había quitado su amante. Del proceso resultó que esta rica heredera, que nadaba en el lujo, tenía la costumbre de disfrazarse de hombre y visitar, en compañía de otros chicos de la juventud dorada, los lupanares de Moscú, desde los más lujosos a los más miserables. Estas eran las circunstancias de aquel proceso, *si bien recuerdo*, ya que nunca más tuve ocasión de leer nada sobre este asunto. Pero recuerdo con precisión que, en el informe presentado por la revista en cuestión, figuraba la reproducción completa del dictamen médico. Había, entre otras cosas, una descripción de las partes sexuales de la joven, descripción tan completa que no he visto, desde entonces, nada igual: hasta el menor detalle estaba indicado, tanto en términos pintorescos, como en medidas exactas, en centímetros, milímetros, etc. Al leer esto, me excitaba pensando de qué forma habían tomado aquellas medidas, cómo se había medido la longitud del clítoris, las dimensiones de los pequeños labios en sus diferentes partes,

la profundidad de la vagina; me representaba a los eruditos apreciando los tonos del color de la vulva en diferentes puntos... Esta frase me hacía soñar: «La sensualidad de la paciente se deduce de la gran excitabilidad de los pequeños labios y del clítoris que entran en erección violenta al menor contacto». Como la joven no era virgen, había detalles sobre las sensaciones que experimentaba, según su propio testimonio, en el coito normal o en las relaciones homosexuales. En resumen, esta lectura actuó en mí como un potente afrodisíaco. En efecto, estoy hecho de tal manera, que es por la imaginación por donde recibo la excitación sexual más intensa. Las imágenes mentales, en este aspecto, tienen para mí tanta o mayor importancia que las imágenes físicas. Pero no es en absoluto autoerotismo: encerradme entre cuatro paredes y la obsesión sexual me abandonará enseguida. Mi imaginación, para trabajar en la dirección erótica, necesita siempre un estímulo externo: visión de los órganos sexuales de la mujer, visión de un dibujo obsceno, lectura pornográfica, conversación obscena. No basta que haya junto a mí una mujer, bonita y apetecible; la visión de la mujer más hermosa, más encantadora, si va vestida con decencia y mantiene una compostura honesta, no me sugiere *jamás* el deseo de copular con ella, no me provoca *jamás* una erección. Para que el apetito erótico se despierte en mí, es absolutamente necesario que la mujer se comporte provocativamente, tengo que oír las palabras lascivas, ver las desnudeces o hallarme bajo la impresión de una lectura erótica, de una conversación obscena *muy recientes*. Los recuerdos eróticos viejos dejan de excitarme, una lectura lasciva me deja generalmente frío si no es nueva para mí, es decir si está *anticuada*: ya que, al principio, las mismas historias procaces me excitan, incluso si las leo varias veces seguidas: al cabo de unos días el aguijón se debilita. Así puedo permanecer durante varios días en un estado de neutralidad sexual absoluta: una imagen voluptuosa que, por azar, se presenta desde el exterior (es absolutamente necesario que venga del exterior y no haya sido engendrada por mi propia mente) puede romper bruscamente este

equilibrio e inflamarme de ardores carnales. No sé hasta qué punto estas disposiciones psicológicas son anormales y mórbidas: sobre ello debería pronunciarse un especialista.

Jamás he experimentado verdaderos sentimientos homosexuales^[1]. Recuerdo sin embargo que entre los doce y los trece años, la visión de un compañero de clase de mi misma edad me causaba una ligera excitación sexual. Tenía la piel muy fina, el pelo rizado de forma natural y se parecía en todo a una chica. Sin duda era éste el motivo por el que su proximidad me resultaba agradable; me gustaba pellizcarle el cuello carnosos, cogerle por la cintura. Jamás pensaba en su sexo, ni en la posibilidad de relaciones carnales con él, ni siquiera deseaba verle desnudo y sin embargo su imagen se me presentaba a veces en los sueños eróticos; veía en sueños, desnuda, una parte de su cuerpo (no el sexo, sino, por ejemplo, el brazo o los hombros), le abrazaba, le besaba en las mejillas y aquello desembocaba en poluciones. En toda mi existencia, es el único recuerdo que guarda relación con la homosexualidad. Por lo demás, jamás habíamos intercambiado ninguna frase tierna, ninguna demostración de amistad *particular*. Creo que la suavidad femenina de la epidermis del chico fue la única causa de mis emociones eróticas. Los órganos sexuales de un niño me son indiferentes; los de un hombre maduro me causan repugnancia; no consentiría en tocarlos con la mano.

Hacia el final de aquel curso escolar, tuve tres aventuras con mujeres adultas. Una joven recién casada, bastante bonita, morena, venía a vernos a menudo, sola o con su marido. Mi madre me encargó un día ir a devolverle a esta señora un libro que nos había prestado. La señora me retuvo bastante rato en su casa, habló conmigo de literatura y me hizo prometerle volver a visitarla al día siguiente para leer juntos novelas, pero sin decirle nada a mis padres. «Mi marido», dijo, «se va por la tarde al club, yo me aburro sola y la lectura me fatiga la vista. Tú leerás en voz alta y yo te escucharé». Ya he dicho que yo salía cuando quería; salí pues de mi casa a la hora convenida, diciéndoles simplemente a mis padres que iba a ver a un compañero, y me dirigí a casa

de la dama. Ella me hizo sentar a su lado en un sofá y me hizo leer una novela de Goncourt. Al llegar a un pasaje erótico, me sentí algo molesto y mi voz temblaba. Entonces la dama me interrumpió y empezó a hacerme preguntas para ver si comprendía las alusiones eróticas. Como era mi costumbre en estas circunstancias, me hice el ignorante. Esto pareció encantar a mi interlocutora, bromeó un poco sobre mi ingenuidad a esa edad (tenía doce años y medio), me dijo que ya debería tener una amiguita y me propuso mostrarme cómo estaban hechas las mujeres y cómo se hacía el amor. Me besó en la boca, luego me desabrochó el pantalón y agarró mi miembro en erección. Extasiándose ante sus dimensiones, afirmando que era muy grande para mi edad (mis órganos sexuales siempre han sido, en efecto, muy voluminosos), lo besó y me dijo: «¡Con un instrumento tan bonito y sin saber utilizarlo! ¡Fíjate qué duro y caliente está, eso demuestra que a espaldas de su dueño ya desea a una mujer! Con un objeto así, podrás hacer feliz a las mujeres». Yo hacía como si no entendiera. Entonces ella prosiguió su explicación, describió, en términos lascivos, la copulación, luego se levantó la falda y me mostró sus piernas desnudas y sus órganos sexuales que me hizo palpar. No llevaba pantalón. Semiacostada, me atrajo hacia sí y, con la mano, introdujo mi miembro en su vagina. Copulamos con gran voluptuosidad. Después de la operación, me recomendó no contarle a nadie nuestra aventura y añadió que lo había hecho exclusivamente por mi bien, para preservarme del onanismo y de las mujeres de mala vida. Desde entonces tuvimos varios coloquios, que terminaban siempre con la copulación.

Las otras dos aventuras tuvieron lugar con alumnas de los cursos superiores de la escuela, de diecisiete y dieciocho años, que también tuvieron la caritativa idea de «ilustrarme sexualmente». Yo estaba de visita en casa de una de ellas, hablábamos de caballos y yo fingí ignorar la diferencia entre el semental y el caballo castrado. La joven pareció asombrada, me preguntó si sabía cómo se hacían los niños, y viendo mi ignorancia, me tumbó boca arriba, sacó del

pantalón mi pene en erección y, levantándose las faldas, se acostó sobre mí enfilando mi pene en el interior de su vientre. Luego, haciendo movimientos rápidos con el vientre y los muslos, me montó hasta que en ella se produjo el orgasmo que casi le hizo perder el conocimiento. Mientras copulaba, me besaba en la boca *more columbarum*: era la primera vez que me entregaba a aquel placer. Todavía recuerdo la sensación del pene fuertemente comprimido y zarandeado por los músculos de la vulva de la jovencita. En el momento supremo del placer, su rostro adquirió un aspecto cadavérico. Nunca más se me presentó la ocasión de renovar las relaciones sexuales con aquella joven.

La otra colegiala me habló de temas sexuales la primera vez que estuvimos solos. Yo me hice el tonto según mi costumbre. Ella me describió la diferencia entre los órganos del hombre y los de la mujer, expuso de qué forma se realizaba el acto sexual, y ante mis ruegos me mostró sus partes genitales. Sin embargo apenas pude obtener otra cosa de ella. Decía que era virgen y no quiso permitirme poseerla, ni siquiera *in ore vulvae*. En cambio me permitió palpar su vulva y hacerle cosquillas con los dedos, incluso meter mi dedo hasta el *vestibulum vulvae*, así como acariciar sus senos desnudos. Yo veía que todo aquello la excitaba, como lo demostraba no sólo la expresión de su rostro, sino también el hecho de que la hendidura genital por la que paseaba mi dedo estaba toda mojada, caliente y palpitante. Volvimos a vernos con frecuencia para renovar aquella diversión. Cada vez, tenía que rogarle insistentemente y durante mucho tiempo que me mostrase sus partes sexuales. Tras varias negativas, acababa cediendo a mis ruegos, se sentaba sobre el borde de cualquier mueble: cama, canapé, baúl, sillón, levantaba sus faldas y separaba las piernas. Yo me arrodillaba para ver mejor y exploraba con los dedos la abertura genital. Pero jamás me permitió abrirla lo bastante o hundir mi dedo lo bastante adentro para ver o tocar el himen. Decía que, con un movimiento brusco o torpe, la membrana podía desgarrarse fácilmente. Tampoco me permitía masturbarla verdaderamente, es decir con un frotamiento continuo, no

tolerando más que ligeros toqueteos, rápidos y discontinuos. Luego me hacía sentarme a su lado y jugaba con mi pene rígido, aunque sin masturbarme, lo que, por otra parte, tampoco habría soportado. Mientras tanto, yo le acariciaba los senos desnudos y nos besábamos en la boca. Estas prácticas no me provocaban la eyaculación, sino tan sólo una agradable erección. Yo le suplicaba cada vez que me concediese el coito, al menos el coito *in ore vulvae*, pero ella nunca quiso consentirlo como tampoco el onanismo bucal o lingual.

Llegaron las vacaciones. Si me dejaron pasar al curso siguiente (cuarto), fue por una gran indulgencia de los profesores y en memoria de mis éxitos pasados. En realidad, abrumado por mis preocupaciones eróticas, no había estudiado nada en tercero y mis notas aquel año habían sido deplorables. Pero el examen para pasar de tercero a cuarto era exclusivamente escrito y me salvé gracias a la copia, que, unida a la indulgencia de los profesores, hizo que obtuviese *per fas et nefas* la media necesaria.

Pasamos las vacaciones en la casa de mi tío, lugar que no había vuelto a visitar desde hacía dos años. Pero volví completamente cambiado, tan experimentado en materia erótica como una persona mayor. ¡Ahora mi primo le contaba obscenidades a un entendido! Y, en medio de las numerosas sirvientas de la casa, de las hijas de los granjeros y de los campesinos, me hallaba sumido en una atmósfera verdaderamente citerea. No tardé en establecer relaciones con la mayoría de aquellas muchachas, guiado por mi primo que me facilitaba el camino. Me explicó que de aquellas viragos robustas podía obtenerse todo con algunos regalos insignificantes: un paquete de horquillas para el pelo, una cinta de dos reales, un caramelo, un dulce, hasta un terrón de azúcar. Y, en efecto, por estas irrisorias ofrendas, las «vírgenes fuertes» de Ucrania me permitían mirar y palpar las partes más recónditas de su cuerpo. Esto podía ocurrir en cualquier sitio, en una habitación, en un cobertizo, una cuadra, detrás de un montón de paja, entre los matorrales. Las vírgenes sólo permitían los toqueteos; las que no eran

vírgenes se dejaban poseer gustosamente. En compañía de mi primo y otros jóvenes, iba a verlas bañarse en el río. Intercambiaba con ellas frases de doble sentido. Por otra parte, ellas se reían siempre con grandes carcajadas cuando oían una obscenidad. Una vez, atravesaba con mi primo una sala donde una magnífica joven de diecisiete o dieciocho años, verdadera encarnación de la fuerza y de la salud, de mejillas coloradas como tomates, y senos apuntando al frente, fregaba el suelo, doblada en dos y apuntalada sobre las dos piernas separadas, macizas como columnas y de las que se divisaba su blancura, pues llevaba las faldas arremangadas por encima de la rodilla. Sin perder un instante, mi primo se acercó a la joven por detrás y le agarró con fuerza, bajo la falda, el órgano sexual. La joven protestó, desprendiéndose de las manos del agresor, pero sin enfadarse ni dejar de reír. Y es que las jóvenes del pueblo estaban acostumbradas a aquellos atrevimientos. En las grandes cocinas señoriales, donde decenas de sirvientas y de trabajadores comían o tomaba el té con decenas de cocheros, vigilantes, trabajadores del campo, etc., y donde, llevado del ardor erótico, ahora entraba a menudo, eran lícitas las familiaridades más audaces. La conversación general era un carrusel de obscenidades, donde los gestos no desmerecían en nada a las palabras. Vi a un jovencito, por ejemplo, que blandía ante las jóvenes un tizón apagado y carbonizado en forma de falo, preguntándoles si les gustaría que sus amantes estuvieran provistos de un miembro tan imponente. Ninguna de las jóvenes pareció confundida, todas se reían hasta saltárseles las lágrimas. Los nabos, los tronchos de col o los rábanos servían de pretexto para bromas análogas. A veces, cuando una joven, encendiendo el fuego de la estufa o arreglando el samovar colocado en el suelo, se agachaba, un joven, con ganas de broma, la cogía por detrás, pegaba su vientre a las nalgas (sin sacar su miembro, ni remangarla, por supuesto) y remedaba los movimientos del coito *a retro*, diciendo que era un semental o un toro que montaba una yegua o una vaca. Estas comparaciones no ofendían a la rústica beldad, divertida con la broma como el resto del

público. Ya he dicho que las chicas y los chicos (*parubki*) se bañaban desnudos muy cerca unos de otros. A veces los chicos llevaban caballos a los que también bañaban y he visto más de una vez a uno de estos bañistas, completamente desnudo, pegar su vientre y sus partes sexuales sobre la grupa del animal e imitar los movimientos del coito, y esto en presencia de las jovencitas, también desnudas, que le llamaban «marrano», pero que se divertían muchísimo con la pantomima.-Una vez me dijeron que un chico de diecinueve años, en una de estas escenas habituales, había copulado realmente con una yegua mientras las chicas le miraban, insultándole, pero sin moverse de allí hasta el final del acto. En la *cocina negra* (así es como se llama en Rusia a la cocina donde se prepara la comida de los sirvientes o de los trabajadores), vi a menudo luchar a los jóvenes, como una forma de juego y de broma, con las chicas. Cuando un hombre conseguía vencer y tumbar en el suelo a una chica, nunca dejaba de acostarse boca abajo sobre la luchadora vencida (aunque sin desabrocharse) e imitar, entre risas, las posturas y los movimientos de la copulación. Los niños presentes en aquellas escenas se desternillaban, comprendiendo perfectamente el simbolismo del simulacro. Me han contado que a veces, en los banquetes de esta cocina, los días de fiesta, cuando se estaba animado por el aguardiente distribuido gratuitamente por el dueño o por los intendentes (para el campesino ruso una fiesta no es una verdadera fiesta sin abundantes libaciones de aguardiente de cereales), los hombres se permitían bromas más pesadas. Cogían inopinadamente y por detrás a alguna jovencita, la arrancaban del banco donde estaba sentada, le daban la vuelta y la sostenían durante un rato con la cabeza abajo y las piernas agitándose en el aire. Como las mujeres del pueblo, como ya he dicho, no llevan pantalón en Rusia, todo el mundo podía recrear su vista en los encantos más secretos de la víctima. Y la víctima no guardaba rencor durante mucho tiempo a sus verdugos, tan groseras eran las costumbres.

De esta forma, en el pueblo podía verse un montón de

cosas. Una vez, entrando bruscamente con mi primo en una de las dependencias comunes (creo recordar que era una lavandería), vi a un joven cochero en el suelo con una de nuestras criadas. «Eh, ¿qué estáis haciendo?», exclamó mi primo. «Estamos copulando», respondió el cochero (empleando, naturalmente, el término más vulgar que expresa esta idea) y siguió tranquilamente a lo suyo hasta que mi primo, a puntapiés en el trasero, le obligó a soltar la presa y a levantarse. La criada se bajó las faldas y se marchó sin dar muestras de la menor confusión. Por otra parte supe que las *veladas* del pueblo (las *vetchernitsy*, «vigilias» en ruso vulgar) —reuniones al atardecer y por la noche de chicas y chicos solteros, durante las cuales el sexo débil trabaja (hila, borda, etc.) y los jóvenes pretendientes tocan instrumentos, cantan o tratan de hacer reír a las jóvenes con anécdotas graciosas— terminaban de una forma particular: se esperaba a que se apagasen las luces, por falta de combustible, y a veces se las ayudaba a apagarse, luego cada uno sentaba en sus rodillas a su vecina y la masturbaba mientras se dejaba masturbar por ella en la oscuridad. Después de lo cual, cada uno volvía a su casa, contento de la *vigilia*.

La vulgaridad de las costumbres rurales puede ser aclarada por un episodio de la crónica de nuestro pueblo, episodio del que no fui testigo, pues llegué al pueblo unas semanas después, pero cuya autenticidad puedo garantizar, ya que ocurrió en público y, por decirlo así, oficialmente. Entre los campesinos jóvenes, había un chico de veinte años sobre el que las chicas hicieron correr el rumor de que tenía un solo testículo. Las burlas eran interminables: en cuanto aparecía en una reunión en la que había chicas, éstas se apartaban de él como de un apestado, exclamando: «¡el hombre de un solo testículo!» (*odnoyaíts*, de *odno*, uno solo, y *yaíts*o, testículo). Desconsolado, se quejó de esta calumnia ante el tribunal comunal, *volostnoi sud*, integrado por campesinos a menudo completamente analfabetos, por lo que todo el proceso se hacía verbalmente, pero que sin embargo podía infligir no sólo pequeñas multas y algunos días de arresto, sino también la fustigación, a menudo muy cruel, y

juzgaba los pequeños delitos de los campesinos y las pequeñas diferencias entre la gente del pueblo. Las decisiones de este tribunal improvisado en simple policía no se regían por ninguna ley escrita: como en oriente, había que encomendarse a la inspiración de los jueces, inspiración que a menudo estaba influenciada por ofrendas en forma de cubas (*vedro*) de aguardiente por parte de los querellantes o de los defensores. El *volostnoí sud* de nuestro pueblo se tomó a pecho el infortunio del joven. Las jóvenes culpables (eran más de veinte) fueron convocadas ante los jueces que pronunciaron la siguiente sentencia: cada una de las culpables debía ser introducida sola y una tras otra en la sala comunal donde se encontraban los jueces y el querellante y, después de haber puesto la mano en el pantalón de éste y haberse asegurado de que tenía *dos* testículos y no uno solo, recibir en las nalgas dos cachetes de la mano del mencionado querellante. Y eso fue lo que se hizo. La sala comunal estaba llena de gente, se introducía sucesivamente a las jóvenes y después de haberlas obligado a colocar la mano en la bragueta del querellante, se les preguntaba: «¿Tiene dos testículos o sólo uno?». La joven no tenía más remedio que responder: «Tiene dos». Después de lo cual era conducida hacia el jefe del tribunal (*volostnoí starchina*) que estaba sentado en un banco, con la espalda apoyada contra la pared, y dando la cara al público. Se le decía a la joven que se agachase y que pusiese su cabeza sobre las rodillas del juez, como en el juego de *adivina quién te dio*. Al mismo tiempo se le levantaban las faldas por detrás, descubriendo, debido a la postura de la paciente, no sólo sus nalgas, sino también, entre aquéllas, sus «encantos», como se les llamaba en el siglo XVIII. El trasero, además, estaba dirigido hacia el público. Entonces el joven calumniado aplicaba sobre las robustas redondeces dos sonoros azotes. He recogido todos los detalles de boca de los propios actores de la comedia.

Entre la numerosísima servidumbre de mi tío, había una jovencita de trece o catorce años, llamada Yévdochka (diminutivo de Eudoquia), hija de un cochero. De no haber conocido esta muestra de las costumbres rústicas, creería que

los numerosísimos personajes de mujeres jóvenes que, en las novelas de Zola, representan la pura bestialidad, la pura encarnación del instinto sexual (la Mouquette en *Germinal*, etc.), no corresponden a ninguna realidad y son un puro símbolo poético. Como una perra en celo, merodeaba por todas partes donde tenía la oportunidad de encontrar a un macho solitario y se entregaba indiferentemente a todo el mundo, tanto a los niños como a los viejos. Se la acusaba de actos de bestialidad. Una vez, mi primo y yo la encontramos con una amiga de su edad, entre la maleza de unos arbustos. Las dos jovencitas levantaron sus faldas y nos enseñaron sus vulvas, abriendo las piernas e invitándonos, con palabras y con gestos, al coito. Pero mi primo me dijo que con Yévdochka se podía contraer una enfermedad, y resistimos a la tentación. No sé si la aprensión de mi primo estaba fundada: todos los jóvenes del pueblo se acostaban con Yévdochka y, sin embargo, nunca oí decir que hubieran caído enfermos.

Una mañana, antes de salir el sol, mi primo me llevó a una sala de las dependencias comunes, una especie de granero donde dormían las jóvenes trabajadoras agrícolas. Era pleno verano; como hacía mucho calor, las jóvenes estaban simplemente acostadas en camión sobre montones de paja desparramados por el suelo, sin ni siquiera taparse con una sábana. Serían unas veinte y dormían profundamente, como se duerme cuando se es joven, se rebosa salud y se ha pasado todo el día entregado a duras labores físicas. Los camisones de la mayoría de ellas se habían remangado o abierto durante el sueño y se veían los muslos desnudos, los vientres desnudos. Algunas estaban echadas boca arriba, con las piernas abiertas. Podíamos examinar con toda comodidad las vulvas oscuras con la hendidura rosada, los montes de Venus cubiertos de vello. Había vellos genitales de diferentes colores. Recuerdo que un pubis cubierto de un vello rojo o tirando a rojo me impresionó particularmente. Un fuerte olor se desprendía de todos aquellos desnudos femeninos. Pese a estar muy excitados, no nos atrevimos a despertar a nadie y nos fuimos

silenciosamente sin que las jóvenes se percatasen de nuestra visita matinal.

Mi primo tenía relaciones sexuales con numerosas criadas, trabajadoras agrícolas, jóvenes campesinas. Una joven criada iba a verle algunas noches a su habitación donde estaba también mi cama, sin sentirse embarazada por mi presencia: ¡simplicidad bucólica de las costumbres! Aquellas noches no podía dormir: oía los besos, los crujidos de la cama y otros ruidos característicos del coito, varias veces repetido, las anécdotas pornográficas que le contaba mi primo a la joven y *tentigine rumpebar*, como decían los romanos.

Yo por mi parte, como ya he dicho, copulaba a menudo con las jóvenes del pueblo y del servicio: *in ore vulvae* con las vírgenes, con normalidad con las que ya estaban desvirgadas. Estas robustas hembras, admirablemente fornidas, eran un ejemplo exuberante de salud y de vida animal, con las mejillas coloradas, enormes traseros, senos duros y prominentes, piernas parecidas a las columnas dóricas, vulvas musculosas y fuertes. Disfrutaban de su juventud y se las veía revolcarse en todas las zanjás, en todos los graneros, bajo todos los pajares, en cualquier rincón donde una pareja pudiese acostarse. Si se quedaban preñadas, recurrían a sustancias abortivas (todas las jóvenes conocían las virtudes del *cornezuelo* del trigo) o se hacían abortar mecánicamente por las viejas del pueblo expertas en estos menesteres. Por lo demás, la opinión pública no se mostraba severa hacia las debilidades carnales. Todo el mundo, por ejemplo, sabía que un viudo había dejado embarazadas a sus dos hijas, una de las cuales era menor de edad. Pero esto no empañaba la consideración general de la que gozaba.

Para decirlo todo, debo añadir que durante aquellas vacaciones hubo otra propietaria casada, vecina nuestra, que creyó necesario «ilustrarme sexualmente» y, creyendo en mi inocencia, me explicó lo que ya sabía desde hacía tiempo y se hizo hacer el amor por mí en un cenador de su jardín.

Todavía no había cumplido los trece años cuando regresé a Kiev como alumno de cuarto de la escuela secundaria. Desde el punto de vista de los estudios, aquel año, para mí,

fue todavía más desastroso que el año anterior. Era incapaz de concentrar mi atención en los libros científicos que, por otra parte, me interesaban cada vez menos. Mis notas eran cada día peores, estaba siempre entre los últimos alumnos de la clase. Mis padres justificaban mis fracasos por el hecho de que era demasiado joven (entre trece y catorce años) para cuarto: pero muchos de mis compañeros tenían mi misma edad. En cualquier caso, mis notas a lo largo del curso y las del examen a final de año no me permitieron pasar al curso superior y tuve que repetir, cosa que tiempo atrás hubiese considerado sumamente bochornosa. Así pues, pasé mis catorce años en cuarto, y tenía casi quince cuando entré en quinto. No sólo tuve que repetir el quinto curso, sino que no estuve a la altura de las pruebas necesarias para pasar a sexto (entonces tenía casi diecisiete años). Ahora bien, como en Rusia no se pueden pasar tres años seguidos en un mismo curso, tuve que abandonar la escuela secundaria. Entonces me hicieron entrar en la escuela llamada *real* (secundaria sin latín ni griego), pero también allí tuve malas notas. Se encontró la manera de prepararme para un examen que me permitió volver a la escuela secundaria clásica (que es más importante, ya que concede más derechos), a sexto. Tenía dieciocho años. Pero suspendí el examen para pasar a séptimo curso. Tenía casi diecinueve años. Intenté repetir sexto, pero mis notas seguían siendo tan malas que, desanimado, abandoné la escuela definitivamente a mitad de curso: tenía diecinueve años y medio. Durante todos estos años mi salud fue bastante mala, a menudo tenía que interrumpir mis estudios debido a enfermedades del pecho y a neuralgias, lo que no contribuía a los éxitos escolares. A los diecisiete años había perdido a mi madre, que había tenido un niño tardío y había muerto de unas fiebres puerperales contraídas por la negligencia del médico que la asistió en el parto, que no se había desinfectado convenientemente después de haber visitado a una enferma. El niño había muerto también poco tiempo después.

Mi vida sexual durante todo aquel período fue muy activa (desde los trece años hasta los veinte). Al volver de las

vacaciones de las que he hablado más atrás, nos cambiamos otra vez de casa y nunca más volví a ver a la pequeña Sarah. Pero reanudé las relaciones sexuales con colegialas de buena voluntad, y a veces me acostaba con las criadas si eran jóvenes y bonitas. Durante las largas vacaciones, cuando las pasábamos en el pueblo, tenía a mi disposición, por decirlo así, a todo un harén. Y de todas formas, siempre encontraba señoras dispuestas a «ilustrarme sexualmente». Seguía practicando con éxito el método consistente en fingir una inocencia y una ingenuidad absolutas. Comprobaba que era un método casi infalible para «calentar» a las señoras y provocarles ideas libidinosas. ¡Es asombroso cómo les gusta impartir enseñanzas en esta materia! Todas desean ser las primeras iniciadoras. Pero, a la vez, todas estas señoras sentían un poco de vergüenza por lo que hacían, a juzgar por la circunstancia de que todas me decían que hacían aquello por mi bien, para «apartarme del onanismo y de las mujeres de mala vida»; hipocresía que no podía llevarme a engaño. Mi experiencia me hace creer que la inclinación por los niños impúberes o los adolescentes apenas púberes no es más rara entre las mujeres que entre los hombres.

Fingirme inocente no era sólo, para mí, el medio más seguro para alcanzar mi objetivo; era también una fuente de placeres particulares. En efecto, sentía y sigo sintiendo una intensa voluptuosidad al oír a una mujer y sobre todo a una joven hablar de temas sexuales. Se nota, efectivamente, cuando hablan de esas cosas, que están eróticamente excitadas, que un estremecimiento recorre sus partes genitales. Mientras las mujeres me describían, por ejemplo, el coito, me imaginaba que sus clítoris debían de estar en erección y que de sus vulvas empezaban a fluir las secreciones. Además, las mujeres no hablan de esas cosas de la misma manera que los hombres: rara vez emplean la palabra justa, sino que, casi siempre, recurren a circunloquios, a eufemismos, a metáforas que, por su propia naturaleza, poseen un carácter pintoresco, fantasioso, sugestivo y excitan la mente mucho más que los términos técnicos y exactos. Las más jóvenes sobre todo, al no conocer

el vocabulario erótico técnico (científico o popular) o al no atreverse a emplearlo, tienen que hacer esfuerzos de imaginación para describir claramente las cosas, inventan comparaciones, sugieren imágenes chocantes, se turban y se ruborizan: todo esto es muy excitante. Cada una cuenta las cosas a su manera, por consiguiente mediante *nuevas* imágenes; y la novedad de las sensaciones, de las imágenes, de las mismas palabras, es un elemento esencial de la agudeza de las sensaciones sexuales: un libro pornográfico monótono deja de ser excitante al cabo de unas cuantas páginas; no tiene que contar aventuras parecidas ni con términos parecidos.

En mi caso, como sin duda en el de todas las personas nerviosas, la imaginación constituye el elemento principal del placer sexual. No puedo gozar si no me imagino el placer experimentado por la mujer. Me sería imposible hacerle el amor a una mujer dormida o desvanecida. Y la sola idea de que una mujer sienta una emoción sensual basta para hacerme gozar (aunque este goce no llegue a la eyaculación). La idea del placer masculino, en cambio, me es indiferente: las emociones eróticas del hombre no despiertan en mí ninguna simpatía.

Las ideas o (si se prefiere) los prejuicios espiritualistas hacen los placeres sexuales más agudos y variados. Es lo que Huysmans (hablando del arte de Rops) ha expresado con exageración y *grosso modo* al sostener que la grande y profunda lujuria no es posible sin el *diablo*, y lo que Renan observó con una exquisita agudeza al ensalzar al cristianismo como el maestro de las voluptuosidades eróticas más sutiles que las de la Antigüedad. Esto es algo que olvidan los numerosos autores que condenan al cristianismo en nombre del erotismo triunfante y de los *derechos de la carne*. El cosquilleo puramente físico en las relaciones sexuales no es nada o casi nada comparado con la excitación psíquica y el prurito mental: y el cristianismo ha exasperado precisamente el lado psíquico del placer carnal; ha abierto una carrera inmensa a la imaginación sexual, y creo que, en el hombre civilizado, los placeres sexuales obtienen todo su valor y todo

su atractivo de la imaginación; sin ella, el acto sexual no es ni más ni menos agradable que la defecación o, todo lo más, que la bebida y la comida para las personas poco glotonas. El pudor femenino es un afrodisíaco para el hombre, pero sólo cuando ella se deja vencer por la voluptuosidad de la misma persona. Cuando estoy en la cama con una mujer decente, lo que más me excita, es esta idea de que pasa algo paradójico, inverosímil: he ahí a una mujer que considera como algo terrible el hecho de mostrar ciertas partes de su cuerpo; se las oculta a todo el mundo, sobre todo a los hombres, las considera *vergonzosas*, no se atreve a llamarlas por su nombre... Y sin embargo, esta misma mujer ahora las muestra a un hombre, y precisamente al hombre a quien más debería obstinarse en no mostrárselas, ya que es el hombre a quien ama, es decir el que más la turba y la intimida y el que las mira con ojos menos indiferentes, más lascivos; y este hombre, no sólo mira estas partes, sino que las toca, las manipula, las excita con toqueteos; las toca no sólo con la mano, sino con una parte del cuerpo que es igualmente *vergonzosa* a los ojos de la mujer y que ésta, normalmente, tiene miedo no sólo de tocar, sino también de ver, de llamar por su nombre, en la que nunca *debería* pensar (al menos según las convenciones), y el contacto no es sólo superficial, el hombre introduce su parte más vergonzosa en la parte más vergonzosa de la mujer... Y esta violación del pudor es más picante en la medida en que es temporal. Una hora antes o una hora después, la mujer ha estado o estará vestida, ocultará cuidadosamente casi todas las partes de su cuerpo y se ruborizará sólo de oír el nombre de la cosa que tanto placer le causa... ¡Cómo disminuiría el placer sexual sin todo este convencionalismo —absurdo en apariencia— del pudor femenino!

Por las mismas razones, las secreciones voluptuosas de la mujer poseen un enorme valor simbólico o fetichista para la imaginación. Nada me excita más que la visión, el contacto o la simple idea de la mucosidad vulvo-vaginal. Porque es el signo visible y tangible de la sensualidad, de la voluptuosidad de la mujer. La erección de los órganos sexuales femeninos

apenas puede verse; en cambio, gracias al líquido sexual, existe una prueba evidente y material de que la mujer está eróticamente excitada, de que tiene *des sens*, como dicen los franceses, de que es un ser terrestre como nosotros o de que, si es un ángel, es un ángel que a veces cae... Con todas las fuerzas de mi imaginación, me traslado a las partes sexuales de la mujer, me represento el placer que siente y esto duplica o centuplica mi propio placer directo. En todo esto, hay elementos no sólo sensitivos, sino morales (o, si se prefiere, inmorales), ético-afectivos e intelectuales. Pero volvamos a mi historia.

Así pues, durante este período de siete años (desde los trece hasta los veinte), tuve frecuentes satisfacciones sexuales. No faltaron, sin embargo, por razones accidentales, períodos de abstinencia. Entonces tenía poluciones nocturnas (a razón de una o dos por semana). Cuando no había excitación exterior, mis necesidades genésicas se dormían poco a poco, me sentía la cabeza más libre, aumentaba mi energía intelectual y física, pero, a raíz de algún estímulo accidental (encuentro de un libro o de una imagen pornográfica, de un desnudo femenino, una conversación con alguna señora que intentaba ilustrarme sexualmente, etc.), mis ardores se despertaban de nuevo y volvía a los mismos placeres extenuantes. No me sentía feliz. Por una parte, mis continuos fracasos escolares me humillaban y me desanimaban profundamente, a pesar de la bondad con la que los soportaban mis padres. Por otra parte, lo único que me interesaba a mi alrededor era la mujer y, cuando no tenía aventuras eróticas, me aburría mortalmente. Ya no practicaba ejercicios físicos; en el campo, ya no iba de caza y sólo montaba a caballo en raras ocasiones. Mis compañeros escolares, conforme crecían, vivían una vida cada vez más intelectual. La mayoría de ellos se apasionaban por la política, leían la literatura revolucionaria clandestina, se afiliaban a las sociedades secretas socialistas, comulgaban con la religión comunista, anarquista y terrorista. Leían libros serios: Spencer, Mill, Buckle, Renan, Louis Blanc, Taine, Marx, Lassalle, Laveleye, Proudhon, Darwin, Häckel,

Summer, Maine, Morgan, Engels, Tarde, F. A. Lange, Büchner, Letourneau, etc. (hablo de jóvenes entre quince y veinte años). En cuanto a mí, me conformaba con conocer los nombres de los autores que ellos leían: cuando intentaba leer aquellos libros, me dormía a las pocas páginas. Mis compañeros discutían incansablemente de cuestiones morales, filosóficas, sociales (no de cuestiones religiosas porque todos eran ateos y materialistas...). Aquellas discusiones resbalaban sobre mí como el agua sobre los cristales. No participaba en ellas. Las novelas me interesaban más, pero, cuando eran demasiado serias, también me aburrían. Mis dos estados habituales eran, o la excitación erótica directa, o la postración melancólica acompañada de ensoñaciones a menudo también eróticas. Cuando me ponía a trabajar para la escuela con una cierta energía, era durante los intervalos de abstinencia sexual; pero, como ya he dicho, eso no duraba mucho. Jamás me masturbaba, ya que aquel acto me horrorizaba y tampoco sabía exactamente cómo se hacía. Por el miedo a una masturbación involuntaria, ni tan sólo acercaba las manos a mis partes sexuales. Pero tenía remordimientos a causa de mis numerosas relaciones sexuales. Lo que contribuía a aumentar mi depresión moral era la necesidad en la que me encontraba de mentir a menudo a mis padres para ocultarles mis escapadas. Cada vez me costaba más mentir, a medida que me hacía mayor. Nunca fui un niño mentiroso, estaba incluso considerado como excepcionalmente franco y, sin embargo, mientras duró mi infancia, mentí sin el menor pudor interior cuando había que ocultar mis pequeños pecados. El amor verdadero por la verdad, la repulsión por la mentira sólo los adquirí con la edad. ¡Qué falsa es la idea de que el niño es por naturaleza sincero! ¡Qué dudosa me parece la existencia de niños pequeños «*incapaces* de mentir»! ¡Es como decir que hay niños *incapaces* de juzgar los actos injustamente! Desgraciadamente, estas falsas ideas están todavía muy extendidas, incluso en medios instruidos.

Mis aventuras eróticas del largo período del que estoy hablando no tuvieron nada digno de mención. Estuvieron en

la línea de lo que ya he contado. Fueron facilitadas por el liberalismo de las costumbres rusas, que hace que los jóvenes de ambos sexos disfruten de una completa independencia, se hagan visitas en las que nadie está presente, se paseen solos tanto como quieran, vuelvan a su casa a cualquier hora del día, etc. Teníamos una libertad de movimientos tan completa como los mayores; unos la aprovechaban para hacer política, otros —entre los que me cuento— para hacer el amor. Jamás iba a visitar a las prostitutas, como hacían casi todos mis compañeros. Tenía miedo de las enfermedades venéreas y las mujeres públicas que me encontraba en la calle me parecían repulsivas. Así pues, me conformaba con las colegialas y con las señoras «decentes» de buena voluntad. Una de estas últimas, una amiga de mi madre, al oír un día de mis labios hipócritas que ignoraba la diferencia entre los sexos (entonces todavía no había cumplido los catorce años), se retiró del gabinete de trabajo de su marido, donde estábamos solos, al dormitorio que se encontraba al lado y me dijo que no entrase hasta que ella me llamara. Al cabo de unos minutos me llamó, en efecto, y la vi acostada sobre la cama, completamente desnuda. Después de haberme dejado contemplar su desnudez, me dijo que me desvistiera, que me acostara a su lado, y me «enseñó» el acto sexual. Por lo demás no corría ningún peligro, no había nadie en casa y el marido no podía volver en aquel momento. Con aquella señora tuve ocasión más tarde de copular más de una vez.

La aventura más larga y más interesante fue la que tuve entre los dieciséis y los diecisiete años con una joven sólo unos meses mayor que yo. Era alumna del último curso de la escuela secundaria, pero ya estaba prometida a un estudiante que en aquella época se encontraba en la cárcel.

Como afiliado al partido terrorista socialista-revolucionario, esperaba su proceso desde hacía meses, en prisión preventiva. Los cargos contra él no eran muy graves, y como en Rusia, los debates en los procesos políticos acostumbran a ser una pura formalidad, una comedia, de manera que el acusado está condenado por adelantado por las autoridades superiores de las que los miembros del

tribunal militar sólo son los instrumentos pasivos, se sabía *por adelantado* que el joven en cuestión iba a ser condenado a ocho o diez años de exilio en Siberia *sin* trabajos forzados (*na possélénie*). La joven estaba decidida a seguirle y a casarse con él. También ella tenía ideas terroristas de las que intentaba convencerme. Yo iba a verla a menudo, fingiendo interesarme por aquellas ideas que me dejaban completamente frío, pero, en realidad, atraído eróticamente por ella. No le declaré mis sentimientos, primero porque siempre he sido tímido, y también porque estaba comprometida con otro. Pero fue ella misma la que rompió el hielo de una forma bastante original.

En aquella época había un libro, traducido del inglés, que estaba muy de moda entre la juventud de las escuelas rusas. Observaré, de paso, que sigue estando de moda todavía hoy, ya que los intelectuales rusos son muy constantes en sus predilecciones librescas (leen todavía la obra de Buckle como si la hubiese escrito ayer) y son capaces de apasionarse simultáneamente por las opiniones más encontradas, por Marx y Nietzsche, por Bebel y Weininger, por Tolstoi y Bernard Shaw, no por una grandeza de miras, sino a causa de una falta de claridad en las ideas, del carácter caótico de la mentalidad rusa y también de una gran idolatría por todas las celebridades y autoridades intelectuales: así como las personas religiosas encuentran siempre la manera de conciliar los textos sagrados más contradictorios, también los rusos acaban siempre prestando las mismas opiniones (las suyas propias) a los hombres célebres cuyas opiniones son más divergentes, e interpretan, por ejemplo a Nietzsche en el sentido del comunismo revolucionario y de la socialdemocracia. Pero dejemos esto. El libro del que estoy hablando se titulaba, creo: *Elementos de la ciencia social. Miseria, prostitución, celibato*. El anónimo autor se autodeclaraba doctor en medicina. En Rusia se creía que era un hijo del célebre Robert Owen. Esta obra contenía nociones sobre los fenómenos sexuales y recomendaba a los jóvenes de ambos sexos comenzar muy pronto el comercio carnal, practicando el neomalthusianismo para evitar los embarazos.

Había recetas neomalthusianas prácticas: empleo de la esponja, etc. Este libro estaba prohibido en Rusia, pero, publicado en ruso en el extranjero, circulaba por todas partes clandestinamente y la mayoría de colegiales y colegialas lo leían, a veces desde los trece o catorce años, y a menudo aplicando sus consejos. Había leído aquel libro hacía tiempo cuando un día lo vi sobre la mesa de Nadia (llamaremos así a la novia del «nihilista»). Esta joven vivía en casa de una tía, pero ocupaba una habitación independiente donde sólo dejaba entrar a sus amigos: su tía no entraba nunca ni tampoco ningún pariente. Como es natural, ella entraba y salía a su antojo. Muchas colegialas rusas disfrutaban de la misma libertad en sus familias. Nadia me preguntó si había leído aquel libro. Respondí afirmativamente, pero añadí que, como hacía ya mucho tiempo, volvería a leerlo con gusto. Entonces me lo prestó. Cuando se lo devolví, entabló una conversación sobre las ideas que contenía. Me dijo que la abstinencia sexual estaba condenada por la razón y la ciencia, luego me dijo que había mantenido relaciones sexuales con su novio antes de que le detuvieran, aplicando los medios preventivos contra la concepción y que ahora sufría su obligada abstinencia, tenía sueños eróticos con poluciones nocturnas que la dejaban muy cansada. «Fíjate», añadió, «también ahora, hablando contigo de estas cosas, siento la excitación sexual». Y después de meter una mano bajo sus faldas, la retiró mostrándome sus dedos mojados. «También tú, prosiguió, debes de sufrir por tu vida antinatural» (creía que vivía en la abstinencia). Al preguntarme si me masturbaba y al recibir mi respuesta negativa, me dijo que mi castidad podía hacerme mucho daño, llevarme a la locura. «Es por eso», dijo, «que tienes tan mal aspecto, un aire tan enfermizo». Finalmente, me propuso tener con ella relaciones sexuales, lo que haría, según Nadia, un gran bien a su propia salud y a la mía. «Yo», decía la joven, «sigo siendo moralmente fiel a mi novio, no le abandono y le seguiré a Siberia, pero mientras tanto la higiene exige que satisfaga mis necesidades físicas y mi propio futuro marido tiene todo el interés en que su mujer esté bien. En cuanto a ti, esto te

devolverá la salud y te evitará recurrir a las prostitutas». Naturalmente, acepté sus proposiciones: no deseaba otra cosa, aunque por razones que nada tenían que ver con la higiene.

Nadia me pidió que corriese las cortinas de las ventanas y que le diese la espalda durante unos minutos. Cuando me permitió darme la vuelta estaba en la cama, después de haber introducido en su vagina, siguiendo las prescripciones del autor inglés, una esponja como preservativo. Entonces yo también me desvestí, me tendí en la cama junto a Nadia, y así fue cómo empezaron nuestros pasatiempos «higiénicos».

Nadia tenía un físico bastante agradable: cabellos rubio ceniza, ojos grises expresivos, facciones bastante regulares, salvo los labios demasiado gruesos. Era bien proporcionada, de estatura media, con gruesas nalgas y muslos. Sus senos, en cambio, eran pequeños, las partes sexuales bonitas y frescas, con un vello moderado, la vagina estrecha. Jamás he tenido relaciones sexuales con una mujer tan sensual como Nadia y que me daba tanto placer físico. En ella el orgasmo llegaba enseguida, con facilidad y era prolongado, el espasmo venéreo se renovaba a breves intervalos, manifestándose con una gran intensidad. Durante el coito se contorsionaba en todas direcciones, suspiraba, gemía, jadeaba, lanzaba exclamaciones incoherentes y gritos, sus miembros sufrían convulsiones y se ponían rígidos catalépticamente, su vulva se contraía violentamente e incluso, durante el paroxismo del placer, de una forma dolorosa para mi pene; su rostro adquiría entonces una expresión de agonía, se velaba de una lividez terrorífica. Algunas veces el paroxismo de la voluptuosidad acababa en un ataque de nervios que, al principio, me espantaba, pero que pasaba enseguida: se reía histéricamente, lloraba, se debatía, etc. Las secreciones voluptuosas de Nadia eran muy abundantes, hasta correr sobre las sábanas de la cama y dejar grandes manchas; la erección del clítoris, de los grandes labios y de las demás partes sexuales era perceptible al tacto, así como el calor creciente de la vulva congestionada, cuyos tejidos se dilataban volviéndose más rojos. Todo el bajo vientre tenía

movimientos convulsos. Nadia no era sabia en materia erótica; sólo conocía el coito normal en la postura corriente. Aprovechando mis experiencias y mis lecturas, le enseñé toda clase de refinamientos. Le hice conocer el beso *more columbarum* y el *cunnilingus* que le gustó mucho y que acabó prefiriendo al coito. Yo la excitaba con toda clase de manipulaciones mamarias, clitoricas, anales, vaginales. Ensayamos todas las posturas imaginables del coito: el coito por detrás o *more ferino*, el coito de pie, en fin todas las *figurae Veneris* que podíamos inventar o que yo conocía por los libros o por los dibujos obscenos. Copulamos sobre todos los muebles (sillas, canapés, incluso sobre una mesa, como habíamos leído en *Pot-Bouille*), y en el suelo sobre una alfombra y almohadones. Una vez, Nadia asomó la parte superior de su cuerpo por la ventana hacia la calle, dejando el resto de su cuerpo detrás de las cortinas corridas, mientras yo la copulaba por detrás, *more ferarum*. Cuando nos veíamos primero solíamos leer alguna obra lasciva, los cuentos de Boceado, por ejemplo, o las novelas naturalistas francesas; cuando ya estábamos lo bastante excitados por la lectura, nos desvestíamos y hacíamos el amor. Guiado por los libros, se me ocurrió la idea de practicar con Nadia el *coitus inter mammas* y la *irrumatio*; mientras yo trabajaba sus órganos sexuales con la boca y la lengua, ella cogía mi pene en su boca y hacía la *fellatio*. Como yo le había explicado que las mujeres se introducían en la vagina diferentes objetos, me pidió que la masturbase metiéndole velas, llaves, lápices, barras de lacre, etc., en la vagina. Le dije que el cosquilleo del orificio de la uretra debía de resultar particularmente agradable para las mujeres (así lo había leído); más tarde, me autorizó a excitarle la uretra con diferentes objetos afilados, por ejemplo con horquillas de concha para el pelo. Nadia no sabía absolutamente nada de la pederastia; le expliqué cómo se llevaba a cabo el coito entre varones. Cuando le dije que había individuos que gozaban cuando les introducían el pene en el ano, el hecho le interesó tanto que me preguntó si no podía practicar con ella la *paedicatio*. Accedí a su deseo y sólo pude consumir el acto con gran esfuerzo y tras numerosos

intentos infructuosos. Esta forma de copulación agradó a Nadia, aunque al principio el acto le resultó doloroso. A partir de entonces, practicamos la *paedicatione* bastante a menudo. Nadia decía que no era lo mismo que el coito vaginal, pero que era agradable «para cambiar». A propósito de las relaciones homosexuales, me contó que una vez había dormido, no en la misma cama, sino en la misma habitación, con una joven, hija de un rico comerciante de Moscú, y que esta joven se introdujo en la cama de Nadia, puso su mano en sus órganos sexuales y quiso acostarse sobre ella en postura de coito; Nadia, sin comprender nada de todo aquello e indignada, la echó de su cama, a pesar de las súplicas de la joven moscovita que le decía que, en su ciudad, todas las jóvenes de su clase hacían lo que Nadia no quería que le hiciesen. A pesar de estas explicaciones, Nadia creyó que la moscovita estaba loca y yo fui el primero en hacerle saber que las relaciones homosexuales, en efecto, eran bastante comunes en algunos ambientes. Unos años más tarde, por lo que me han dicho, la propia Nadia se entregó a estas prácticas.

Si le enseñé a mi compañera de cama diferentes refinamientos eróticos, no fue sólo por lujuria, sino también porque a menudo me veía obligado a masturbarla de diferentes maneras, al no tener la fuerza suficiente para satisfacerla con el coito. Nadia, en efecto, tenía un apetito sexual desmesurado, que superaba mis fuerzas. Copulábamos varias veces durante la noche; a veces ella me despertaba durante la noche o al amanecer para renovar el coito. Cuando me sentía demasiado exhausto, la satisfacía con diferentes manipulaciones y sobre todo con el *cunnilingus* que le gustaba particularmente. Todos estos excesos, que yo sepa, no le hicieron ningún daño a su salud, pero la mía se vio perjudicada. Lo que más me inquietaba era el debilitamiento de la memoria; tal vez fuese una simple apariencia, debido a que los libros me interesaban cada vez menos y era incapaz de fijar mi atención en las materias estudiadas.

Mis entrevistas con Nadia eran frecuentes; pasaba la mayor parte de las noches en su cama y no volvía a mi casa

hasta por la mañana, a veces sólo para coger los libros que me llevaba a la escuela. Mi padre no podía ignorar que llevaba una vida irregular, pero se mantenía fiel a sus opiniones que le prohibían interferir en la conducta de los jóvenes; además, en aquella época estaba excesivamente preocupado por sus propios asuntos económicos, que no iban bien.

Recuerdo que, acostado con Nadia durante la noche, oía a veces, a través de la pared, el ruido de un hipo formidable, con entonaciones histéricas y casi alaridos. Nadia me explicó (lo había sabido por las criadas) que aquellos ataques verdaderamente monstruosos de hipo se apoderaban de su vecina, una joven polaca, cada vez que gozaba durante el coito con su marido. Cada uno de estos ataques duraba más de media hora. Afortunadamente para nosotros, la joven polaca se fue al poco tiempo de aquella casa. Ya he dicho que la propia Nadia tenía a veces Crisis histéricas después de un coito (o de una sesión de *cunnilingus*) particularmente voluptuoso; pero eso sólo ocurría de vez en cuando.

Mi relación con Nadia duró unos diez meses. Después del proceso y la condena de su novio, se casó con él y le siguió a Siberia. Fue condenado a ocho años de exilio, pero, tras una serie de conmutaciones de pena, sólo permaneció en Siberia tres años y medio, y además viviendo en libertad en una ciudad bastante agradable. Más tarde, regresó a Rusia, pero sin Nadia, que le había abandonado al cabo de pocos meses de casarse y hacía tiempo que había regresado a Kiev con un amante. A partir de ahí tuvo muchas aventuras, que por otra parte no tenían nada que ver con la política.

Yo me sentía fuertemente atado a Nadia, pero por una pasión puramente física. La prueba es que, cuando tuvo que abandonarme, sentí mucha pena porque con ella perdía una fuente de grandes placeres, pero no tuve celos por su próxima boda. En cuanto a sus sentimientos hacia mí, todo lo que me decía era que le resultaba «simpático». Después de su marcha, tuve enseguida otros amoríos del mismo estilo, es decir puramente sensuales y sin «buenas intenciones».

Ya he dicho que abandoné definitivamente la escuela a los

diecinueve años y medio, a causa de mis fracasos escolares; hay que añadir otra razón, el quebrantamiento de mi salud. No tenía ante mí ningún futuro, no sabía si algún día sería capaz de ganarme la vida. Mi padre estaba muy apenado y no sabía qué decisión tomar. Podía entrar en la carrera militar; pero, aparte de que en aquella época me era antipática, mi salud no me lo permitía. Y a quienes no han terminado los estudios secundarios, todas las demás carreras «decentes» les están vedadas en Rusia. Una feliz coincidencia me ofreció una salida. Precisamente en aquel momento, un tío al que no habíamos visto desde hacía años fue a establecerse a Kiev y le propuso a mi padre llevarme a Italia e interesarme en sus negocios.

Acepté esta proposición con alegría. Cualquier ocasión de desplazamientos, de viajes, era bien recibida por mi melancolía... Y estaba contento de abandonar mi medio habitual donde sufría la humillación de sentirme un fracasado. ¿Y sobre qué imaginación joven el simple nombre de Italia no ejerce un poder mágico? También soñaba con la belleza tan celebrada de las mujeres italianas, con las innumerables ocasiones de amores fáciles que suponía poder encontrar en el país de la voluptuosidad. El trato convenía pues a todo el mundo y me fui con mi tío a Milán. Tenía exactamente veinte años. El clima nos decepcionó un poco, encontrando en Milán un tiempo muy frío, incluso nieve y fuertes heladas. Pero nos aseguraron que duraría poco. Siguiendo el consejo que nos dieron, nos trasladamos a orillas del lago de Como donde el invierno parece primavera; desde nuestro hotel íbamos a menudo a Milán en diez minutos de barco de vapor o en una hora de tren. Mi tío me presentó a sus corresponsales comerciales, les rogó que me guiaran con sus consejos y después de colocarme, siguiendo sus indicaciones, como pupilo en casa de una familia italiana en Milán, regresó a Rusia. Gracias a mi tío y a los industriales que llegó a conocer (al no saber italiano, hablaba con ellos en francés: esta lengua está muy extendida en Milán), obtuve el permiso de visitar los talleres, de seguir unos cursos de sericultura, etc. Me puse a estudiar italiano con verdadero

placer.

Desde que me fui de Kiev, vivía en la abstinencia. Las necesidades eróticas se dejaban sentir, pero, contrariamente a lo que me esperaba, no encontraba el medio para satisfacerlas. Vivía con la familia de un funcionario italiano cuya mujer, francesa de origen, era una persona macilenta y seca sin el menor atractivo sexual para mí, además de sería y entregada a las tareas de su hogar y de sus hijos. Tenía un niño y dos niñas, de las que la mayor tenía doce años. Así pues, no podía esperar ninguna aventura amorosa de la casa donde vivía. Conocí a numerosas familias italianas, pero enseguida vi que, de allí, tampoco cabía esperar nada. En efecto, en Italia las jóvenes no gozan de la libertad de movimientos que hay en Rusia, sólo salen acompañadas de sus madres, no reciben a los hombres solas... Sólo podía cortejar a una joven si tenía «buenas intenciones», es decir si iba en calidad de novio oficial; podía, eso sí, intentar seducir a la joven a escondidas, pero esto, por una parte, era bastante difícil materialmente, y por otra parte, aquí tenía un carácter de gravedad que no tienen las relaciones ilegítimas en Rusia; como empezaba a comprender el carácter de las costumbres italianas, una acción de ese tipo me repugnaba moralmente. Veía que, en este país, conducir a una joven a mantener relaciones sexuales extramatrimoniales, era realmente «perderla», «deshonrarla», lo que no ocurre en absoluto en Rusia donde, bajo un régimen despótico, las costumbres son muy liberales. En cuanto a las señoras casadas que llegué a conocer, unas, demasiado mayores para mi gusto, no me atraían, otras estaban vigiladas desde muy cerca por sus maridos, otras por último no parecían dispuestas a secundar mis tímidas insinuaciones. «¡Y dicen que las italianas son tan apasionadas!» me decía con asombro. A causa del carácter relativamente cerrado de la familia italiana, de la autoridad despótica del marido, del temor a las chismorrerías de los vecinos, etc., no es fácil encontrar ocasiones de estar a solas con las mujeres de la burguesía media italiana. En este medio el adulterio requiere una cierta audacia, una cierta habilidad por parte del amante que, en cualquier caso, debe

desempeñar el papel activo, ofensivo. Y yo era tímido con las mujeres y ya no tenía la edad necesaria para hacerles creer que me *ilustraban sexualmente*. En una palabra, con las señoras milanesas que llegué a conocer (no demasiadas, por otra parte), no pude encontrar la más mínima ocasión de transgredir el sexto mandamiento. ¡Estas cosas son siempre fáciles en las novelas y en los cuentos, pero la realidad es muy distinta!

Ni siquiera pensaba en las prostitutas, por miedo a una infección venérea. Por lo que se refiere a las hijas del pueblo, a las trabajadoras, me decía que las que estaban corrompidas eran tan peligrosas para la salud como las prostitutas y, en cuanto a corromper yo mismo a una joven inocente, mis sentimientos morales no me lo habrían permitido, a pesar de que habría estado dispuesto a afrontar todas las consecuencias más o menos enojosas que el asunto pudiese acarrear: desesperación de la víctima, reclamaciones justificadas de los padres, etc. Por nada del mundo habría querido cometer una mala acción y, por otra parte, me decía que cualquier joven que hubiese podido poseer sin cometer una mala acción podía estar contaminada. Lo que me contaban sobre la corrupción de las masas obreras milanesas no era para tranquilizarme. El medio teatral subalterno, tan numeroso en Milán: coristas, bailarinas, cantantes de café-concierto, etc., era siempre, ya lo sabía, prostitución, era el medio en el que las enfermedades venéreas estaban justamente más extendidas. Habría intentado tener una amante chic, una «querida», si mis medios materiales me lo hubiesen permitido: pero mi presupuesto me prohibía tajantemente recurrir a ese medio.

Por más que me rompiese la cabeza, no encontraba ninguna solución. Pero pasaba el tiempo y empezaba a acostumbrarme a la abstinencia. El instinto erótico reprimido, en lugar de exasperarse, se calmaba, lo que no dejaba de sorprenderme. Los libros de medicina que había leído me hacían pensar que mi total abstinencia podía tener terribles consecuencias; pero éstas no se producían y mi salud física parecía fortalecerse. Mi energía moral también parecía

renacer, empezaba a interesarme realmente por el arte y el estudio. Las tentaciones me asaltaban a raíz de determinadas lecturas, a la vista de ciertas imágenes, de un *ballet*, etc., pero como no sabía qué salida darle a la revolución de mi carne, mis deseos se apaciguaban poco a poco. Seguía sin masturbarme, pero tenía poluciones nocturnas que me aliviaban y me resultaban agradables. Sentía un creciente interés por la industria, por las aplicaciones de la electricidad, asistía a varios cursos técnicos. Aproximadamente un año después de mi llegada a Milán, mi padre me anunció la quiebra de mi tío y el cierre de su fábrica, con lo que nuestros planes de futuro se fueron a pique. Escribí a mi padre diciéndole que a pesar de todo quería quedarme en Italia para ser ingeniero y reanudé mi trabajo con gran energía. Me preparé para la *licenza ginnasiale* y para la *licenza liceale*, y, tras obtener el derecho a entrar en una universidad, me trasladé a Turín donde asistí, en la universidad, a los cursos de la sección de ciencias matemáticas y físicas. Luego volví a Milán para seguir cursos prácticos de física y de química industrial. A los veintisiete años era ingeniero. Al haber encontrado una buena situación en una gran empresa eléctrica, no veía ninguna razón para volver a Rusia. Por lo demás, mi padre viajaba de vez en cuando a Milán para venir a verme; era feliz por el hecho de que mi vida se hubiese orientado de una forma inteligente y atribuía el fenómeno a la influencia saludable de la Europa occidental, tan distinta del ambiente mórbido y desequilibrado en el que viven las clases intelectuales de la desdichada Rusia.

Viví en castidad absoluta desde los veinte a los treinta y dos años. Al principio la abstinencia me pesó, luego me acostumbré y dejé de pensar en las mujeres. Como contrapartida, mis ocupaciones y mis lecturas profesionales, las charlas con personas instruidas e inteligentes, tan numerosas en Milán, me hacían la vida interesante. Mi salud ahora era bastante buena; seguía siendo nervioso y tenía el pecho delicado, pero la tuberculosis ya no representaba una amenaza, contrariamente a lo que me ocurría, según los

médicos, cuando me fui de Rusia. Las poluciones nocturnas eran cada vez más raras; al principio se producían una vez por semana, después una vez cada dos semanas, finalmente, hacia los treinta años, una vez cada veinte días o cada mes. Estaban siempre acompañadas de imágenes de los órganos sexuales de la mujer; generalmente, soñaba que iba a copular y la eyaculación tenía lugar antes de la ejecución del acto; a veces, sin embargo, realizaba en sueños el acto completo y la eyaculación se producía al final. En este caso sentía una satisfacción más completa. A veces me despertaba antes de la eyaculación y trataba de volverme a dormir para prolongar la visión voluptuosa, lo que no siempre conseguía. Pero entonces solía tener una eyaculación la noche siguiente, siempre acompañada de imágenes voluptuosas. Después de lecturas eróticas, tenía poluciones fuera de los períodos normales. Contrariamente a lo que había leído en los libros, he visto en mi propia experiencia que el instinto sexual se sobreexcita cuando más se le satisface, y se apacigua, se calma, cuando se presta menos atención a sus requerimientos. Parece raro, pero eso es ni más ni menos lo que pasa. Cuanto más a menudo se practica el coito más se desea repetirlo; lo comprobé en mis relaciones con Nadia; era después de varios coitos seguidos y extenuantes cuando el deseo se hacía más acre, más agudo, a medida que se me hacía más difícil satisfacerlo. Y el coito normal ya no satisface a la imaginación calenturienta: se busca toda clase de refinamientos, de perversiones. En esto no soy una excepción, todos los hombres me han dicho que han sentido lo mismo. Cuando se ha comido bien, el apetito desaparece. En cambio, cuanto más voluptuoso ha sido el coito, más aprisa se despierta el deseo de una nueva satisfacción sexual, después de la cual el deseo sólo se apagará durante unos instantes, para renacer enseguida con mayor fuerza.

En los animales, no debe de ser así. ¡Qué grande es el poder de la imaginación en la vida sexual del hombre! Es un verdadero veneno afrodisíaco. No hay ninguna relación entre la intensidad del prurito producido por la repleción de los vasos espermáticos, ni por la tendencia que resulta de ello, y

la violencia infinitamente mayor de la excitación y del deseo provocados por las imágenes voluptuosas. Hay ahí alguna *asociación demasiado íntima* y penosa de funciones neurocerebrales distintas que, en el interés de nuestro equilibrio psíquico, estarían, si nuestra organización fuese más perfecta, más diferenciadas, mejor aisladas una de otra. ¡Otra falta de armonía de la naturaleza! La máquina prodigiosamente complicada del cerebro se desvía parcialmente de sus verdaderas funciones e interviene en el juego de los órganos, que prescindirían de una intromisión tan frecuente y que tantas turbaciones conlleva, como esos gobiernos que a fuerza de intervenir en todo momento en las relaciones entre los individuos, no hacen más que falsear la marcha de la vida social. La imaginación ejerce en las funciones sexuales un verdadero abuso de poder, excede sus propias atribuciones de utilidad biológica. ¿Qué utilidad hay, en efecto, en que se desee violentamente el placer venéreo cuando se ha gastado todo el espermatozoide del que se disponía y cuando se está agotado? Y sin embargo es algo muy corriente: ¡sin eso, no se harían excesos!

Si me permito tener una opinión particular sobre la *geschlechtliche Aufklärung* es porque he observado el papel importantísimo de la imaginación en el desarrollo de la libido. Sé que pronuncio una herejía terrible, una paradoja que va en contra de la opinión de la inmensa mayoría de mis contemporáneos, y que me sublevo contra todas las autoridades científicas, pero me resulta difícil creer que la *geschlechtliche Aufklärung* sea el mejor medio de preservar a los niños de un erotismo precoz. He observado en efecto que el despertar del instinto sexual tiene a menudo, en el niño, un punto de partida puramente mental. Fue un libro científico el que hizo nacer en mí por primera vez el deseo genésico, la *libido*, y conozco muchos casos análogos. Muchos niños, en lugar de consumirse con deseos libidinosos, pasarían el rato jugando a muñecas o a bolos si no les hubiesen explicado «cómo se hacen los niños»; como esa joven que usted mencionaba en uno de sus libros y que, de alguna forma, se masturbaba con ensoñaciones eróticas desde los doce años,

edad en la que una señora casada le había explicado que «el amante orina en la amante». El erotismo puede encontrarse en el organismo del niño durante mucho tiempo en estado latente, potencial. La revelación sexual desencadena ese mecanismo inactivo, pone en funcionamiento la imaginación, y la actividad sexual se desarrolla rápidamente. Hablo sobre todo del erotismo anterior a la pubertad, ya que, a partir de la pubertad, tal vez sea imposible retrasar por la ignorancia el desarrollo de la libido (aunque tengo mis dudas, cuando veo que, en algunos países, los jóvenes mantenidos en la ignorancia sexual permanecen castos durante mucho tiempo, mientras que en otros, como Francia e Italia, lo saben todo enseguida, y, también enseguida, se entregan a los excesos sexuales. Pero la cuestión es compleja y no quiero insistir). No hay que olvidar que las imágenes y las ideas que no ejercen ninguna influencia erótica en el adulto (nociones anatómicas y fisiológicas, etc.) pueden excitar violentamente a un niño. Basta ir a las bibliotecas públicas donde se admiten niños y echar un vistazo al estado de las páginas de los diccionarios enciclopédicos relativas a los fenómenos sexuales. ¡Y si las leen con tanta pasión ciertamente no es por amor a la ciencia!

Mi experiencia también me ha enseñado que la actividad de la imaginación es la única que hace difícil la abstinencia. Si por alguna circunstancia la imaginación se aparta de las cosas sexuales, se reprime fácilmente la excitación puramente física. Esa es también la razón de que la abstinencia le resulte mucho más fácil a un hombre virgen que a uno que ya conoce a las mujeres: el recuerdo presenta al segundo *imágenes* demasiado vivas y demasiado concretas. En ningún otro lugar la importancia del *primer paso* es tan importante como en la actividad sexual que, en la especie humana, se ha impregnado prodigiosamente de factores psíquicos.

Mis once años de castidad fueron los más felices de mi vida o, para ser más precisos, los menos infelices. Porque me faltaba algo y sólo habría sido feliz (¡quizá!) si me hubiese casado (*bien* casado, naturalmente). Aspiraba a la boda no tanto para poder satisfacer sin peligro ni preocupaciones mis

necesidades corporales, como para obtener la satisfacción de mis necesidades afectivas. Pero la ocasión no se presentaba. Finalmente, a los treinta y un años, conocí a una joven italiana de veintisiete años, que me convino, me gustó, y a la que yo también le gusté. Enseguida nos hicimos novios. Pero, debido a circunstancias materiales, no teníamos prisa en casarnos y entonces intervinieron incidentes desafortunados que destruyeron mi esperada felicidad. La dirección de mi empresa me envió a Nápoles, para estudiar la eventual instalación de una central eléctrica y la conducción, igualmente eventual, de las fuerzas motrices cuya fuente se encontraba en las montañas vecinas. Era la primera vez que pisaba aquella ciudad, la más voluptuosa, creo, de toda Europa, sin exceptuar Munich, París ni Berlín. La ciudad se distinguía por un gran tráfico de niños y niñas, hecho a la luz del día: compras algo en una tienda y el vendedor, a veces de aspecto respetable, te propone enseñarte una niña de doce años, de diez años, de ocho años. Numerosos intermediarios abordan por la calle a los extranjeros recomendándoles distintas mercancías o incluso niños. Familias que no están en la miseria, que tienen una cierta posición, pequeños tenderos, pequeños empleados, sastres, zapateros, etc., trafican así con sus hijas impúberes. Por un precio moderado, 20, 30 o 40 francos, sólo está permitido *divertirse* o *jugar* con ellas; si se las quiere *desflorar*, el precio es más elevado, varios cientos o hasta mil francos, según la posición social de la familia. Si se tiene dinero, a veces se puede obtener esta satisfacción, incluso en las familias completamente «decentes» en apariencia. En el teatro, estás admirando a una señora elegante, rodeada de su familia, en su palco. Al observar tu entusiasmo, tu vecino de butaca te dice que esa señora podría conseguirse por un precio no demasiado alto y te propone hacer de mediador para llevarte hasta ella. Los napolitanos son una población eminentemente práctica: le sacan dinero a todo, excepto al trabajo; ¡esta última fuente de ingresos no les dice nada que valga la pena! El gran teatro de San Carlo tiene un gran *ballet* que se representa independientemente de las óperas. Varios cientos de niños de ambos sexos forman

parte de la compañía de este *ballet*; es una vasta institución de prostitución infantil.

Dos o tres días después de mi llegada a Nápoles, me abordó un individuo en la plaza Cario insistiendo en enseñarme cosas «verdaderamente interesantes». «No le engaño», me decía, «soy un perfecto *gentleman*, *io sono un galantuomo*, le enseñaré cosas que no vería en ninguna otra parte; podrá presumir de haber aprovechado el tiempo en Nápoles, tendrá un tema de conversación con sus amigos. Le llevaré a una familia muy honrada, *una famiglia onestissima*, gente de bien, *gente dabbene veramente*; tienen dos niñas que podrá ver y tocar desnudas, pero sin acostarse con ellas, salvo que llegue a un arreglo especial con los padres. Son dos niñas de quince y once años, dos preciosidades, y el precio es muy moderado, son 40 francos. ¿No quiere? Bueno, 35 francos, ¡30 francos y una propina para mí!».

Acicateado, por una parte, por la airocidad del observador de las costumbres, y excitado por otra por el aguijón carnal en este ambiente de lujuria, para mi desdicha, me dejé tentar.

Subimos al piso de estos padres prácticos. En la placa de la puerta se leía «Fulano de tal, *avvocato*». A juzgar por la casa y el mobiliario, se trataba, en efecto, de gente *bien*, ya que no de gente *de bien*. Todo llevaba el sello del desahogo económico. La madre vino a *venderme el artículo*, subió el precio afirmando que el mediador se había equivocado, a continuación llamó a las niñas. La audacia de sus miradas demostraba a las claras que no eran novicias. Esto tranquilizó un poco mi conciencia. Para calmarla, me decía: «No corrompo a nadie. Si se me puede acusar de favorecer el tráfico de menores, es en la misma medida en que cualquier hombre que paga a una prostituta favorece la enfermedad social de la prostitución. Yo no podría cambiar el destino de estas niñas, a menos de provocar un gran escándalo público, ¿y quién sabe si eso tendría para ellas consecuencias felices, quién sabe también qué sesgo adquiriría el asunto para mí, sobre todo en una ciudad como Nápoles donde los poderes públicos suelen ser los compadres de los criminales, donde la policía es evidentemente cómplice de los traficantes de carne

humana? ¡Concedámonos un momento de placer que, a fin de cuentas, no hace daño a nadie! ¡Tampoco tengo por qué regenerar a la Babilonia italiana!». Me dejaron solo con las dos niñas. Tenían, efectivamente, una quince años y la otra once, y eran la perfecta encarnación del tipo napolitano: grandes ojos negros, facciones delicadas y regulares, la tez del rostro de un hermoso tono oliváceo. El cuerpo torneado, los órganos sexuales encantadores, «frescos como una boca infantil». La mayor tenía un vello poco abundante en el pubis, la pequeña tenía exactamente dos pelitos, bastante largos por otra parte. Las dos eran vírgenes, pero con una amplia experiencia erótica. Me dijeron que veían sobre todo a ingleses. Observé de pasada que la prostitución infantil en Nápoles hasta hace poco vivía principalmente de ingleses, ya que los italianos no eran lo bastante ricos para esta dispendiosa depravación. Actualmente, la clientela alemana se halla en franca ascensión, sobre todo por lo que se refiere a la pederastia: los niños napolitanos gozan en Alemania de una gran reputación y el asunto Krupp les ha hecho propaganda.

Las dos niñas eran dos redomadas marisabidillas; me dieron informaciones sobre la pederastia y el amor lésbico en su ciudad, ellas mismas practicaban este último entre sí y con las amigas, habían asistido a copulaciones refinadas (entre otras, al coito de una mujer con un perro, de un hombre con un pato, al que le cortó el cuello durante el acto: también era un inglés; a coitos combinados de varias personas en *pirámide*), habían posado para fotografías obscenas, etc. Las dos eran muy sensuales, pero, cosa curiosa, la pequeña todavía lo era más que la mayor: tenía unos orgasmos violentos, con un rostro de agonizante y secreciones abundantes, adoraba las conversaciones, fotografías y lecturas obscenas, ejercía sus talentos eróticos con pasión. Cuando iba a su casa, su rostro irradiaba felicidad y recuerdo su aire profundamente contrariado e infeliz cuando, un día, por economía, dije que me conformaría con la mayor: cuando, después de la sesión con su hermana, salí de la habitación, vi a la pequeña sentada en una silla frente a la

puerta, escuchando, el rostro apenado, el cuerpo estremecido de deseo no satisfecho. Y qué alegría la vez siguiente cuando le tocó el turno a ella: se puso a bailar. Un día me dijo: Cuando oigo hablar de hombres, no puedo más, ¡me voy a la cocina!... —¿Por qué?, dije, sin comprender—. Pues para desahogarme con el dedo (*per isfogarmi col ditellino!*). Confesó también que sentía los deseos carnales más fuertes por la mañana, al despertarse. Le gustaba besar mi pene, por propia iniciativa e independientemente de la *fellatio*: así era como expresaba su amor por este órgano. No se cansaba de contemplar mis expansiones con su hermana. Las dos niñas me dijeron que, cuando iban a tomar baños de mar, practicaban la masturbación mutua bajo el agua con un niño amigo suyo. Yo practiqué con las dos niñas el *coitus in ore vulvae* (su placer preferido), la masturbación y el onanismo lingual (*cunnilingus*) que no era ninguna novedad para ellas; pero fueron ellas, desgraciadamente, las que me enseñaron una novedad: en cuanto nos quedamos solos, abrieron mi pantalón y sacaron mi miembro; ambas se prodigaron en exclamaciones admirativas sobre su tamaño y su grosor, la pequeña lo besó y luego se pusieron a masturbarme con los dedos. Aunque me resistí, lo hicieron tan deprisa y con tal ahínco que obtuvieron una eyaculación al medio minuto o al cuarto de minuto. Yo todavía no había practicado nunca el onanismo manual sobre mí mismo, ni había dejado que los demás lo practicasen sobre mí; no sabía por qué mecanismo, por qué movimiento de los dedos se obtenía en ese caso el orgasmo; la sensación fue nueva, acre y deliciosa, me pareció más agradable que la del coito. Y sin embargo estaba horrorizado, creyendo que iban a abalanzarse inmediatamente sobre mí toda clase de enfermedades. En la misma sesión, las dos niñas practicaron conmigo la *fellatio*, pero me procuró menos placer. La noche de aquel mismo día, solo en mi cama, rememorando las escenas voluptuosas en las que acababa de tomar parte, no pude impedir masturbarme yo mismo. Así nació en mí un vicio que iba a serme funesto.

Mi sangre estaba enardecida como durante la primera fogosidad de las pasiones precoces de mi infancia. No pude

evitar volver a casa de las pequeñas napolitanas y volver a menudo. El *coïtus in ore vulvae* que les gustaba tanto no me bastaba; les hacía entregarse a prácticas homosexuales, las sometía a *cunnilingus* y sólo me resistía blandamente a sus intentos de manipularme; tras una lucha simulada a medias, ellas se hacían con la victoria, entusiasmadas al ver mi esperma lanzado a una gran distancia. Al volver a casa, pasaba revista en mi fuero interno a las ardorosas escenas que acababa de presenciar y no podía impedir masturbarme de nuevo.

Mi embriaguez sexual aumentaba de día en día. Pronto conocí a otras familias «honorables» donde había niñas de diez, once, doce, trece años, también vírgenes y marisabidillas como las dos primeras y que, como aquéllas, desde la primera conversación me proponían hacer con ellas el «sesenta y nueve», *fare il sessanta nove*, empleando no sólo este término técnico, sino muchos otros. Hablaban de sus amores homosexuales, de las escenas eróticas a las que habían asistido, etc. Con ninguna de ellas practiqué el coito vaginal. También había jovencitas «de buena familia», de dieciséis a veinte años, vírgenes, con novio y que, sin duda para aumentar su pequeña dote, las madres dejaban ver desnudas a los extranjeros, permitiendo tan sólo los toqueteos superficiales, a veces el «69», pero las más de las veces sólo el *cunnilingus* o la simple masturbación manual. Con una de ellas, sólo se podía «farlo fra le coscie» (*coïtus inter femora*). Algunas de estas jóvenes se casaron, en efecto, después y antes de mi marcha de Nápoles, con funcionarios, negociantes, jóvenes médicos. Podían ignorarlo todo, ya que los padres tomaban siempre grandes precauciones para que el tráfico fuese secreto. Por lo demás, en Nápoles, ciudad de la *camorra*, nadie se mete en los asuntos ajenos cuando son turbios; al contrario, en este terreno reina la ayuda mutua más conmovedora, que se limita a veces a la conservación del secreto, a cuenta de ser pagado con la misma moneda. Pude conocer, entre otras, a una comadrona que tenía un amplio surtido de niñas impúberes. Como no tengo inclinaciones homosexuales, no me he preocupado de la prostitución

masculina en Nápoles. Una virgen de dieciséis años, con la que se me permitió «jugar» (sin coito, naturalmente), en el momento del paroxismo genésico, tenía flatulencias en la vagina, que hacían el mismo ruido que los «vientos» del recto; esto me recordó los versos de Marcial sobre los *fatui poppismata cunni*. ¿Es la contracción brusca y violenta de la vagina llena de aire lo que provoca estas flatulencias? También conocí, pero demasiado tarde para aprovecharme personalmente, a una extraña familia, muy conocida en Nápoles en aquella época. Eran las señoritas Bal... i, varias hermanas entre once y diecinueve años, ricas huérfanas a las que sus tutores dejaban vivir a su antojo (probablemente con fines interesados); rezumaban sensualidad por todos sus poros, recibían a los señores elegantes y se entregaban con ellos a todos los refinamientos sexuales. Hasta la más joven, la de once años, era una «gourmet» tan fina, que nunca se abandonaba a la lujuria dos veces seguidas con el mismo hombre; necesitaba una variedad y un cambio continuos.

¿Y mi novia? Avergonzándome de mi propia conducta, y no queriendo mentir, le escribía raramente y con frialdad. Se sintió herida y también ella me escribió secamente y poco a menudo. Sin embargo seguía estando convenido que nos casaríamos cuando volviese a Milán.

Después de haber permanecido casto durante tanto tiempo, me convertí o volví a convertirme en un disoluto, debido a una circunstancia puramente fortuita, el maldito viaje a Nápoles, y a la orientación perversa que recibió mi vida sexual. La costumbre que había adquirido de masturbarme se hacía cada vez más tiránica: se fortalecía con las frecuentes visitas a aquellas niñas que sabían hacer variar aquel placer de mil maneras. Entre otras cosas, me enseñaron un refinamiento que no conocía a través de los libros: provocaban en mí el orgasmo y la eyaculación mediante caricias bucales en mis pezones. (La niña de doce años que me hizo esto por primera vez con una habilidad consumada, había visto, según me dijo, a un hermafrodita y se excitaba mucho ante la idea de este fenómeno; me decía que a menudo soñaba con eso hasta el orgasmo). Estaba muy

asustado por haberme convertido en un onanista y me preguntaba si, con este vicio, tenía derecho moral a casarme. Por otra parte, habiendo leído en los libros de medicina popular que el coito es el mejor antídoto contra el onanismo, me decidí a intentar tener relaciones normales con una mujer adulta para hacer desaparecer mis nuevas inclinaciones. Me encontraron a una guapa bailarina del San Cario de unos veinte años. Después de las acres voluptuosidades en las que acababa de sumergirme, el coito normal me pareció un poco soso, casi insípido. Pero lo más triste era que, pocas horas después del coito, al pensar en él, era más voluptuoso en mi imaginación de lo que había sido en la realidad y no pude impedir masturbarme de nuevo, pasando revista en mi recuerdo a todos los detalles del acto realizado. Para mi gran desesperación, fue así varias veces seguidas. Pero un día tuve la alegría de saborear el coito normal con más fuerza de lo habitual y de no recaer a continuación en la masturbación. El fenómeno se repitió dos días después. Veía en ello el comienzo de mi curación psíquica y volvía a soñar con delicia en mi próxima boda. Pero la fatalidad me perseguía. Mi bailarina me contagió una violenta blenorragia. Los médicos napolitanos me curaron, probablemente mal, ya que una blenorragia crónica sucedió a una blenorragia aguda. Todos mis sueños de felicidad se desmoronaron. En efecto, retrasaba siempre la fecha de mi boda, al haber obtenido de la compañía eléctrica un permiso de convalecencia (había aducido una bronquitis), lo que me permitía seguir en Nápoles. Esto no dejaba de asombrar a mi novia. Tras varios aplazamientos, acabó escribiéndome para decirme que, en mi conducta, era difícil no ver por mi parte el deseo de romper y me pidió, en el caso de que esta suposición fuese un error, que contestase categóricamente en qué fecha iba a celebrarse la boda y que fijase esta fecha irrevocablemente, ya que, por mi culpa, empezaba a ser el hazmerreír de sus amistades: tantas veces había debido anunciar el aplazamiento de su boda. ¡Ay de mí!, no podía fijar una fecha definitiva, al no saber cuándo iba a desaparecer mi blenorragia crónica. Respondí pues evasivamente, a raíz de lo cual mi prometida

me escribió que me devolvía mi palabra, y me devolvió mis cartas rogándome que hiciese lo mismo con las suyas. Todo estaba terminado. Para mí fue un golpe terrible. Mi vida concluía en un fracaso.

Poco tiempo después, dejé Nápoles. No sin esfuerzo, pude recuperar mi puesto en la compañía, pese a mi prolongada ausencia. Lo necesitaba realmente, pues en Nápoles me había gastado todos mis ahorros. Ahora era muy distinto del hombre que se fue de Milán. En primer lugar, era un masturbador curtido. Aproximadamente un año después de abandonar Nápoles, cuando, según los análisis clínicos, ya no había trazas de gonococos en mis secreciones uretrales, reanudé las relaciones sexuales con las mujeres, ya liberado de mi antiguo pánico por la infección. No utilizo los preservativos mecánicos, porque creo que perjudican el placer, pero tomo otras precauciones (insuficientes según los médicos) y busco mujeres que presenten una cierta apariencia de garantía, «fulanas limpias», pero en estos casos la garantía absoluta no existe nunca; así pues, contraigo una nueva blenorragia. Durante un tiempo tuve una querida, pero no duró mucho; soporto difícilmente una relación prolongada con mujeres de esta categoría, me son demasiado antipáticas moralmente. ¡Qué cosa más extraña! Si actualmente practico el coito, no es por sí mismo; no me satisface suficientemente, es para poder masturbarme después, excitando mi imaginación por el recuerdo de aquel mismo acto, que repaso mentalmente en sus menores detalles. Por eso copulo normalmente durante el día y me masturbo la noche siguiente en mi cama. El coito se ha convertido pues para mí en una especie de fetiche o en el símbolo de la masturbación; es un simple excitante o estimulante de la imaginación, como una lectura pornográfica o una imagen obscena; en sí mismo no vale nada. Sólo me resulta realmente agradable en el recuerdo, en la idea, no en la realidad. Desde el momento en que copulo *más a menudo*, tengo que masturbarme *más a menudo*, en la misma proporción.

Por otra parte, se han desarrollado en mí dos malas pasiones. Desde mis aventuras napolitanas en las que paseé

mis ojos por tantos desnudos infantiles, la visión de los órganos sexuales de las niñas me excita extraordinariamente. Así pues he adquirido la costumbre de pasearme por los barrios populares y espiar a las niñas que muestran su vulva, levantándose las faldas y abriendo su pantalón cuando orinan o cuando están jugando. Para que llegue a excitarme, la niña tiene que tener seis o siete años por lo menos. Cuanto mayor es, mayor es mi excitación. Al volver a casa, pienso en aquellas escenas y me masturbo. He podido observar en los paseos públicos a numerosos caballeros cuyas actitudes revelaban idéntica pasión. Una vez vi una escena que me dejó pasmado y que aún no logro explicarme. Llevaba un rato parado en la acera de una calle de Milán, no muy lejos de un grupo de cuatro niñas que jugaban sobre un montón de arena; las dos más pequeñas debían de tener ocho años, las mayores diez y once. Las estaba acechando desde hacía rato sin obtener ningún resultado, ya que a menudo hay que esperar mucho tiempo para sorprender un movimiento que descubra las partes ocultas y evitar a la vez llamar la atención de las niñas o de los transeúntes. Pero de pronto una niña, recogiendo arena, se agachó justo delante de mí levantando su falda hasta descubrir todo su vientre y su vulva. Al hacerlo, no me miraba y creí en una distracción, una negligencia, ya rara en una niña de esa edad. Pero el gesto era intencionado. Ya que unos minutos después, la misma niña volvió al mismo lugar, con sus tres compañeras, todas se agacharon delante mío, pero esta vez mirándome y, colocando sus dedos sobre sus clítoris, se pusieron a orinar juntas. Luego se levantaron y se marcharon riéndose. ¿Qué significaba esta escena? ¿Comprendieron las niñas lo que buscaba y me ofrecieron este espectáculo para complacerme? ¿O era para burlarse de mí? ¿O era una especie de desafío, un gesto de desprecio para el degenerado que su precoz experiencia les permitía adivinar? ¿O, finalmente, no había segundas intenciones eróticas en todo aquello? Las niñas se sentían molestas al ver que un extraño observaba sus juegos y, para que se fuese, tal vez no habían hecho más que una incongruencia tan inocente para ellas como el gesto de sacar

la lengua... No podía saber cuál de aquellas explicaciones era la buena, pero aquella visión fugaz me conmovió profundamente y me obligó a masturbarme, en la habitación, no sé cuántas veces. Fue una de las emociones sexuales más fuertes de mi vida.

Hacia la misma época, tuve otra emoción del mismo estilo, igualmente fuerte. Me encontraba en un retrete y, a través de las persianas de la ventana de aquel reducto, veía lo que pasaba en el apartamento de enfrente, separado del retrete por un estrecho patio de luces; veía un balcón al que daba la puerta, abierta de par en par, de una habitación. En esta habitación había dos niños pertenecientes a las clases populares: una niña que no tendría más de tres años y un niño que no tendría más de dos. No me invento nada. El niño se quitó la camisa, acercándose a la niña, y le mostró su miembro bastante grande para su edad, y semierecto. La niña contempló el órgano durante un rato, con aire complacido, luego se levantó la falda y le mostró su vulva al niño. Después de lo cual, permaneciendo de pie, estrechó con fuerza el cuerpo del niño contra el suyo, frotando el pene contra la vulva y haciendo los movimientos del coito. Esto duró tres o cuatro minutos. A continuación la niña cogió al niño de la mano y le llevó al retrete cuya puerta daba al balcón. Permanecieron encerrados allí bastante tiempo. Yo seguía en mi puesto de observación para ver el final. La niña fue la primera en salir, dejando la puerta abierta; la entrada estaba orientada de tal manera que no podía ver qué hacía el niño al quedarse solo. Unos instantes después, una mujer del pueblo, sin duda la madre, entró en la habitación, se dirigió hacia el retrete, e hizo salir al niño pegándole con violencia. Probablemente le sorprendió mientras se masturbaba. Esta escena, precisamente por su rareza, me excitó extraordinariamente.

Mientras espía a las niñas para ver sus órganos sexuales, tuve ocasión de hacer muchas observaciones sobre los niños de las clases bajas. He podido constatar que, cuando no se creen observados, se divierten a menudo de una forma menos inocente de lo que suele creerse. A menudo juegan a

tocar los órganos sexuales del otro sexo. Una vez vi a un niño hacerle el *cunnilingus* a una niña; tendrían cinco o seis años, no más. Esto ocurría entre las barcas, en tierra, de un puerto de mar.

Mi otra mala pasión, adquirida en la misma época tan nefasta para mí, es una especie de exhibicionismo. Mi bailarina de Nápoles me dijo que uno de sus placeres favoritos era mirar a los hombres mear en los urinarios. No hay que olvidar que en Italia los urinarios suelen estar al aire libre, de manera que los transeúntes pueden ver fácilmente el pene de los hombres. «¿Desde qué edad te diviertes así?», le pregunté. «Pues desde que era pequeña, *da bambina!*». Esto llamó mi atención sobre un hecho que hasta entonces me había pasado por alto, es decir que las jóvenes, en Italia, al pasar frente a los urinarios ocupados, les dirigen miradas curiosas. Esta idea excitó mi imaginación. A partir de entonces, al satisfacer mis necesidades en un urinario público, me colocaba de forma que mi miembro pudiese ser fácilmente visto por los viandantes (cosa muy fácil, dada la construcción de los urinarios italianos). Y pude observar que muchas jóvenes acechaban este espectáculo y lo contemplaban con avidez. Las mujeres de una cierta edad no suelen prestarle atención.

Las *voyeuses* más apasionadas son las niñas entre los doce y los quince años. También he observado que son las jovencitas de esta edad las que se muestran más fascinadas por el espectáculo de los penes en erección de algunos monos (sobre todo los cinocéfalos y los babuinos) en los parques públicos. Hay algunas que permanecen pegadas a la jaula durante horas enteras, mirando el apéndice rojo y esperando que se muestre en todo su esplendor. Volviendo a los urinarios, he notado que, en términos generales, las niñas miran el espectáculo en cuestión con más complacencia cuanto más baja es la clase a la que pertenecen. La inmensa mayoría de las jovencitas de las clases superiores, a partir de los diez o de los once años, vuelven la cara al pasar frente a los urinarios. Las niñas de la clase más baja, las que están cubiertas de harapos, miran el órgano viril con una

insistencia cínica, se paran para verlo mejor, se dan la vuelta riéndose, y a veces hablando de la cosa entre ellas en voz alta. Las jovencitas del pueblo, pero no de la plebe, espían el momento favorable, lanzan miradas furtivas, miran atentamente *cuando no se creen observadas*. A menudo recurren a pequeñas tretas: después de haber visto caminando hacia el urinario el órgano viril y una vez dejado atrás el urinario, vuelven bruscamente sobre sus pasos como si hubiesen olvidado algo y miran así la cosa por segunda vez. O bien, a pocos pasos del urinario, se detienen frente al escaparate de un almacén, y ponen cara de admirar lo que está expuesto observando por el rabillo del ojo lo que les interesa realmente. Vi una vez a una jovencita de unos doce años que permaneció tal vez una hora entera frente a un cartel que anunciaba *Lafiglia di Jorio* de G.

D'Annunzio

, absorta, en apariencia, en la lectura del cartel, en realidad devorando con los ojos el pene de los hombres que se sucedían en el urinario de al lado. La mayoría de las veces, la excitación erótica de las jóvenes *voyeuses* se manifestaba por signos inequívocos: veía brillar sus ojos, colorearse o palidecer sus mejillas, temblar sus labios. Esta excitación debía de ser tanto más fuerte en cuanto veían mi miembro en erección, con el glande al descubierto. Una vez, una jovencita de unos catorce años más o menos pasó frente al urinario donde yo estaba, casi rozándome, pero sin poder ver mi miembro debido a la perspectiva; cuando hubo dejado atrás el urinario, se dio la vuelta y entonces pudo ver mi virilidad que le produjo una tal impresión que no pudo reprimir un grito; con los ojos extraviados, se agarró el pecho, en el lugar del corazón, con la mano izquierda.

Es fácil comprender cuánto me excitaba este nuevo deporte. Al volver a casa, me representaba los rostros conmovidos de las niñas, y naturalmente todo acababa en la masturbación. Me trasladaba, por decirlo así, al pellejo de las jovencitas a las que observaba, y me imaginaba las sensaciones voluptuosas que experimentaban al ver mi órgano. Por otra parte, cuando las veía acechar a otro

hombre que no fuese yo, también me conmovía; no sentía ninguna necesidad de desempeñar un papel activo en esta comedia. Lo único que me interesaba, era la emoción carnal de las jovencitas; que fuese provocada por mí o por cualquier otro, carecía totalmente de importancia, incluso prefería el segundo caso. Mis actos de exhibicionismo eran realizados con tal prudencia que no podía repararse en su carácter. Jamás actuaba fuera de los urinarios y nunca me apostaba de forma demasiado prolongada.

Todas las prostitutas italianas con las que tuve ocasión de hablar me confesaron que, durante su infancia y su primera juventud, el espectáculo de los urinarios había sido para ellas una fuente abundante de placeres. Una de ellas me contó que a los dieciocho años, cuando todavía era virgen, solía mirar desde la ventana de su habitación el urinario que estaba abajo en la calle y había visto muchas veces el pene de los hombres que orinaban. Entonces me decía: «¡Dios mío, qué delicioso debe de ser tocar y manosear ese pescadito crudo! ¡Acostarse con los hombres debe ser algo divino!». (*Dio, come buono il toccare ed il maneggiare quello pesce crudo! Che cosa divina il coricarsi con gli uomini!*)

dev'essere

dev'essere

). A propósito de esta fascinación que ejerce sobre la imaginación de las jovencitas la contemplación del órgano viril, recuerdo que otra prostituta me contó la emoción violenta que había experimentado a los diez u once años al ver el órgano sexual de su padre: «¡Aquel trozo de carne no se me quitaba de la cabeza!». (*Quel pezzo di carne non si rimuoveva dal mio spirito!*), decía. Añadió que tal vez se había emocionado más sexualmente al ver por primera vez el vello púbico de su madre. Esta imagen se le aparecía en sueños y le provocaba poluciones. Todas, en su infancia, se habían interesado por las partes sexuales de los chicos. Yo mismo tuve ocasión de observar el interés por los órganos viriles del que dan muestras las jovencitas. En las inmediaciones de una pequeña ciudad costera italiana, vi a un hombre que se bañaba en la playa lavarse el pene con jabón. Un grupo de

niñas entre diez y doce años, manteniéndose a una cierta distancia, observaba atentamente la escena. En otra ocasión, también a orillas del mar, cerca de Génova, vi a un chico de quince o dieciséis años, sosteniendo con la mano su pene en erección. Creo que se masturbaba. No muy lejos de él, una jovencita de trece o catorce años se deslizaba de puntillas y sin hacer ruido entre las rocas, tratando de acercarse para ver mejor y clavando miradas ardientes en el grueso priapo del joven. Este último, al reparar en mí, se metió bruscamente en el agua y la jovencita fue a ocultarse detrás de unas rocas. En otra ocasión me encontraba en Florencia, en la sala de Níobe de la Galeria degli Uffizi. Una niña de unos ocho años y, a juzgar por el vestido, perteneciente a las clases populares, entró en la sala y se acercó a la estatua de un *nióbide* tumbado boca arriba. Después de lanzar una mirada circular a su alrededor y creyéndose sola (no me vio, porque me había colocado detrás de una estatua), se puso a palpar y a acariciar el pene de mármol de la estatua, luego lo besó. Hice un movimiento, reparó en mi presencia, se ruborizó y abandonó la sala al galope^[2].

Todas las prostitutas italianas con las que he hablado me han confesado que, desde su más tierna edad, se habían divertido sexualmente con los niños. Jugando, por ejemplo, a médicos y bajo el pretexto de examinar a los enfermos, deslizaban la mano bajo las faldas o bajo el pantalón y tocaban los órganos sexuales de los compañeros y compañeras de juegos. O jugaban a casarse: este juego algunas veces llevaba lejos.

Una romana me contó lo siguiente: a los ocho o nueve años, con un compañero de la misma edad, fue a buscar al parque Borghese un rincón bien apartado con la precisa intención de realizar un coito completo; hasta entonces los dos niños se habían limitado a contactos superficiales, pero decidieron realizar el coito verdadero con penetración del miembro. «Tenía muchas ganas» (*Ne avevo una grande voglia*), decía la romana, «como si hubiese sido una mujer hecha y derecha». Pero, a pesar de todos sus esfuerzos, no pudieron hacer nada. El pene, aunque en erección, no podía penetrar

en la vagina. «Y sin embargo lo intentamos de todas las maneras. Nos aplicamos durante una hora al menos, *una oretta almeno!* Pero, aunque no lo conseguimos, de todas formas sentimos placer». Una milanesa me dijo que todavía seguía pensando con placer en sus expansiones, entre los diez y los trece años, con niños de su misma edad. El placer se debía sobre todo al recuerdo de sus miembros viriles «que eran pequeños, pero tan bonitos, calientes, con la piel tan lisa, y luego tan duros, duros como el acero. Y cuando aparecía, seguía diciendo, el esperma en los niños y las secreciones en las niñas (*la sborratura delle ragazze*, del verbo *sborrare*, soltar líquido, eyacular), ¡qué sorprendidos nos quedábamos al ver aquella cosa blanquecina que salía de nuestros cuerpos!». La forma habitual de las relaciones sexuales entre niños era el *coitus in ore vulvae*: «nos frotábamos», *ci si fregava*. A veces se masturbaban mutuamente con la mano. El *cunnilingus* no era desconocido. Algunas jovencitas fueron incluso desfloradas.

De las diferentes historias que me contaron las mujeres resultaba que casi siempre, para llevar a cabo sus expansiones eróticas, los niños estaban obligados a salir de la ciudad y a buscar un escondite en los parques o en los bosques de los alrededores. Lo cual confirma lo que ya he dicho, a saber que la vida del campo es más propicia a los juegos eróticos de los niños que la de la ciudad; en la ciudad no es fácil encontrar escondites. Una hetaira boloñesa me dijo que cuando tenía catorce años y era todavía virgen, había tenido un «novio». Salían juntos a pasear por los alrededores de Bolonia, se acostaban entre los matorrales y se masturbaban mutuamente *con furia*. «*E ce ne siamo dato, delle pugnette!*», exclamaba. El novio también practicaba con ella el *cunnilingus*. Pero no fue él quien la desfloró poco después.

He observado que la mayoría de las jóvenes, entre los catorce y los diecisiete o los dieciocho años, prefieren el *coitus in ore vulvae* al coito completo. Recientemente me contó una española que se había dejado desflorar por un amante, al que amaba de verdad, para complacerle. Desde aquel momento, el amante ya no quiso hacer el coito *in ore*

vulvae. Como el coito completo no la satisfacía y sentía la nostalgia de las antiguas sensaciones, se vio obligada a dirigirse a amigos de su edad o incluso más jóvenes para hacer el amor a la antigua manera. De esta forma engañaba a su amante al que seguía amando sentimentalmente aunque él ya casi no le procurase placer sexual, pues se obstinaba en practicar con ella sólo el coito normal. No apreció este último hasta los dieciocho años (una mujer que se entregaba a la prostitución desde los quince años me dijo que había tenido el primer placer sexual, el primer orgasmo *no simulado*, ¡a los veintitrés años! A partir de entonces, se convirtió en una mujer muy sensual).

Una exquisita napolitana de diecisiete años, desflorada hacía apenas unos meses, me dijo, radiante de voluptuosidad después de haber hecho el coito conmigo *in ore vulvae*: *Non vale questo meglio di una chiavata?* (¿no es esto mejor que una «jodienda»?), y para atenuar la crudeza de la expresión *chiavata*, añadió púdicamente y bajando los ojos:... *come dicono i napoletani...* (como dicen los napolitanos). Esto me recordó el «*outré... que vous me feriez dire*» del *Tartarin* de Daudet. A instancias mías, explicó su preferencia: *In una sola seduta ho fatto due volte. Cio non mi succede mai chiavando. Quando si chiava, non ho fatto ancora nemmeno una volta, a dura pena comincio di riscaldarmi, ed ecco,, il benedetto signore ha già sborrato, è uscito fuor della gabbia, ed io rimango frita. modo, al contrario, io sborro due, o tre volte prima che abbia fatto*

zick-zack

l'ucellone

Dell'altro

l'altri

. Es decir: «En una sesión lo he *hecho* dos veces. Esto nunca me pasa *jodiendo*. Cuando me joden, todavía no lo he *hecho* ni siquiera una vez; apenas empiezo a calentarme y, *pim-pam*

, el bendito señor ya se ha corrido, el pajarraco (el miembro) ha salido de la jaula, y yo me quedo compuesta y sin novio. De la otra forma, en cambio, me corro dos o tres veces antes

de que el otro lo haya *hecho*»^[3]. Esto me recuerda lo que me decía una fulana milanese que declaraba que le gustaba mucho copular con los judíos porque, debido a la circuncisión que les endurece el glande y lo hace menos sensible al frotamiento, eyaculan menos deprisa que los cristianos. «Con un cristiano, decía, lo más normal es quedarme insatisfecha porque eyacula antes que yo. En un solo coito con un judío, a menudo eyaculo dos veces, y la segunda tendría incluso lugar antes de la de mi pareja si no retuviese el líquido a fin de abrir las compuertas al mismo tiempo que él»^[4]. Un judío ruso me contó un episodio que confirma esta teoría. Mientras estudiaba en el Politécnico de Zurich, tenía un compañero ruso que vivía con una querida, una estudiante, o mejor dicho pseudoestudiante, también rusa. Una mañana, bastante temprano, el judío fue a ver a su amigo a su casa. Una voz de mujer le dijo al estudiante judío que entrase; entró, y no encontró a su compañero, pero, en cambio, encontró a su querida en camisón y junto a la cama deshecha. Por un pudor instintivo, el estudiante dio un paso atrás, pero la joven le retuvo y, al cabo de unos minutos, estaba en la cama con ella. La joven rusa dijo que su amante acababa de salir y no regresaría hasta dentro de algunas horas, luego explicó su propia conducta. Dijo que en sus relaciones con el estudiante ruso nunca quedaba satisfecha porque él eyaculaba demasiado pronto y terminaba la copulación antes de que ella hubiese tenido un orgasmo, una eyaculación por su parte. Aquella mañana, copulando con ella, él la excitó mucho; por otra parte, era lo habitual: con el coito rápido exasperaba al máximo el prurito venéreo de la joven, sin satisfacerla. Así pues, se había marchado dejándola insatisfecha y presa de los más violentos deseos. Estaba ya a punto de masturbarse —medio al que recurría raramente, ya que le ocasionaba dolores de cabeza— cuando oyó una voz de hombre y se decidió a entregarse al primero que entrase. Y estuvo muy contenta de ver a un judío, ya que había observado que el coito con los judíos era más prolongado que con los cristianos. Como la milanese de la que ya he hablado, pretendía eyacular dos veces en una sola copulación con un

judío.

Como estoy hablando de las particularidades que he observado entre las hetairas italianas, añadiré también que la *mayoría* de ellas me han asegurado preferir las relaciones homosexuales a las relaciones normales con los hombres. Las que no eran jóvenes afirmaban que estos gustos estaban ahora mucho más extendidos que antes. A algunas les gustaban las niñas, tendencia femenina de la pederastia en el sentido estricto de la palabra.

Ahora rondo los cuarenta años. He pasado los últimos ocho o nueve años entre los vapores de la lujuria. Durante este período, en medio de los placeres físicos, he sido muy desgraciado. He debido renunciar a la mujer que amaba y a la esperanza de fundar una familia (por un capricho de las circunstancias externas, he conducido una existencia absurda, cuando estaba hecho, sin embargo —estoy convencido— para una tranquila vida monógama), he tenido enfermedades venéreas que me han hecho sufrir cruelmente, física y moralmente, me he convertido en un masturbador... ¡Y pensar que, desde la infancia, las enfermedades venéreas y la masturbación eran las cosas que más temía! He adquirido pasiones vergonzosas y ridículas; mi salud general, desde que abandoné la continencia, vuelve a ser mala. Mi sistema nervioso está perturbado. Tengo frecuentes insomnios y pesadillas. El coito en sí se ha convertido para mí en un mero excitante de la masturbación. Me desprecio a mí mismo. Mi vida no tiene ninguna meta y he perdido todo interés por las cosas honestas. Llevo a cabo mi trabajo profesional con indiferencia y se me hace cada vez más difícil desempeñarlo concienzudamente. Un trabajo que antes hacía con gran facilidad me exige ahora penosos esfuerzos. El futuro se me aparece con tintes cada vez más sombríos.

Mi padre murió hace cuatro años, un año después de nuestro viaje común a Inglaterra donde se sintió decepcionado por la pasión del público inglés hacia el deporte y por el moderantismo de los «pretendidos» radicales ingleses. Al morir no me dejó ninguna herencia —la propiedad que había tenido se había hundido hacía tiempo

bajo el peso de las hipotecas sobrehipotecadas; en cuanto a lo que ganaba con su trabajo, se lo gastaba conforme entraba, de una manera que, por otra parte, sólo era *parcialmente* egoísta—. En los últimos años, he tenido ocasión de volver a Rusia dos veces. He podido comprobar que en Kiev actualmente el tráfico de niñas impúberes está casi tan desarrollado como en Nápoles. Sólo que se hace con menos elegancia, de cara a bolsillos más modestos... Las familias *bien* que se dedican a esas cosas no son una especialidad de mi ciudad natal. Al final abandoné Italia y me he instalado en España donde he encontrado una situación más ventajosa. Pero, al cambiar de país, no he cambiado de humor y sigo tan pesimista (por lo que a mí respecta), tan asqueado de mí mismo como antes. Ideas suicidas me atormentan cada vez con más frecuencia. Mi salud sigue debilitándose, pero no mis necesidades sexuales, ni, por consiguiente, mi tendencia a la masturbación.

Al haber leído sus eminentes obras, he pensado en añadir algunos hechos a los que usted había recogido; diciéndome que tal vez algunas de las informaciones que iba a darle podrían presentar para usted un interés psicológico. Creo que mi vida sexual durante la infancia fue bastante extraordinaria por su intensidad. Tal vez lo parecería menos si poseyésemos muchas autobiografías sexuales completas. Pero se tiene vergüenza de hablar de esas cosas. Contrariamente a la opinión general, los niños son muy callados para ciertas cosas. Creo que esconden a las personas mayores más cosas que las que éstos esconden a los niños. Por otra parte, las personas mayores olvidan a menudo la mayor parte de los acontecimientos de su infancia. Creo que poca gente tiene recuerdos tan precisos y tan completos como los míos respecto a las primeras impresiones sexuales. Pero poseo una memoria particularmente tenaz para todo lo relativo a los fenómenos eróticos, tal vez porque siempre me interesaron profundamente y mi mente retornaba siempre a los recuerdos de esa clase. He tratado de ser lo más exacto posible y tal vez esto dé un cierto valor a mi historia.

Notas

[1] Asimismo, las tendencias sádicas o masoquistas, incluso en un grado ínfimo, son para mí subjetivamente incomprensibles. < <

[2] Otro ejemplo de la fascinación que ejerce el pene entre las niñas. Vi una vez en la costa, cerca de Génova, a una mujer del pueblo ordenar a su hija de once o doce años lavar a un niño de dos o tres años. Como su madre no la vigilaba, la niña, en lugar de hacer lo que le habían mandado, se conformó con pasar de abajo arriba y de arriba abajo la palma de su mano sobre la parte delantera del cuerpo del niño, tratando de tropezar cada vez con el pene y el escroto y de hacerlos saltar y rebotar por aquel movimiento alternativo. Esto duró bastante rato; la cosa primero divirtió al niño, luego se echó a llorar, pero nadie reparaba en él, ya que los demás niños a los que se estaba bañando ensordecían a la concurrencia con sus vociferaciones. < <

[3] La misma niña decía que el *coïtus in ore vulvae* la embriagaba (*mi inebriava*). Por otra parte, también decía lo mismo al contemplar fotografías obscenas. < <

[4] Numerosas mujeres me han dicho que, haciendo un esfuerzo, podían retrasar, durante el coito, el momento de su eyaculación.

< <